Hiro Arikawa

El gato que decía adiós



Lumen

El gato que decía adiós

Hiro Arikawa

Traducción del japonés de
Yoko Ogihara y Fernando Cordobés

Lumen

narrativa

El gato que decía adiós



Encima de la mesa había un platito de salsa de soja en el que flotaban un par de granos de arroz, sin duda los restos del desayuno. Había la cantidad suficiente. El mantel era azul claro con flores pequeñas.

Kota Sakuraba metió una pata delantera en el plato de soja y la estampó en el mantel con cuidado de evitar las flores. La apoyó un instante y la levantó. Apareció una flor de ciruelo teñida del color de la soja.

«No está mal. Nada mal». Admiró su creación y volvió a introducir la pata en el plato de soja. Después otra vez, una más y luego otra. Las flores de ciruelo teñidas del color de la soja inundaban el mantel. «Hoy me ha salido muy bien».

Estaba a punto de estampar una quinta y una sexta flor cuando su madre gritó:

—¡Hiromi, ya está bien!

«¡Maldición, me han pillado!», pensó Kota con las orejas agachadas. Y entonces...

—¿Qué he hecho yo? —Sorprendido, Hiromi se asomó desde el pasillo y echó un vistazo al cuarto de estar. Era el segundo hijo de la familia Sakuraba.

Kota Sakuraba, el gato, era el tercero, aunque él se tenía por el segundo y consideraba a Hiromi el tercero.

—¡Vaya! —La madre se rio cuando vio a Hiromi asustado junto a la puerta—. Lo siento, me he equivocado. Ha sido Kota. Sus veleidades artísticas, otra vez.

Era el comentario habitual en la familia Sakuraba cuando a Kota le daba por imprimir las huellas de sus patas en algún sitio: su vena de artista, otra vez.

Kota, por su parte, no estaba de acuerdo con semejante comentario porque lo que él hacía no era pintar.

—¿Ya estás de nuevo? —le reprendió Hiromi dándole un golpecito con un dedo en la frente.

—No hagas eso, por favor —le reprochó la madre—. Todos los manteles están manchados con tus huellas.

Se colocó a Kota en el regazo y con un trapo húmedo le limpió enérgicamente las patas delanteras. A Kota no le gustaba el agua y retiraba la pata enseguida para chuparse.

—Mamá, lo mismo te digo: ¡no hagas eso! No me gusta que me acuses de algo que no he hecho.

—Lo siento, me he equivocado con tu nombre, me sale así. Con Masahiro nunca me pasa.

Mamá confundía siempre los nombres de Hiromi y de Kota cuando se dirigía a alguno de los dos. Sin embargo, con Masahiro, el hermano mayor, jamás le ocurría. Los tres nombres compartían ideogramas, pero se leían distinto, como en el caso de Hiromi y Kota.

—Aunque por lo visto pasa a menudo con los pequeños de las familias y todo el mundo confunde sus nombres.

—¿De verdad? —dijo su madre.

—He preguntado a mis amigos —afirmó Hiromi—. Todos los padres confunden el nombre de los pequeños.

—Bueno, ya sabes —dijo ella afanándose en limpiar las manchas—. Masahiro ya se ha marchado de casa, así que, si he de equivocarme con el nombre de alguien, tú eres el único que queda por aquí.

—¿Qué dices? —Hiromi sonrió amargamente—. Siempre has confundido mi nombre con el de Kota, desde que era un niño.

Su madre se rio.

—No tendré más remedio que echarlo a lavar —dijo cruzándose de brazos en un gesto de desaprobación sin apartar los ojos del mantel—. ¿Dónde habrá aprendido Kota a hacer tantas travesuras?

Era la pregunta de siempre y Kota, como era de esperar, se limitó a responder arrugando la nariz.

«No es una travesura. Estoy practicando».

Kota practicaba a fin de estar preparado cuando llegase el momento.



Su primer recuerdo era el de un frío terrible.

Veinte años atrás, su madre le había abandonado por una razón desconocida durante la estación de lluvias. Aún no había abierto del todo los ojos. Se arrastró por la madriguera para buscar el calor materno, pero solo encontró el insistente golpeteo de las frías gotas de lluvia.

Si los acontecimientos hubieran seguido su curso natural habría muerto enseguida, pero lo había rescatado el padre de la familia Sakuraba.

Ya tenían un gato, un persa con un defecto en el iris debido al cual la tienda de animales se quería deshacer de él. El señor Sakuraba también lo rescató. Era un hombre que, si se cruzaba con un gato en apuros, sencillamente no podía darse media vuelta y abandonarlo.

«Así que eres un gatito con suerte», le había dicho el persa mientras le daban de comer. Se llamaba Diana. El señor Sakuraba solía alimentar a Kota con leche. Torpemente, por cierto. Su necesidad de mamar de un cuerpo cálido dotado de cuatro patas, como las de su madre, difícilmente podía satisfacerla un biberón de plástico.

—¡Yo también quiero darle la leche! —se quejaba Masahiro.

Diana le contó al huérfano que estaba de camino otro hermanito humano y que ese Masahiro pronto sería el mayor. La humana preñada, aclaró, estaba ingresada en la clínica.

—No, aún es demasiado difícil para ti. Yo me encargo.

Era cierto. En una ocasión en que Masahiro había intentado darle el biberón, le introdujo la tetilla hasta la garganta y al pobre gatito le dieron arcadas.

Cuando el señor Sakuraba se iba a trabajar eran las amigas de su mujer, las vecinas del barrio, quienes se hacían cargo de Kota. Se lo había pedido por favor y habían accedido encantadas.

Al principio debía tomar el biberón cada tres horas, luego cada cinco y, al final, cuando hubiera abierto los ojos del todo, solo tres veces al día.

Lo que coincidió con el regreso de la señora Sakuraba y su recién nacido de la clínica.

—¡Mira, si parece un monito! Qué cara más rara.

Ese comentario de Masahiro al volver de la guardería le valió un golpecito de su madre.

Diana estaba muy de acuerdo con él.

«Aunque, Masahiro, tú también pareces un mono», pensó.

La señora Sakuraba se moría de ganas de ver al gatito rescatado por su marido y, en cuanto acostó al bebé, se acercó para contemplarlo con atención.

—¡Qué maravilla! Es un gato atigrado de pelo plateado.

El interesado ni siquiera sabía de qué color era su pelaje.

—¿Has pensado ya un nombre?

—No, todavía no —respondió el señor Sakuraba con aire evasivo.

—¿No han pasado ya dos semanas desde que lo encontraste?

—No estaba seguro de que nos lo fuéramos a quedar y temía vincularme demasiado a él si le ponía un nombre.

Esperaba el regreso de su mujer para tomar una decisión respecto al gato. Ella, sin embargo, no tenía ninguna duda.

—Nos lo quedamos —sentenció—. Parece que se entiende con Diana porque es una gatita muy dulce, ¿verdad, Diana?

La gata persa estaba henchida de orgullo.

—Entonces ¿cómo lo llamamos?

—Antes deberíamos pensar en un nombre para el bebé.

Tenían dos semanas para registrar el nombre del niño en el ayuntamiento y, aunque habían hablado mucho de ello, no habían llegado a ninguna conclusión. Como el hermano mayor se llamaba Masahiro, hasta el momento solo estaban de acuerdo en que el nombre del pequeño debía incluir también el ideograma de *hiro*.

El señor Sakuraba se inclinaba por Hiromi, pero como *hiro* se podía leer también como *ko*, ella optaba por Kota. Ninguno daba su brazo a torcer, de manera que no les quedó más remedio que jugársela a piedra-papel-tijera. Ganó el señor Sakuraba.

La señora Sakuraba estaba muy decepcionada.

—Hiromi... No está mal, pero lo confundirán con una chica. A mí Kota me parece más adecuado.

—Nada de quejas, por favor. Lo hemos echado a suertes y he

ganado. Si tanto te gusta, podemos llamar Kota al gato.

Y fue así como terminó llamándose Kota.

Cuando Kota ya era capaz de corretear por toda la casa, Hiromi ni siquiera había aprendido a darse la vuelta. Lo único que sabía hacer era agitar las piernecitas y los bracitos debajo de la manta.

«¿Tú crees que está bien?». Kota estaba preocupado y quería saber la opinión de Diana.

«No te preocupes, está perfectamente».

Con Masahiro había pasado exactamente lo mismo, le explicó la gata para tranquilizarle. A los humanos les llevaba mucho más tiempo crecer que a los gatos. Aun así, era un tiempo excesivamente largo y a menudo Kota se acercaba para observar a Hiromi, que no dejaba de retorcerse como una oruga sin moverse del sitio.

«¡Menuda sorpresa si llega a levantarse hoy!», pensaba Kota contemplándolo detenidamente. «No hay nada que hacer —terminaba por resignarse—, sigue siendo una oruga. ¡Vamos, date prisa y aprende a caminar de una vez! ¿Qué harás si tu madre te abandona?». Kota no olvidaba lo que le había pasado. Sus patas débiles y temblorosas se lo recordaban.

Un día que estaba mirando inquieto la cara dormida del niño, de pronto los ojos de Hiromi se abrieron como platos. No sabía si veía algo o no, pero sus ojos negros parecían enfocar algo. Y entonces soltó una risilla.

La señora Sakuraba se acercó a toda velocidad.

—¡No le muerdas! —le advirtió.

«Ese comentario sobra, es de muy mala educación». Indignado, Kota se alejó.

Hiromi empezó a emitir sonoros gemidos.

—Hum... No quieres que se vaya, ¿verdad?

La señora Sakuraba acarició la cabeza del gato y juntó sus manos a modo de disculpa.

—Lo siento, estabais los dos aquí tan a gusto y lo he estropeado...

«Menos mal que lo has comprendido. Está bien, te perdono porque

eres tú».

Kota se acurrucó junto a la almohada de Hiromi, que fue todo sonrisas y arrullos.

—¿No es encantador? Es como si quisiera abrazarte.

Acarició las mejillas de su hijo con una sonrisa enternecedora y luego rascó cariñosamente al gato bajo el mentón.

«Menos mal. Por su forma de sonreír no parece que vaya a deshacerse pronto de la oruga. Me alegro por ti». Mientras se decía esto, lamía la frente lechosa del niño, lo que provocó que este soltara una risotada.

Kota se habituó a acurrucarse junto a Hiromi, y con él a su lado el niño aprendió a darse la vuelta primero, a gatear después, a ponerse de pie y finalmente a andar. Enseguida, correteaba por toda la casa como si fuera miembro de una banda infantil de moteros.

Se caía a menudo y se golpeaba con infinidad de objetos. Sus capacidades motoras no se habían desarrollado ni a la mitad de su potencial, mientras que Kota crecía a toda prisa y se convertía en un gato adulto.

«Los humanos crecen verdaderamente muy despacio».

Diana estaba de acuerdo.

«Tienes razón. Cuando llegue a la edad de Masahiro, a ti te habrá dado tiempo a hacerte adulto cinco veces».

Cuando Kota todavía era un cachorro, Masahiro le parecía un gigante, pero ahora solo era un niño como cualquier otro.

Las puertas correderas del *fusuma* estaban hechas trizas. Ya podían cambiar el papel cuantas veces quisieran, que siempre acababan destrozadas. La señora Sakuraba terminó por resignarse.

—Tenemos dos gánsteres en casa —se limitaba a quejarse.

Por entonces Hiromi estaba a punto de empezar la guardería y Masahiro la escuela primaria.

A Masahiro casi siempre lo llamaban *Oni-chan*, hermano mayor, y se pasaba gran parte del tiempo soportando regañinas.

—Se supone que eres el hermano mayor, así que compórtate.

—Lo odio —replicaba él—. A Hiromi nunca le dices nada. No es justo.

Sus padres no tenían más remedio que aceptar su observación.

—De acuerdo. En ese caso, Hiromi será también *Oni-chan* —concluyó la señora Sakuraba.

—No puede porque no tiene un hermano pequeño —replicó Masahiro.

—Eso es verdad, pero tiene a Kota —contraatacó ella sonriendo.

«¿¡Cómo!? ¡Espera un momento! —Kota se inquietó—. De hecho, el hermano mayor soy yo. Nací primero y, por si fuera poco, soy un adulto».

Podía protestar cuanto quisiera, pero daba igual. Los humanos no entendían el lenguaje de los gatos.

—Hiromi, ¿estás dispuesto a ser el hermano mayor de Kota?

—Claro que sí.

«¿Cómo que claro que sí? Te equivocas conmigo, jovencito».

La oposición felina fue ignorada por completo.

«Déjalo, los humanos solo entienden su idioma». Diana se había resignado hacía tiempo.

—En ese caso, debes ser un ejemplo para él —sentenció la señora Sakuraba.

Kota bajó los ojos y se tumbó en el suelo sobre el vientre.

«Ya se trate de caminar, correr, saltar o incluso asearse, un niño como Hiromi no tiene absolutamente nada que enseñarme».

—Antes de cenar, ordenad vuestro cuarto, ¿de acuerdo? Ahora los dos sois hermanos mayores.

—Vaaale —respondieron al unísono con un tono más dócil que de costumbre.

Y acto seguido se pusieron a recoger los juguetes y los cuentos que tenían tirados por el suelo.

Fue así como Kota se convirtió en el tercer hijo «felino» dentro de la jerarquía familiar, a pesar del hecho incontestable de que tal cosa estaba muy lejos de la realidad.



Con el paso de los años, sin embargo, Hiromi creció de verdad. Kota lo admiraba desde el suelo. Pese a que se había levantado a mediodía, no mostraba tener ninguna prisa.

Era más alto que su padre e incluso superaba a Masahiro.

—Buenos días —farfulló.

Su madre no tardó ni un segundo en responder:

—Tómate tu tiempo para despertarte, no te preocupes.

Hiromi se encogió de hombros. Para ser ya un universitario, no parecía estar demasiado ocupado. Acarició a Kota dándole una palmadita y se dirigió a la nevera, de la cual sacó un tetrabrik de leche y bebió directamente.

—¡Usa un vaso!

—Si me la voy a terminar…

Apuró hasta la última gota, lavó el envase en el fregadero y lo tiró al cubo de reciclaje.

«¡Esta es la mía!».

Mientras ponía orden agachado junto al cubo, Kota, que estaba tumbado en el sofá todo lo largo que era, vio su oportunidad y de un fabuloso salto se encaramó a su espalda.

—¡¡¡Aaaay!!!

Cuando Hiromi gritó, él ya había logrado subirse a sus hombros.

—¡Me has arañado con esas uñas!

«No me queda más remedio que usarlas, ¿cómo quieres que me agarre, si no?».

La atalaya de los hombros de Hiromi era una posición inmejorable, desde la cual lo contemplaba todo con gesto inescrutable. La señora Sakuraba, que estaba repasando el correo de la mañana, extendido sobre la mesa del comedor, miró hacia arriba y se echó a reír.

—Si no sube a tus hombros al menos una vez al día, no se queda contento.

—Lo hace desde que era pequeño, aunque antes prefería los hombros de papá.

«De eso nada. Te equivocas».

Kota alargó una pata y acarició con la almohadilla la nuca de

Hiromi.

«Desde que era pequeño...». Kota nunca había sido pequeño. Hiromi y Masahiro sí, pero él no. Cuando empezó a trepar por la espalda del padre ya se había convertido en todo un adulto.

—Me pregunto de dónde le vendrá esa costumbre.

—A Diana nunca le ha dado por ahí, así que por imitación no es.

Como Kota lo hacía conscientemente, que lo calificasen de hábito le molestaba. ¿Por qué lo hacía? Pues porque le había dado la ocasión, y Masahiro también.

Hiromi parecía haberlo olvidado.

«Puede que ahora sea muy grande, pero en lo que a mí concierne sigue siendo un niño poco digno de confianza».

Sucedió en la época en que Kota estaba deprimido por haber sido designado el pequeño de la familia. A los otros dos les encantaba encaramarse a hombros de su padre, a quien, cada vez que disponía de un día libre, no perdían la oportunidad de martirizar. No se cansaban de subir y bajar, pero solo tenían un padre. Cuando se hartaba y les decía «basta», ellos empezaban a quejarse.

Kota solo se había limitado a observar a los chicos, a aprender las reglas de su juego, hasta que llegó a la conclusión de que el primero que alcanzaba los hombros era el ganador.

El caso es que un día se sentó en el suelo, hizo temblar su trasero mientras se concentraba en su objetivo, dio un salto y trepó por la espalda del señor Sakuraba. Ignorando sus gritos, subió y subió clavando las uñas con todas sus fuerzas por la parte posterior de su cuello, lo que le hizo merecedor de los chillidos de admiración de los chicos.

Poco tiempo después, Masahiro había crecido tanto que sobrepasaba a su padre en altura, de manera que Kota decidió cambiar de ruta de escalada.

«¡Ahora soy el más alto! ¿Cómo podéis decir que soy el tercero de la familia?».

Hiromi sobrepasó a Masahiro al cabo de pocos años y Kota volvió a

cambiar una vez más de objetivo. Cuando entendió que el gato siempre elegía al más alto para subirse a él, a Masahiro le dio rabia que su hermano pequeño le hubiera superado.

—Bájate de ahí, que pesas mucho.

Hiromi quiso zafarse de él y Kota respondió con un salto fabuloso y un aterrizaje preciso.

«¡Toma ya!».

Fue un aterrizaje perfecto.

—¡Increíble! ¡Increíble!

La señora Sakuraba incluso aplaudió.

—Es tan ágil que parece mentira que tenga veinte años. ¡Y con ese pelo!

—Es verdad. El otro día lo llevé a vacunar y la gente en la sala de espera no se lo podía creer: «¿Un gato de veinte años con un pelaje tan esponjoso?».

«Estás en plena forma. —Kota estaba orgulloso de sí mismo—. Y sin señales de envejecimiento por ninguna parte. Muchas gracias por confirmarlo».

Aunque no sería extraño que en breve su cola empezase a mostrar síntomas de bifurcación.



—¿Vas a comer aquí o en la facultad? —le preguntó la señora Sakuraba a Hiromi mientras preparaba sus libros.

—Comeré antes de irme.

—¿Te apetece *udon*?

—Sí, cualquier cosa.

Se sentó y se puso a ojear el periódico.

«¡Opa!». Kota brincó encima de la mesa, la cruzó con sigilo y plantó sus posaderas en la página que estaba leyendo Hiromi.

«¡Oye! ¿Qué te parecería si en lugar de leer el periódico me prestaras un poco de atención? Mejor posar tus ojos en un hermoso gato gris atigrado en vez de entretenerte con esas letras minúsculas.

De paso puedes acariciar mi resplandeciente y esponjoso pelaje».

—¿Por qué tienes que sentarte precisamente aquí? ¿No ves que estoy leyendo?

—Diana solía hacer lo mismo —dijo la señora Sakuraba con un gesto de nostalgia, pero sin perder el ritmo al cortar con el cuchillo.

El tenue pero penetrante aroma indicaba que iba a añadir cebolleta al *udon*. No era ese, precisamente, el alimento indicado para tentar a un gato.

Diana le había explicado que la cebolleta les sentaba mal. No obstante, el irresistible aroma del caldo se extendió por el salón cuando sirvió los fideos en dos cuencos, uno para ella y otro para Hiromi.

—Aquí tienes.

Kota se retiró despacio y saltó al regazo de Hiromi. Se acurrucó confortablemente y, en un movimiento rutinario, Hiromi le pasó la mano izquierda por la espalda.

—Otra de sus extrañas costumbres —dijo la señora Sakuraba.

«¿Se puede saber de qué hablas?».

Si se sentaba encima de él no era por decisión propia.

«Fuiste tú quien me dijo que lo hiciera».

Sucedió cuando Hiromi ya era lo bastante grande para comer alimentos sólidos. Lo sentaban en una sillita con una mesa baja y como se aburría de estar allí encerrado, trataba de escapar. La señora Sakuraba le llevaba a Kota para que le hiciera compañía mientras el niño terminaba de comer.

—¿Lo ves? —le decía a su hijo—. Kota está contigo, así que sé un niño bueno y cómetelo todo.

Sin duda había elegido a la mejor persona para hacerse cargo… Bueno, al mejor gato. Desde que era un cachorro había dormido a su lado, lo que había creado un vínculo muy fuerte entre ellos.

Si se cansaba de estar sentado, la madre le permitía que jugara un rato con Kota y, por fin, Hiromi dejó de escaparse de silla.

«No sabe comer solo. Bueno, si me necesita supongo que no me queda más remedio que colaborar. Después de todo, soy un miembro más de la familia».

Desde entonces, siempre se sentaba con Hiromi cuando este comía.

Al pasar de la sillita a la mesa del comedor con los demás, el ritual se relajó, pero Kota sintió pronto la necesidad de retomar las buenas costumbres.

—¿No te molesta comer así?

—La verdad es que no. Kota se hace mayor y a lo mejor se siente solo.

«Está bien, admítelo de una vez. Es una costumbre tuya, no mía. Eres incapaz de comer si no estoy contigo».

—Comer con una sola mano no me parece de buena educación. Deberías pensar en otro modo de hacerlo.

La señora Sakuraba siempre le reprochaba lo mismo, pero a ella nunca se le había ocurrido una solución práctica. Mientras tanto, Hiromi se comió el *udon* con la mano derecha y cuando terminó, rascó a Kota bajo el mentón.

«¡Eso es, eso es, justo ahí! Mejor un poco más a la derecha».

—Tengo que irme —dijo depositando a Kota en el suelo.

—Espera un momento, todo esto es tuyo. —Su madre le dio el correo que había organizado un rato antes—. Últimamente recibes mucho.

—He enviado la solicitud a varios seminarios y también para buscar trabajo. —Dio la vuelta a una tarjeta postal y frunció el ceño—. Esto no lo necesito. Una oferta de un salón de belleza.

—¡Vaya! Otra vez te han tomado por una chica.

En efecto, como la señora Sakuraba había predicho años atrás, debido al nombre la gente solía confundirlo con una chica.

—Me acuerdo de que, al celebrar la fiesta de la mayoría de edad, te llegaron un montón de anuncios de quimonos para chicas.

Hiromi le tendió la postal del salón de belleza.

—Puedes tirarla.

—¡Mira! Lleva un cupón de descuento. ¿Puedo usarlo?

—Si quieres... Ve a que te hagan un tratamiento contra las arrugas y esas cosas.

—Me pregunto si de verdad servirá. —Por su gesto, parecía tomarse en serio el asunto porque no dejaba de alisarse las mejillas.

—No me quejo del nombre —dijo él—. Es bonito, pero todo el mundo se confunde.

Su madre sonrió.

—¿De verdad te parece un nombre bonito?

—Sí, está bien.

—Díselo a tu padre cuando surja el tema.

«Sí, estaría bien que se lo dijeras». Kota también quería intervenir en la conversación.

Hiromi esbozó una extraña sonrisa.

—Lo haré —dijo al despedirse desde la puerta.



«¡Odio ese nombre!».

Hiromi había empezado a quejarse ya desde la escuela primaria. La primera vez que el profesor pasó lista lo confundió con una niña. «Sakuraba Hiromi-chan», dijo añadiendo el sufijo femenino. Sin embargo, su error se agravó cuando trató de enmendarse: «¡Uy, lo siento! Es que eres tan guapo, con esas pestañas tan largas, que te he tomado por una chica».

Como era de esperar, sus compañeros empezaron a llamarlo Hiromi-chan y su autoestima tocó fondo. Pero el más molesto con aquel asunto no era él, sino su padre.

«¡Odio ese nombre!».

Cada vez que Hiromi se cogía un berrinche, el señor Sakuraba parecía a punto de llorar. Después de todo, la decisión de llamarle así había sido suya.

—No digas eso —le decía tratando de consolarle—. Es un nombre bonito y encima con los mismos ideogramas del de tu madre.

La señora Sakuraba se llamaba Akemi. El ideograma de *mi*, en efecto, era el mismo que el de Hiro*mi*. Para Masahiro se habían decidido por *masa* porque el ideograma también estaba en el nombre de su padre, Kazu*masa*. Para su segundo hijo acordaron usar el de *hiro* de Masa*hiro* y combinarlo con el de *mi* del nombre de la madre. El

señor Sakuraba se mostró muy satisfecho con aquel puzle, sin tener en cuenta el sexo de la criatura.

—Hiromi funciona con chico y chica —afirmó convencido—. Hemos acertado en cualquiera de los dos casos.

—A lo mejor podíamos haber pensado también en Akihiro o en Hiroaki —se burlaba su mujer, para desesperación de su marido—. O, como mínimo, cambiar de orden los ideogramas y haberle llamado Yoshihiro.

Otra lectura del ideograma de *mi* era *yoshi*.

—De ninguna manera.

Como se enfadaba, ella consolaba a su marido con unas caricias.

—Queríamos usar uno de los ideogramas de nuestros nombres y que nuestros hijos compartieran el de *hiro*. Es un asunto de familia y a mí me parece un nombre bonito.

—¡No! ¡No lo es! —protestaba el afectado—. Podríais haberme llamado Kota. Kota es mucho mejor. ¿Y si los intercambiamos?

Kota siempre se sentía perdido cuando lo metían en la discusión.

«Oye, oye… A mí no me enredéis en vuestros asuntos, ¿de acuerdo?».

—Kota es un nombre de chico. Es el que quería mamá.

A su padre le deprimía tanto la conversación que terminaba por marcharse.

—¡Pobre papá!

A Masahiro le gustaba exagerar para asegurarse un papel en el debate.

Hiromi estaba desesperado, pero lo que le dijo su hermano en una ocasión fue demasiado para él: —Hiromi, eres un niño malo.

—¡No lo soy! ¡Quiero cambiarme el nombre con Kota!

—De ninguna manera.

Su madre ni siquiera se mostró dispuesta a considerar esa posibilidad.

—Se llama Kota desde hace seis años, todo el mundo le conoce por ese nombre. Imagina por un momento la confusión que provocaría semejante cambio.

—Ninguna. Kota es un gato.

—No me gusta cuando hablas así. ¿Crees que puedes hacer lo que te venga en gana solo por el hecho de que sea un animal?

El tono severo de su madre surtió efecto y enseguida se calló. Kota le miró desde debajo de la silla y, cuando sus miradas se cruzaron, Hiromi desvió los ojos llorosos.

La señora Sakuraba pensó que las cosas habían ido demasiado lejos y agarró a su hijo para abrazarle.

—Escúchame, Kota lleva ese nombre desde que llegó a esta casa y si se lo cambiamos ahora, con todo lo que eso supone, será muy duro para él.

A pesar de las explicaciones de su madre, Hiromi seguía sin estar convencido.

—Tu nombre, cariño, representa el amor de tu familia. ¿Quieres cambiar todo el amor que tu madre siente por ti?

Un poco de actuación y unas cuantas lágrimas de cocodrilo bastaron para que el niño se asustara.

—¡No! —gritó.

Seguía sin estar convencido, pero lo último que quería era ver llorar a su madre y no le quedó más remedio que dar su brazo a torcer.

«¡Humanos! Cuántos problemas por culpa de un simple nombre».

Debajo de la silla, Kota suspiró y Diana movió la cola en señal de que estaba de acuerdo con él. Le explicó que los nombres eran importantes para los humanos. Cuando eligieron el suyo, de hecho, también había habido una pequeña discusión familiar. Era la gata de los Sakuraba mucho antes de la llegada de Masahiro y, como harían más tarde, decidieron el nombre después de jugárselo a piedra-papel-tijera.

Uno de los personajes preferidos de *Ana de las tejas verdes*, un libro que le encantaba a la señora Sakuraba, se llamaba Diana. La propuesta de su marido no tenía nada que ver: —¿Qué te parece Furama?

—Es un nombre rarísimo —concluyó ella.

Furama se llamaba el hotel donde se hospedaron cuando viajaron al extranjero en su luna de miel.

El señor Sakuraba se había llevado a Diana de la tienda donde querían deshacerse de ella poco después de regresar del viaje. Él

pensaba en un nombre que le evocara la luna de miel, pero a la señora Sakuraba aquel hotel solo le recordaba que se habían olvidado las llaves y tuvieron que esperar en la calle durante varias horas. No era, precisamente, su mejor recuerdo, así que se decidió por Diana.

El señor Sakuraba siempre había tenido una vena romántica, de ahí su empeño en usar los mismos ideogramas. Era un gesto tierno y encantador por su parte. Y lleno de complicaciones.

Por la noche, el señor Sakuraba entró en el cuarto de Hiromi con aire de haber tomado una decisión importante.

—Las cosas están así —empezó por decir—. En este momento no podemos cambiarte el nombre, pero si cuando alcances la mayoría de edad sigue disgustándote tanto, puedes solicitar el cambio por el que decidas. Aunque ahora no puedas, piensa que sí podrás en el futuro.

Acurrucado al borde de la cama, Kota pegó su hociquillo a las plantas de los pies de Hiromi.

«Estás despierto, ¿no? Dile que no hace falta. Por mucho que algunos idiotas te tomen el pelo, tampoco es para tanto».

Hiromi empujó suavemente con el pie para apartar la cabeza de Kota, pero sin dejar de fingir que estaba dormido porque no quería responder a su padre.

El alboroto de los nombres tuvo un final precipitado después de una visita de su prima Satsuki-chan en las vacaciones de verano.

Satsuki estaba en primero de secundaria, era una niña guapa, cariñosa, de buen carácter, y los dos hermanos la adoraban.

Masahiro e Hiromi se pasaban el día gravitando a su alrededor para atraer su atención, y en su competición virtuosa las cosas a veces se torcían y derivaban en pelea.

Masahiro mencionó la manía que su hermano le tenía a su nombre.

—Te enfadaste porque el profesor te llamó Hiromi-chan.

Hiromi se puso rojo como un tomate y le soltó una andanada de mamporros a su hermano. Acabaron rodando por el suelo.

Satsuki-chan intervino en la refriega para poner orden y se esforzó por escuchar la versión de ambos. Una vez concluyeron, confundida, se volvió hacia Hiromi y le preguntó: —¿Por qué odias tu nombre, Hiromi-kun?

Usó el sufijo de los nombres masculinos, en lugar del femenino.

—Todos se burlan de mí porque dicen que es un nombre de niña.

—Pues a mí me parece un nombre precioso —dijo ella con una sonrisa dulce—. Cuando iba a la guardería, el primer chico que me gustó se llamaba Hiromi, aunque su nombre se escribía con otros ideogramas, eso sí.

Sus palabras le golpearon como el más certero y definitivo saque en un partido de béisbol, y aún más cuando le explicó lo guapo que era aquel primer amor de infancia.

—Es solo una casualidad. No te vayas a creer que le gustas por eso. —Masahiro se esforzó todo lo posible por hacer mella en el optimismo de su hermano, aunque sin demasiado éxito.

—¡Cuánto te lo agradezco! —le dijo la señora Sakuraba a Satsuki en cuanto tuvo oportunidad—. Le molesta mucho que sus amigos le toman el pelo y a su padre también le afecta.

—Deberías decirle algo a tu padre —trató de persuadirlo Satsuki.

—Ya lo haré —refunfuñó él.

Al menos su intervención tuvo el efecto de acabar de una vez con ese fastidio y no pensó más en la posibilidad de intercambiar su nombre con Kota.

Cuando empezaron las clases, sus compañeros parecieron olvidarse de las habituales bromitas. Si se burlaban de su nombre era porque les hacía gracia cómo se enfadaba, pero cuando a él dejó de importarle, a nadie más se le ocurrió bromear. Satsuki le había mostrado lo orgulloso que podía estar de su nombre y había aliviado la angustia del señor Sakuraba, que tantas vueltas le estuvo dando al tema.

El verano siguiente Satsuki volvió a ser de gran ayuda, pero en esa ocasión se trató de Kota.

Las vacaciones habían empezado de un modo un tanto deprimente

para Hiromi.

La mascota de la escuela, un conejito, murió justo antes de terminar las clases, cuando el grupo de Hiromi se hallaba a cargo de él.

Entre sus responsabilidades estaba la de llevarle comida, una de las tareas preferidas de Hiromi. Un día se echaron a suertes quién limpiaría la jaula y fue entonces cuando descubrieron que el animal había pasado a mejor vida. Estaba en el suelo, frío, rígido como una piedra. Fue una triste noticia para todo el colegio, pero especialmente dura para la clase de Hiromi.

—Mamá, ¿qué significa «esperanza de vida»? —le preguntó nada más volver a casa.

Se habían reunido para analizar lo ocurrido, qué habían hecho mal, pero el profesor les dijo que no se preocuparan. No era culpa suya, sino solo una cuestión de «esperanza de vida». «Era un conejo mayor y había superado su esperanza de vida», dijo para consolarlos.

Bueno, no sería culpa suya, pero sus palabras no aliviaron a Hiromi, pues no entendía cómo se relacionaba la esperanza de vida con la muerte.

Su madre tuvo que exprimirse los sesos para explicárselo, pero Masahiro, que ya estaba en la etapa de la rebeldía, se inmiscuyó para simplificar: —La esperanza de vida es la esperanza de vida y cuando la alcanzas, la palmas. Fácil. ¿Es que ni siquiera sabes eso?

En cualquier caso, Masahiro había pasado hacía poco alguna que otra noche en blanco angustiado con ese mismo asunto.

«Mamá, ¿papá y tú también os vais a morir algún día?», le había preguntado abrazado a ella en plena noche y con el corazón roto de dolor.

Sin embargo, prefería hacerse el valiente delante de su hermano porque él ya conocía ese sufrimiento.

—No se trata solo de tu conejo, sabes... También Kota y Diana morirán algún día. Y...

—¡¡¡Masahiro!!! —le gritó su madre muy enfadada. Le ordenó que se encerrase en su habitación antes de que pudiera terminar la frase... «Y mamá y papá».

De todos modos, la simple idea de que Kota y Diana fueran a morir

algún día como el conejo ya supuso un trauma para Hiromi.

—¡¡¡No puede ser!!! —Rompió a llorar de repente, como haría un bebé—. ¡¡¡No, Kota no se puede morir!!! ¡¡¡Ni Diana tampoco!!!

Si mencionó a Kota en primer lugar no fue porque no tuviera cariño a Diana, sino porque estaba especialmente unido a él. Nacieron casi al mismo tiempo y habían estado siempre juntos. Kota dormía a su lado desde que era un bebé y le acompañaba mientras comía. Eran un niño y un gato, no había duda, pero su realidad se parecía más a la de unos hermanos. ¿Qué clase de niño expuesto a la cruda realidad de que su hermano se iba a morir no habría estallado en lágrimas?

«Pensad lo que queráis, pero esta vez Masahiro se ha pasado un poco».

Kota estaba enfurruñado. Agitó la cola y arrugó el hocico.

—No te preocupes. Kota y Diana tienen una salud de hierro. Aún van a vivir mucho tiempo.

La señora Sakuraba se esforzó por calmar a su hijo y solo un buen rato después logró calmar su llanto. Sin embargo, eso no cambiaba el hecho de que Kota y Diana tuvieran que morir algún día. Hiromi estaba completamente hundido y con ese estado de ánimo empezó sus vacaciones de verano.

En ocasiones, las lágrimas le resbalaban por las mejillas a pesar de estar dormido. En sus rondas nocturnas, Kota saltaba a su lado y ya había perdido la cuenta de las veces que le había limpiado las lágrimas.

La primera de ellas se fue a ver a Diana con el corazón en un puño. En plena noche, se sentaron juntos en una silla del comedor.

«Dime, ¿hay algún modo de sobrevivir a Hiromi?».

Sobrevivirle un solo día bastaría para poner punto final a una terrible angustia. Diana, por su parte, no lo tenía muy claro.

«Por desgracia, creo que es imposible. Si los humanos disfrutan de buena salud pueden vivir más de cien años, y yo nunca he oído hablar de un gato que se haya acercado siquiera a esa edad».

«¿Y no podemos hacer nada? No soporto ver a Hiromi así. Me da mucha pena».

Mientras los gatos dilucidaban posibles soluciones a un problema

existencial, las vacaciones de verano habían empezado y para entonces Satsuki-chan volvería a visitarles.

A Hiromi le gustaba mucho Satsuki-chan y tenerla cerca lo animaba, aunque de cuando en cuando no podía evitar ensombrecerse y soltar un profundo suspiro.

Un día que estaba ayudándoles con los deberes se le escapó uno especialmente significativo. No había duda de que no estaba en absoluto concentrado en la tarea.

—¿Qué te pasa? —le preguntó ella, y bastó eso para que sus ojos se llenasen de lágrimas e inundasen sus largas pestañas hasta el borde, antes de resbalar por las mejillas.

Le contó la historia del conejo, lo cual le trajo a la memoria las cosas horribles que Masahiro había dicho, pero se cuidó de no decirle nada sobre su hermano.

—Kota y Diana también se morirán algún día, ¿verdad? —le preguntó.

—Pues...

Satsuki-chan ladeó la cabeza, desconcertada. Era un asunto muy delicado para una niña de secundaria.

—Pero como Kota y Diana son gatos...

«¿Somos gatos? ¿Y qué?».

Kota se inclinó hacia ella para escuchar atentamente. Diana también.

—Cuando los gatos cumplen diez años se transforman por completo. ¿O era cuando cumplían veinte? —Se tomó un tiempo para pensar la respuesta, pero no se dio por vencida—. Bueno, eso ahora da igual. El caso es que a partir de cierto momento se transforman en algo distinto.

—¡Yo lo sé! —la interrumpió Masahiro, que había permanecido callado hasta entonces—. Se transforman en *nekomata*, o sea, en *yokai*, en espíritus sobrenaturales. Y su cola se divide en dos.

—Eso es —confirmó Satsuki asintiendo con la cabeza—. Has acertado de lleno.

Hiromi no parecía muy convencido.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Que después de convertirse en *nekomata* ya no se mueren?

—Eso creo. Son espíritus sobrenaturales y nunca he oído decir que los espíritus se mueran.

La expresión de Hiromi se iluminó. Al fin veía un poco de luz entre las tinieblas.

—Diana ya tiene catorce años, ¿no? Ha vivido una vida muy larga, así que es muy posible.

—Justo —confirmó ella buscando la complicidad de Masahiro con la mirada.

Este, sin embargo, ya estaba concentrado de nuevo en los deberes y no contestó. Al menos no desmintió la existencia de los espíritus.

—¡¡¡Viva!!! —gritó Hiromi. Dio un salto y sonrió como no había hecho hacía semanas.

Si Kota y Diana se convertían en *nekomata* eso resolvía todas sus angustias.

¿Cómo se transformaba un gato en *nekomata*? ¿Una vida larga bastaba para convertirse en uno?

Según Diana, había un procedimiento para lograrlo. Los humanos cumplían con ciertos trámites con cada nueva fase de sus vidas. Ir al ayuntamiento, por ejemplo. Cuando alguien nacía, le explicó, o cuando alguien moría o se casaba. Cuando Masahiro e Hiromi vinieron al mundo, sin ir más lejos, sus padres habían ido al registro civil del ayuntamiento para inscribir sus nombres.

«Tú solo eras un gatito por entonces, Kota, es normal que no te acuerdes».

«Ahora que lo dices...».

Kota pensaba en los conflictos que había tenido Hiromi con su nombre y cuando su padre le explicó que podría cambiarlo en el juzgado.

«Seguro que tienes razón y con nosotros pasa lo mismo».

Diana estaba convencida. Cuando un gato se convertía en *nekomata*

también debía acudir al ayuntamiento o al juzgado.

«Pero ¿qué es exactamente eso de los procedimientos?», le preguntó Kota.

«Tiene que haber documentos».

Hablaba muy segura de sí misma sin dejar de mover las orejas. Antes de registrar los nombres de sus hijos, los Sakuraba habían cumplimentado muchos documentos, que habían firmado con sus sellos personales.

«¿Qué podemos hacer nosotros? Ni siquiera sabemos escribir». Kota estaba perdido.

«No sabemos, pero los gatos podemos sellar un documento, ¿no crees?». Diana tenía respuesta para todo.

«Sí, pero ¿dónde podemos conseguir un sello para gatos?».

Aunque le dieron muchas vueltas a aquella pregunta sin respuesta, lamentablemente no encontraron a tiempo un sello para Diana.



—¡Ya estoy aquí! —Hiromi acababa de entrar por la puerta.

—Estupendo. ¿Puedes ir tú a comprar? —le respondió su madre desde la cocina.

Hiromi dejó la cartera en el sofá sin disimular su fastidio.

—Podrías haberme llamado o mandado un mensaje.

—Es que me acabo de acordar de que me hace falta una cosa.

—Está bien. ¿Qué?

Siempre refunfuñaba, pero al final hacía todo lo que su madre le pedía.

—*Kanikama*, palitos de cangrejo.

—Ah. —Se puso en marcha enseguida—. Hoy es el aniversario de su muerte.

—Es para ponerlo de ofrenda en el altar.

Diana había muerto un invierno varios años antes, cuando Hiromi aún estaba en cuarto de primaria. Los palitos de cangrejo eran una de sus comidas favoritas. El día de su muerte el frío helador había dado

una tregua pasajera.

—Casi no me creo que hayan pasado ya diez años.

—Vivió una larga vida, dieciséis años.

—Casi estuvo a punto de convertirse en *nekomata*.

Hiromi y su madre se miraron y soltaron una risita.

«¿Por qué se ríen?».

Desde su escondite bajo la mesa del comedor, Kota les observaba sin entender. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que hablaron de ese asunto.

«Oídme bien. Aún estoy aquí. ¿Entendido?».

De inmediato trepó por la espalda de Hiromi, lo que hizo a este gritar de dolor. Cuando alcanzó la cima de su cuerpo se agarró fuertemente en sus hombros.

—¡Ahora no, Kota! Tengo que ir a comprar.

Levantó los brazos para atraparlo, pero Kota fue más rápido y de un salto silencioso aterrizó en el suelo. Luego restregó la cabeza en sus piernas y él, resignado, le rascó bajo el mentón.

—Así que ya tienes veintiún años. A lo mejor te ha llegado el momento de transformarte.

«Eso es cosa mía. Diana no lo consiguió, pero yo sí he encontrado mi sello».

Hiromi estaba a punto de marcharse cuando oyó la voz de su madre:

—¡Ah, y una cosa más!

Siempre tenía montones de «una cosa más» cuando alguien iba a salir por la puerta.

—Ve a recoger tu traje a la tintorería. Ya está listo.

—¿Lo habías llevado? Gracias.

Se había empeñado en buscar empleo y a menudo debía ponerse el traje, como hacía su padre.

—¡Date prisa! Tu padre está a punto de volver y la cena está lista.

—En esta casa son todo órdenes, una detrás de otra… —Se encaminó a la entrada con Kota enredándose entre sus tobillos para ir a despedirle.

«No te equivoques con la marca. A Diana le gustaba esa que es baja en sodio».

—¿Tú también quieres algo, Kota? —le preguntó acariciándole la cabeza a sabiendas de que le traería sus palitos de bacalao con queso favoritos.



La enfermedad ocular congénita de Diana se había agravado. Tenía uno de los ojos tan velado que apenas veía nada y el otro empeoraba por momentos. La inseguridad provocó que cada vez se moviera menos. Iba del arenero a su cuenco de comida, y viceversa. Poco más. Su apetito desapareció y su lustroso pelaje se puso mate. En poco tiempo se había convertido en una gata decrépita.

El veterinario les explicó que había llegado a su esperanza de vida.

«Es una lástima, pero parece que al final no me transformaré en *nekomata*».

Lo murmuraba mientras se movía con dificultad por la casa. No había encontrado un sello para gatos. Kota no quiso consolarla con palabras innecesarias. Su tiempo había tocado a su fin.

No llegó a convertirse en *nekomata*. Eso fue todo.

Ningún gato puede eludir su destino.

«¿Tú crees que Hiromi llorará por mí?».

«Por supuesto, pero estaré a su lado».

«Cuento contigo».

La voz de Diana apenas se oía.

Aquel año el invierno fue duro. Murió el día en que el frío penetrante empezaba a ceder ante un sol cada día más radiante.

Rodeada por toda la familia que se había congregado para despedirla, Diana exhaló su último aliento.

«Espero que logres convertirte en *nekomata*, Kota».

Apenas un instante antes de cerrar los ojos para siempre, tuvo fuerza para pronunciar unas últimas palabras.

Hiromi lloró desconsolado y no probó bocado en todo el día. A la

mañana siguiente, sin embargo, se levantó decidido a compensar el ayuno.

«Has dormido bien y has comido mucho. Te recuperarás». Kota le consoló.

Como dormía bien y comía mucho, se hizo cada vez más grande, más fuerte, más capaz de gestionar sus sentimientos. No volvió a derramar lágrimas cuando pensaba en Diana y la echaba de menos. Incluso sin ella en la casa consiguió sonreír de nuevo.

Sin embargo, algunas noches lloraba en sueños y entonces Kota le lamía discretamente las lágrimas saladas.

«No te preocupes. Yo estoy aquí. Yo sí me convertiré en *nekomata* y cuidaré de ti, Hiromi».

Era lo que Diana habría querido.

Un *hanko*, un sello, un sello para gato. ¿De dónde iba a sacar él el sello felino que se requería para rellenar todos los documentos necesarios para convertirse en *nekomata*?

Lo descubrió por casualidad.

—Estampe aquí su sello, por favor.

Eso decían siempre los mensajeros que llegaban a la casa con paquetes.

La señora Sakuraba tenía guardado el sello cerca de la entrada y lo estampaba casi sin necesidad de que se lo pidieran.

Aquel día no lo encontró por ninguna parte.

—¿Le vale con mi huella dactilar? —le preguntó al repartidor.

—Por supuesto.

Presionó el índice sobre la almohadilla roja que le tendió el chico e imprimió la huella en el recibo.

Kota observaba la escena con sumo interés.

¡Cómo era posible! Había encontrado el pájaro azul de la felicidad[1] allí mismo, en la entrada de su propia casa.

El sello para gatos siempre había estado allí, en la almohadilla de su pata. Había nacido con él y ahora solo debía empezar a practicar. Era importante porque, incluso acostumbrada a usar el sello, a veces la

señora Sakuraba se equivocaba y tenía que rehacerlo todo.

Para evitar que eso mismo le sucediera a él, debía ejercitarse cuanto antes en el arte de imprimir su huella, de modo que a partir de ese momento se aplicó diligentemente a la tarea.

Cuando la señora Sakuraba dejaba a la vista la almohadilla impregnada de tinta roja de su sello personal, Kota saltaba encima y, si se daba la circunstancia de que era final de año y andaban por ahí las típicas postales de felicitación del Año Nuevo de su marido, inundaba el blanco inmaculado con sus huellas rojas.

—¡¡¡Kota!!! —se enfurecía él.

—Déjale —lo tranquilizaba su mujer—. Puedes convertirlas en flores de ciruelo.

Con un pincel de caligrafía se dedicó a dibujar las ramas que les faltaban a las flores.

Kota encontró pronto una gran variedad de elementos con los que practicar: las pinturas de la clase de arte de Hiromi, el kétchup desparramado por ahí y, cómo no, la salsa de soja a pesar de que no fuera roja.

Lo único que le faltaba eran los documentos propiamente dichos.

Estaba seguro de que, en algún momento, cuando la señora Sakuraba recogiera las cartas en el buzón le entregaría el documento y le diría: «Mira, Kota, esto es para ti».



Tras una intensa búsqueda de empleo, Hiromi se decidió, al fin, por aceptar la oferta de una agencia de viajes. En su club universitario había ayudado siempre a organizar los viajes y eso le divertía mucho, era casi una vocación.

El día que le llegó la carta para una primera toma de contacto informal, la familia lo celebró por todo lo alto. Aunque no era el aniversario de la muerte de Diana, le ofrecieron unos palitos de cangrejo en su altar. A Kota le cayeron unos deliciosos pedacitos de cecina de pollo.

Masahiro, que no estaba en casa aquel día, cuando fue de visita con su mujer le llevó una corbata de regalo. También sus padres le hicieron varios regalos imprescindibles: un reloj de pulsera su padre, una mochila portabebés su madre.

Hiromi se quedó perplejo al verlo.

—¿Qué es esto?

—Un portabebés. Mira, se usa así.

Su madre se lo colgó en diagonal e introdujo a Kota en el espacio reservado para la criatura.

—Es para llevar un bebé —explicó—, pero también sirve para un gato. Así tendrás las manos libres, especialmente a la hora de comer.

—Ahora lo entiendo. Muy útil, sin duda. Pero ¿es un regalo para mí o para Kota?

—Llevo años pensando en una solución para los dos y al final se me ha ocurrido esto.

—Bueno, supongo que es apropiado.

Hiromi se acostumbró a colocar a Kota en el portabebés junto a su pecho y, al fin, tenía las manos libres.

—Vaya gato más raro —comentó su padre—. Un gato trepador al que le gusta pintar y al que ahora, cuando ya es viejito, hay que llevar encima.

—Podía haberle dado por caminar sobre dos patas —dijo la señora Sakuraba.

—O convertirse en uno de esos gatos de la suerte que mueven la pata todo el rato.

Hiromi sonrió. La cabeza de Kota asomaba sobre su pecho. Lo acarició.

—Haz lo que esté en tu mano para transformarte en *nekomata*, ¿de acuerdo?

Satsuki había sido la primera en hablarle de la otra vida de los gatos. Aún llamaba con regularidad. Había empezado a trabajar para una empresa en su ciudad natal donde era responsable de la formación de los nuevos empleados.

Llegó el invierno. Con él, el aniversario de la muerte de Diana, y poco después la primavera.

Hiromi empezó a ponerse traje a diario para ir a trabajar y utilizaba el transporte público.

—Me marcho —se despidió de su madre una mañana.

Antes de que saliera por la puerta, lo detuvo.

—Te has afeitado mal —le advirtió ella señalándole la barbilla.

Hiromi se apresuró hasta el baño y se repasó con la maquinilla eléctrica.

«¡Vaya, vaya! Ahí está su espalda, toda disponible para mí».

Kota movió la cola en preparación para el salto, pero Hiromi se dio cuenta a tiempo y se hizo a un lado. El salto se vio frustrado en el último segundo.

—¡No hagas eso! ¿No ves que llevo el traje? Menudo desastre si me lo rompes.

Ese traje nuevo no tenía nada que ver con las camisas y las camisetas que había llevado hasta entonces.

«Está bien. Esta vez lo dejaré pasar, pero la próxima lo conseguiré. Que lo sepas».

A Hiromi no le quedó más remedio que aceptar su presencia encima de su traje nuevo e incluso aprendió a afeitarse con Kota acurrucado en el hombro.

—Mamá, ¿podrías hacer *tonkatsu* para cenar mañana?

El otoño había llegado y él ya llevaba seis meses trabajando en la agencia de viajes.

—¿Y eso? ¿Acaso tienes algún examen?

Hiromi nunca había sido especialmente quisquilloso con la comida y no solía pedirle nada especial a su madre. Solo cuando tenía por delante un examen importante pedía *tonkatsu*, filetes de cerdo empanados, el plato que le traía buenos augurios porque el ideograma de *katsu* se podía leer también como «ganar».

Sin embargo, ya se había licenciado en la universidad.

Desde el suelo, Kota lo miró un tanto perplejo ladeando suavemente

la cabeza hasta que Hiromi se explicó.

—Tengo un examen de promoción en el trabajo.

Al pensarlo, Kota cayó en la cuenta de que últimamente Hiromi se acostaba tarde porque se quedaba estudiando.

Su madre se puso manos a la obra para preparar un *tonkatsu* a la altura del desafío, y cuando Kota se disponía a usar un resto de la salsa marrón intenso para practicar sus habilidades como estampador de huellas dactilares, la señora Sakuraba le gritó que ni se le ocurriera. Hiromi y su padre intervinieron a tiempo para cortarle el paso a Kota.

Por la mañana, Hiromi salió de casa muy esperanzado.

Un mes más tarde, su madre estaba revisando el correo cuando gritó:

—¡Ay! ¿No será el resultado del examen?

Esperó impaciente a que su hijo volviera y, en cuanto asomó por la puerta, le entregó el sobre. Ya fueran las cualidades propiciatorias de su *tonkatsu* o los esfuerzos de Hiromi, había aprobado con una excelente nota.

Kota los miró de reojo. Se habían puesto a dar saltos de alegría. Acercó su pequeño hocico para olfatear el documento.

«¿Acaso no hay que estampar un sello en este papel?».

—¿Qué pasa, Kota? ¿Es que quieres leerlo?

«No, solo me preguntaba por qué razón tarda tanto tiempo en llegar mi documento».

Aun así, Hiromi le explicó el significado de la carta:

—Lo que dice es que he obtenido la cualificación y el certificado para hacer de guía en el extranjero.

—¿Cuándo vas a empezar en el nuevo empleo? —preguntó su madre.

Hiromi negó con la cabeza.

—Quién sabe, aunque hay gente que empieza a ir al extranjero sin haber cumplido un año en el trabajo. —Estaba muy ilusionado y se preguntaba cuándo le llegaría el turno, qué país le caería en suerte.

Llegó el invierno, un nuevo aniversario de la muerte de Diana y, como de costumbre, la primavera se notaba en el aire.

Ocurrió en uno de esos días.

Hiromi estaba afeitándose en el lavabo.

«Esa espalda, toda para mí. ¡Esta es la mía!».

Kota dio un salto y estuvo a punto de alcanzar su objetivo, pero... «¿Qué pasa?». Cuando quiso darse cuenta ya estaba en el suelo.

Hiromi se dio media vuelta en el acto y lo miró sorprendido.

«He fracasado. No tengo un buen día».

Kota se sintió incómodo y salió de allí a toda velocidad. Sin embargo, desde entonces ya no volvió a encaramarse a la espalda de Hiromi. Por mucho que se esforzara, siempre se quedaba a la mitad. Y no solo eso: tampoco era capaz de subir a la mesa de un salto. Tenía que saltar primero a la silla y desde allí a su destino final.

Al parecer, la vejez que había atrapado a Diana había regresado para atraparle también a él.

«Vaya, vaya... Esto no me lo esperaba, porque Satsuki dijo que me transformaría cuando cumpliera los veinte».

Kota había cumplido ya veintitrés años. En la siguiente estación de lluvias cumpliría veinticuatro. Ya que había vivido hasta entonces, podía convertirse sin más en *nekomata*, pensaba.

Su documento seguía sin llegar.

«¡Qué lástima! Tanto practicar mi firma para nada».

La primavera estaba cerca. El viento templado luchaba contra el general Invierno y las temperaturas no llegaban a estabilizarse. Fue por entonces cuando Kota se resfrió. Se le pusieron los ojos malitos y la señora Sakuraba lo llevó enseguida al veterinario.

Este le administró suero por vía intravenosa, pero el resfriado se alargaba más de la cuenta y las fuerzas de Kota empezaban a flaquear.

«Lo sé. Ya no me queda mucho para marcharme».

Hiromi recibió por entonces su primer encargo como guía en el extranjero.

—¿Dónde?

—En Francia, en el Mont Saint-Michel.

—¡Qué maravilla! Siempre habías querido ir.

Su madre estaba entusiasmada, aunque resultaba obvio que hacía

un poco de teatro.

—Es verdad, pero por qué ahora precisamente.

—No hay nada que hacer. No puedes renunciar porque tu gato esté enfermo. Te despedirán.

La señora Sakuraba se servía de una pipeta para suministrar a Kota los medicamentos, que al principio cerraba la boca, resistiéndose con todas sus fuerzas, pero pronto terminó por rendirse y la dejó hacer.

«No tiene sentido perder en peleas inútiles el poco tiempo que me queda».

—Kota estará bien, no te preocupes. Además, es solo una semana. Seguro que te espera.

A pesar de las palabras de su madre, en lo más profundo de su corazón Hiromi intuía algo bien distinto.

«Nadie se lo cree, pero yo sí. Aguantaré hasta que él vuelva a casa.

»Vete y disfruta del viaje. ¿Cómo no voy a esperarte una semana si he vivido contigo veintitrés años?».

Hiromi acarició el pelaje esponjoso de Kota como si con ese gesto le diese su último adiós. Después se marchó de viaje.

Hiromi llamaba a su casa todos los días. Por la mañana y por la noche. A veces el teléfono sonaba incluso antes del amanecer, pero en la voz de su madre nunca hubo un deje de enfado o fastidio.

—No te preocupes. Es muy bueno y se toma la medicina sin rechistar.

Masahiro, que se había mudado lejos, se presentó un día para ver cómo estaba Kota.

—Creo que ha llegado el fin.

Estuvo hasta medianoche, como si no quisiera separarse de Kota, pero luego se subió en el coche y volvió a su casa.

«Una noche. Dos noches. ¿Cuántos días han pasado ya?».

Oleadas de una dulce somnolencia le acariciaban sin descanso, despacio, una y otra vez.

«Si me dejo llevar por esta dulzura es probable que no despierte más. Pero no tengo miedo porque voy al mismo lugar donde fue

Diana.

»Al final todos iremos *allí*. Papá irá, también mamá, Masahiro e... Hiromi. Sí, Hiromi también.

»Es una lástima que yo no pueda estar aquí cuando le toque partir a Hiromi. Encima, después de lo que Satsuki-chan dijo sobre lo de convertirme en *nekomata* y todo eso.

»Y aquí estoy, todo un experto en estampar huellas dactilares.

»Mi único deseo verdadero era el de sobrevivir a Hiromi, aunque solo fuera por un día.

»Pero él es ahora un hombre hecho y derecho, un hombre grande y fuerte, el más alto de la familia. En realidad, es tan alto que ya no seré capaz de trepar por su espalda nunca más.

»Estará bien.

»Con ese cuerpo tan saludable, seguro que logrará soportar la pena».

Una nueva oleada de somnolencia se abatió sobre él.

De pronto, una mano grande le acarició la cabeza. Unos dedos se deslizaron por debajo de su mentón y después le rascaron las orejas.

Sin darse cuenta se puso a ronronear.

«Para. Me encuentro tan bien que me voy a dormir y luego ya no podré despertarme».

—Kota.

Le pareció oír la voz de Hiromi llamándole por su nombre.

«Hiromi.

»Hiromi. Hiromi. Hi... Hiro... Hiromi...

»Es un nombre muy bonito. ¿Qué más da si tus amigos te toman el pelo? Da igual.

»*Masa*, de Masahiro, viene del nombre de tu padre, y *mi,* de Hiromi, del de tu madre. Tu hermano y tú compartís *hiro*. Se parece a ese juego de formar palabras nuevas con la última sílaba de la precedente.

»También mi nombre tiene el mismo ideograma de *hiro*, aunque se lea distinto. Somos un buen equipo.

»Ningún otro nombre podría haberte unido mejor a tu familia.

»Vamos, es hora de decirle a tu padre lo orgulloso que estás de tu nombre».



Su padre fue a recogerle al aeropuerto.

Volvieron por la autopista y llegaron a casa en menos de una hora.

—Baja —le dijo su padre antes de aparcar.

La puerta estaba abierta. Se descalzó y entró a toda prisa.

A Kota le habían preparado una camita en el cuarto de estar, el más cálido de la casa.

La señora Sakuraba estaba a su lado, le atendía con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Aún está…?

Asintió. Sí, seguía vivo.

Hiromi se acercó. Temblaba. Se arrodilló y pasó la yema de los dedos por su pequeña y grisácea cabeza atigrada.

Le acarició debajo del mentón, le rascó detrás de las orejas.

Y Kota ronroneó.

—Kota.

Se le quebró la voz. Kota emitió también un débil maullido, ronco.

Se turnaron para acariciarle, una y otra vez, sin descanso, provocando algún ronroneo ocasional.

Antes del amanecer, los ronroneos cesaron de repente. Kota había muerto. Ya no volvería a ronronear.

Por alguna razón, y aunque no entendía por qué, Hiromi no estaba triste.

Solo estaba agradecido.

—Te ha esperado —le dijo su madre con una voz apacible—. Gracias a eso tu primer trabajo nunca será un triste recuerdo.

Su padre rio.

—Un gato trepador, un gato pintor, un gato bebé y, en el último momento de su vida, un gato considerado que sabe decir adiós. Desde luego ha sido un animal de múltiples talentos.

—Papá… —No sabía por qué sucedía en ese preciso instante, pero

fue como si las palabras se le cayeran de la boca, como si salieran por voluntad propia—. Me gusta mucho mi nombre.

—¿Qué estás diciendo?

—De verdad, me parece un nombre muy bonito. —Acarició suavemente el cuerpo todavía tibio de Kota—. Si volviese a nacer, querría ser vuestro hijo otra vez y llamarme Hiromi y crecer con Kota.

—Te olvidas de Masahiro —bromeó su madre.

—Si me lo pide, le dejaré que vuelva a ser mi hermano mayor.

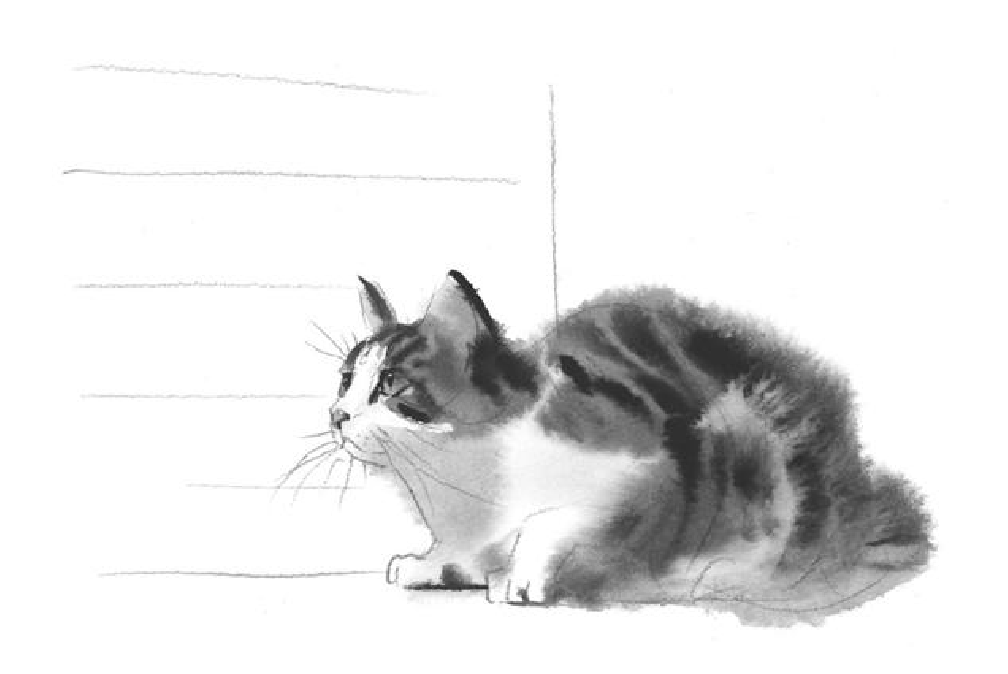
Y si Hiromi se lo pedía, con toda seguridad él le dejaría ser de nuevo su hermano menor.

—Podéis volver a llamarle Masahiro y a mí Hiromi.

—Claro que sí. Supongo que es un buen nombre…

Su padre tenía una expresión extraña. No entendía por qué había dicho algo así.

El gato de Schrödinger



Cuando Kaori Tsukuda volvió de casa de sus padres, donde, según la costumbre, se había instalado durante un mes tras dar a luz, descubrió que en su ausencia algo trascendental había ocurrido.

Su marido, Keisuke, se había quedado a cargo de todo. Keisuke, bajo el nombre *Keisuke Tsukuda*, escrito en katakana, era dibujante de manga. Colaboraba con una revista mensual para chicos y unos años antes había publicado una serie de éxito considerable, si bien desde entonces se había centrado en historias de un solo capítulo o de extensión breve. De todos modos, se dejaba la piel en el trabajo y era la personificación del dibujante consagrado en cuerpo y alma a su arte.

Siempre había sido así, desde el principio de su carrera. El mundo del manga era duro y competitivo y era muy fácil entregarse por completo sin llegar a recibir la recompensa del éxito. El caso es que Kaori le había explicado las normas de la casa antes de marcharse con sus padres: «Aprovecha la oportunidad para mejorar tus habilidades domésticas», le dijo, aunque no confiaba demasiado en encontrar la casa recogida y pulcra a su regreso.

Se suponía que Keisuke iría a buscarla a la estación de Ueno, pero justo antes de bajarse del Shinkansen la llamó por teléfono para decirle que no podía, sin olvidarse, eso sí, de ofrecer todo tipo de disculpas. Ella recordaba que él no tenía ninguna fecha de entrega a la vista, pero en ocasiones la devoción que sentía por el manga prevalecía sobre cualquier otra cosa. Sin su mujer en casa durante un mes entero, lo más probable es que estuviera más allá de sus posibilidades recoger en un solo día el desastre que habría organizado en todo ese tiempo. Acostumbraba a pedir aplazamientos en las fechas de entrega, por tanto, esperar de él que hubiese mantenido la casa en orden era hacer castillos en el aire.

Con el bebé a cuestas, lejos de estar físicamente al cien por cien, nada más salir de la estación se subió a un taxi.

Antes de marcharse lo había dejado todo preparado para recibir al bebé. La única misión de Keisuke era montar la cuna en su ausencia y le dejó muy claro que si no cumplía era hombre muerto. Siempre y cuando fuera capaz de asumir esa simple tarea, su vida no corría peligro.

Vivían en una vieja casa que habían logrado comprar gracias al éxito de Keisuke. Conscientes de que no podían dejar pasar la ocasión, pusieron en común todo el dinero que fueron capaces de reunir.

Kaori llegó a casa y llamó al timbre. Su marido aún no había vuelto. Quizá había ido al supermercado abierto 24 horas. Abrió la puerta con su propia llave.

Se había preparado mentalmente para enfrentarse a una escena de devastación, pero cuando entró solo se encontró la casa un poco polvorienta, eso por descontado, y también unas cuantas cajas de cartón abiertas en mitad del pasillo, pero en general se veía limpia y recogida.

Casi todas las cajas eran de artículos para el bebé: leche, pañales, toallitas húmedas, un arenero para gato...

—¿Cómo? —exclamó.

Volvió a comprobarlo. En efecto, una caja de cartón hacía las veces de arenero de gato. No quedaba duda, era tan indiscutible como el hecho de que en ese momento fuera de día.

En ese instante se oyó el chasquido de la cerradura de la puerta antes de abrirse.

—¡Ay!

Tan pronto sus miradas se cruzaron, a su marido se le escapó un gritito de culpabilidad.

Llevaba una bolsa en la mano. Bueno, no era exactamente una bolsa sino más bien un transportín de animales pequeños de donde salía un gemido como el de una sirena.

—¿Se puede saber qué es eso? —gritó ella, lo que provocó que el bebé en sus brazos se uniera también al coro de sirenas varias.



El bebé se llamaba Shiori.

Keisuke había elegido el nombre.

Desde el primer momento estuvieron de acuerdo en eso. De lo contrario, Kaori siempre habría tenido la sensación de que su marido era un dibujante poco digno de confianza volcado exclusivamente en su trabajo. De hecho, cuando le anunció que estaba embarazada, él se quedó en blanco, con la mirada ausente, y ella no consiguió saber si estaba contento o no.

Por si eso no fuera suficiente, encima le preguntó: «¿Es mío?», y eso se convirtió en un auténtico *casus belli* entre ellos. Ella no esperó ni un segundo para disparar toda su artillería: «¡Quiero el divorcio!», pero Keisuke se rindió: «*Mayday! Mayday!*», lo cual contribuyó a poner punto final a las hostilidades.

—No, no, no. No es lo que quería decir en realidad —repitió una y otra vez como un disco rayado.

El ataque de rabia había dejado a Kaori exhausta.

—Entonces ¿¡qué significa esa pregunta!?

—Es que no me lo puedo creer —respondió él.

—Está bien. En tal caso nos divorciaremos —contraatacó Kaori con una sonrisa burlona.

Él empezó a agitar las manos.

—No, no. No lo entiendes.

—¿Que no lo entiendo? ¿El qué no entiendo?

Keisuke dijo algo vago sobre su incapacidad para verse como padre. O al menos eso interpretó ella. Estaba tan enfadada que era incapaz de comprender el verdadero sentido de sus palabras.

—Me cuesta creer que alguien en una situación tan desesperada como la mía pueda ser padre —repitió una y otra vez.

Era la clase de lamento previsible en él, que llevaba una vida tan circunscrita al manga que acababa comportándose en sociedad como un elefante en una cacharrería.

—¿Me paso el día dibujando y resulta que ahora me acusan de fraude fiscal?

Cuando sus series tuvieron éxito y sus ingresos se dispararon, Keisuke tenía tanto trabajo que se olvidó de presentar la declaración de la renta y, por tanto, no satisfizo la considerable suma que le correspondía pagar al fisco.

Por aquel entonces Kaori trabajaba como editora y la habían nombrado asistente personal de Keisuke para llevar sus asuntos financieros. Uno de sus primeros encargos fue, precisamente, poner orden y pagar lo que debía.

—Pagar impuestos es un deber de todos los ciudadanos. *Do you understand?* —le preguntó ella.

Para la editorial, tener en nómina al responsable de un fraude fiscal era un verdadero problema de reputación. Podían sustituir su serie por otra cualquiera sin dificultad, pero lo que no podían hacer de ningún modo era permitir ese escándalo.

—Me da igual cómo lo hagas —le había ordenado con solo una mirada y sin necesidad de palabras el gerente de la editorial—, pero quiero que pague hasta el último céntimo de lo que debe.

A partir de ese momento, Kaori no volvió a encargarse de editar su obra. Su trabajo consistió entonces en meter mano a los temas contables, lo cual implicaba desenterrar de entre las montañas de papeles cualquier factura que pudiera desgravarse, recibos de gastos deducibles, ordenarlo todo y, en último lugar, llevar al día su contabilidad.

Cuando el contable le dijo a Kaori que Keisuke debía presentar lo antes posible una declaración corregida, la única reacción de este fue un «¡Válgame el cielo!» y seguidamente lo dejó todo en sus manos. A fin de arreglar la situación de una vez por todas, Kaori tuvo que dar de alta una sociedad, enviar toda la documentación, registrarla.... La serie de Keisuke se acercaba al final e iban a volver a trasladar a Kaori a otra sección, al departamento de contabilidad. Dado su éxito como asistente personal de *Keisuke Tsukuda*, sin duda tenía mucha lógica.

Al enterarse de que ya no iba a ocuparse de sus asuntos financieros, se quedó pálido y le imploró. De hecho, le imploraba en cualquier circunstancia, con una facilidad desmedida.

—No entiendo por qué me pones al frente de una sociedad, así, de

repente —le dijo.

—¿Cómo es posible que me digas eso? Tú eres el responsable de este desastre y soy yo quien se ha encargado de poner orden.

No le debía nada y sus reproches no le gustaban. De hecho, tuvo ganas de darle un guantazo y largarse de allí, pero justo en ese momento de sentimientos a flor de piel él le confesó: «No sé qué hacer sin ti», y a continuación le propuso matrimonio, todo lo cual confirmaba a ojos de ella su infinita torpeza cuando se trataba de interactuar con otros. No hubo, por tanto, un desenlace romántico ni un «te quiero» siquiera.

Él no juzgó útil decirle cosas propias de los finales felices, como hoy te quiero más que ayer pero menos que mañana.

Aunque…

A ella siempre le habían gustado sus historias e incluso las había leído todas antes de que él tuviera éxito. Después de trabajar como su asistente, sabía de su ineptitud para las relaciones sociales y estaba convencida de que, si se alejaba de Keisuke, antes o después acabaría arruinado. Daba igual la razón: por fraude fiscal o siendo víctima de una estafa. Era un hecho ineludible, un escenario real y, en tal caso, ya no podría volver a leer sus mangas. Eso sí habría sido una verdadera tragedia para Kaori.

Meditó sobre todo ello, y a la propuesta de matrimonio de Keisuke respondió como quien no quiere la cosa: «Claro, si de verdad te gusto…». Su unión quedó consumada.

—¿Puede ser padre alguien como yo? —le preguntó.

Keisuke no dejaba de llorar. «No se trata de si puedes o no —pensó ella—, sino de que vas a serlo y punto». Pero en cambio prefirió sintetizar su respuesta:

—¡Debes serlo!

Él tuvo que darse cuenta de lo enfadada que estaba, de que solo aceptaría un sí por respuesta, de manera que asintió. No obstante, el embarazo transcurrió sin que se operase un cambio visible en su inoperancia para la vida cotidiana. Al fin y al cabo, una persona no

cambia con tanta facilidad solo por haber plantado una semilla que dará su fruto más adelante.

Cuando nació su hija y Kaori seguía ingresada en la clínica de maternidad, él parecía menos emocionado que temeroso. ¿Temor ante una nueva vida? Quizá eso explicara su reacción al saber que iba a ser padre, pero al menos podía asumir la responsabilidad de dar un nombre a la criatura. Eso pensó ella.

Supo incorporar el ideograma de *ri*, el mismo que el de Kaori, al nombre de la niña y después formó Shiori. Era lo mínimo que se podía esperar de un padre, y a su mujer le impresionó de veras. Tanto los padres de ella como los de él alabaron su talento a la hora de encontrar el nombre, pero para animarlo en su recién estrenada responsabilidad como padre.

«Sé paciente con él», le habían rogado sus suegros sin olvidarse de pedirle que lo cuidara. Se proponía hacerlo, pero ya había informado a su hija: «Shiori, tu papá es un hueso más duro de roer de lo que imaginaba».



—¿Qué significa todo esto? —Después de amamantar a Shiori y acostarla en el cuarto de estar, había llegado el momento de hablar.

—Bueno... antes de hablar, ¿puedo sacarlo?

El gato seguía encerrado en el transportín. Era un ejemplar marrón atigrado con el hocico y las almohadillas de las patas rosáceos. Kaori estaba bastante familiarizada con los gatos para darse cuenta de todos esos detalles de un simple vistazo. De niña siempre había estado rodeada de gatos y sus padres seguían teniendo uno.

—De momento, déjalo ahí.

Ella sabía muy bien que si lo soltaba y empezaba a moverse por el cuarto todos sus argumentos se desvanecerían.

—¿Cuándo?

Cuándo, dónde, quién, qué, por qué, cómo... Hasta ese instante, solo había repuesta a quién y qué; cuándo, dónde, por qué y cómo había

adoptado Keisuke un gato callejero estaban pendientes.

—Bueno… Hará tres semanas, más o menos.

«¡Tres semanas!», estuvo a punto de gritar ella. Sin embargo, se limitó a soltar una interjección al ver a Keisuke asustarse, y su sentido común le dictó que se contuviera para no despertar a Shiori.

—¿Dónde?

—En el área de reciclaje.

El área de reciclaje del barrio estaba en diagonal frente a su casa. ¿Qué clase de trampas acechaban en ese espacio a apenas diez metros de ellos?

—Me dijiste que no acumulara la basura orgánica.

Kaori le había pedido que no acumulara basura en casa y él había adoptado un gato.

«Espera un momento. Esa historia no tiene sentido».

—Fui a tirar la basura y me encontré un gato abandonado.

«No tienes por qué mencionar otra vez el asunto de la basura porque no tiene nada que ver con esto».

—Estaba en una caja de mandarinas Mikkabi.

«Desde luego, tiene una memoria prodigiosa para los detalles».

—Ese día fui el primero en sacar la basura.

Keisuke era noctámbulo y por eso prefería ir a tirar la basura temprano por la mañana tras pasar la noche en vela. Era la única forma de no olvidarse de hacerlo.

—Como fui el primero en llegar, ver la caja de mandarinas me sorprendió. No era el día del reciclaje y no sabía qué hacer, si dejarla allí o no.

Resultaba sorprendente que se acordara de los días establecidos para la basura orgánica o la reciclable. Kaori reprimió las lágrimas al comprender que estaba despertando poco a poco a la vida normal, a lo que la sociedad esperaba de él.

—Como mínimo debía aplastar la caja, al menos eso pensé.

El gesto típico de un adulto responsable, sin duda, aunque determinar si era bueno o malo actuar de ese modo ya era otro asunto. Quizá para que los vecinos no pensaran que era él quien se saltaba las reglas de la recogida de basuras, habría sido más propio poner cara de

circunstancia, chascar la lengua y dejarlo correr. En el barrio las cosas funcionaban de ese modo: si en un caso así uno se cruzaba con alguien, se veía en la necesidad de poner una excusa del tipo: «¿No era hoy el día de la basura orgánica?». Luego solo había que ignorar la caja, esperar la llegada del camión de la basura y a que el basurero le pegase una etiqueta para advertir que no podía recogerla, de manera que quien la hubiera tirado se diera cuenta de su error y se la llevara de nuevo a su casa.

Pero Keisuke se había empeñado en actuar como un buen samaritano y se dispuso a aplastar la caja.

—Justo antes de hacerlo me dije: «¡Vaya, aún hay dos mandarinas!». Me fijé bien y resultó que eran dos gatitos, uno color mermelada y otro negro, minúsculo. Ese sí parecía una mandarina mohosa.

—A esos los llaman carey.

—Aún no abrían ni los ojos. El carey estaba frío. Quizá era demasiado pequeño para sobrevivir. El caso es que decidí traerlos a casa y llevarlos al veterinario.

El veterinario se hizo cargo del gato muerto y le enseñó a Keisuke cómo alimentar al superviviente y ocuparse de sus deposiciones. Tenía el pelaje limpio, sin pulgas ni garrapatas. Debía de ser la cría descartada de una gata casera, que tal vez había tenido demasiadas y no podía amamantar a todas.

El veterinario le explicó que de haberse tratado de un gato callejero habría estado lleno de parásitos, y aún más teniendo en cuenta que su hermano estaba muerto. Si el anfitrión muere, las pulgas y las garrapatas buscan de inmediato un nuevo huésped, y en ese caso debería haber sido ese cuerpecito color naranja atigrado que estaba en la misma caja.

—El veterinario me ha dicho que cuando lo destete lo lleve para un análisis de sangre y heces.

«¿Destetarlo? ¿Se puede saber de qué estás hablando?».

—¿Y todo eso mientras tu propia hija es una lactante? —le preguntó Kaori, incrédula.

En casa de sus padres, se había limitado a cruzarse de brazos y a esperar a que se lo dieran todo hecho, pero de regreso a su propia casa

no sabía muy bien por dónde empezar con la tarea que recaía sobre ella. Al ingente trabajo de atender a su hija debía añadir los asuntos domésticos, un marido con escasas habilidades sociales y un gato sin destetar. ¿No era demasiado?

Dentro del transportín, el gato había empezado a maullar y arañaba la puertecilla con la pata como si dijera: «¡Dejadme salir, dejadme salir!».

«¡Válgame el cielo! No puedo pensar con claridad».

—Dos criaturas lactantes... es imposible...

—No son dos. Spin ya toma alimentos sólidos.

—¿¡Cómo!? ¿Incluso le has puesto un nombre? Entonces estás acabado, quedarás unido a él de por vida. Esa es la clave. ¿Por qué crees que te cargué con la responsabilidad de ponerle un nombre a nuestra hija? En fin... Sea como sea, debemos encontrar a alguien que lo adopte.

Llevarlo a casa de sus padres era el último recurso. Siempre habían tenido dos gatos, pero en aquel momento solo tenían uno, así que había alguna posibilidad. Quizá no congeniaran, pero si era necesario podían vivir en habitaciones separadas.

Al mencionar la adopción, Keisuke desplazó el transportín para ponerlo a salvo detrás de él. Obviamente, un gesto podía ser tan elocuente como las palabras.

—Yo... yo creo que si lo doy en adopción no estaré a la altura de todo lo demás.

—¿No estar a la altura? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que Shiori ha nacido y... —dijo con ojos suplicantes—. Quiero decir que... ahora que ha nacido Shiori, si abandono a este gatito no voy a ser un padre como es debido.

«Es que no deberías haberlo recogido porque habría sobrevivido sin ti», pensó Kaori, aunque no se atrevió a decirlo para no resultar demasiado hiriente. De todos modos, no podía pasar por alto que su hermanito sí había muerto.

De haberlo dejado abandonado en la caja, el gato atigrado habría quedado en manos del destino y él sería el único responsable. Esa forma de pensar, a esa velocidad, con esa convicción, era lo que hacía

de Keisuke Tsukuda quien era: *Keisuke Tsukuda*. La idea de que si él no lo hubiera hecho otro en su lugar se habría encargado del gato jamás funcionaría como manga.

—Es el gato de Schrödinger, ¿no te parece? —preguntó la mujer.

Si no hubiera observado atentamente a los gatitos, ni siquiera habría sabido si estaban vivos o muertos. Si Kaori hubiera llevado la basura ese día, se habría limitado a seguir las normas sin percatarse de nada, y el gato no habría entrado a formar parte del universo de la casa Tsukuda.

Por el contrario, *Keisuke Tsukuda* lo vio e incluso le dio un nombre, y al hacerlo el animalillo de la caja de mandarinas Mikkabi se convirtió en un habitante más de la familia Tsukuda.

«Espero que demuestres la misma buena predisposición cuando se trate de Shiori, ¿vale? De lo contrario, eres hombre muerto».

—¿De dónde vienes con el gato?

—Del veterinario. Me había llamado para… —Llegado a este punto, Keisuke no pudo contener ya las lágrimas. Sus emociones fluctuaban tanto que lo que decía tenía que ser cierto—. Ayer por la mañana empezó a vomitar.

Los gatos son criaturas que vomitan. Lo hacen a menudo después de comer, después de beber, vomitan bolas de pelo, pero si se trata de un gato no adulto puede resultar preocupante.

—Miré por la casa para cerciorarme y descubrí que se había comido una goma de borrar. De hecho, en el vómito había trocitos.

Las circunstancias lo obligaron a ir al veterinario.

—Le hizo una radiografía y un sondeo por ultrasonido, pero no encontró nada. Comprobé los trocitos de la goma y vi que la había expulsado toda. El veterinario dijo que en caso de quedar algún resto lo expulsaría con las heces, aunque me recomendó dejarlo ingresado una noche en observación. Justo cuando me disponía a ir a la estación, me llamó para que fuera a recogerlo. —Un sollozo estremeció sus hombros—. Si… si hubiera muerto… yo no sé… —Rompió a llorar y no pudo continuar, pero Kaori dedujo que se sentía culpable por haber dejado la goma donde no debía.

Nunca había tenido una mascota y de habérsele muerto en tan poco

tiempo, el peso de la responsabilidad habría resultado insoportable, le habría golpeado como un hacha hasta partir en dos su sensibilidad.

Entretanto, el gatito atigrado y anaranjado arañaba la redecilla del transportín.

«Menos mal que eres un gato fuerte».

—Siento mucho no haber ido a recogeros a la estación.

—Bueno... Supongo que no tenías alternativa. ¿Cómo has dicho que se llama, Spi...?

—Spin.

—¿Spin? ¿Cómo «girar» en inglés? —Kaori empezó a girar un dedo como si con el gesto fuera a descubrir la razón de semejante nombre. ¿Sería por la forma en la que los gatos dan vueltas alrededor de los juguetes?

—Eso es.

Keisuke señaló un libro sobre una mesa baja. Era uno de los libros de Kaori.

«¡Ah, sí, ya me acuerdo! Lo estaba leyendo antes de ir a casa de mis padres. ¿Se ha pasado todo un mes ahí, sin que lo devuelva a su sitio?».

—Cuando Spin abrió los ojos, lo primero que hizo fue ponerse a jugar con el hilo que cuelga del marcapáginas.

En efecto, el libro tenía un marcapáginas azul con un hilo en la parte inferior que sobresalía unos centímetros.

—Se pasaba las horas muertas dándole golpecitos. Estaba tan mono...

—Bien, entonces deja salir a esa monada.

En cuanto Keisuke abrió el transportín, el gato anaranjado se lanzó sobre su mano, como si estuviera acostumbrado a hacerlo.

Kaori lo tomó en brazos y enseguida se dio cuenta de que hacía décadas que no sentía el tacto de un pelaje suave y mullido. Bajo su diminuto y despejado ano, como una delgada línea de cal trazada con espátula, no lucían un par de esponjosos testículos felinos.

—¿Una hembra?

—Has acertado.

—Spin me parece más un nombre de macho —dijo Kaori.

—Pero como va a ser la hermanita de Shiori, me pareció buena idea que sus nombres empezasen con la misma inicial.

Al jugar con la gata fue cuando se le había ocurrido el nombre de su hija. Creyó encontrar una conexión entre ambas, lo que le hizo muy feliz.

—Mira, Shiori. Es tu hermanita.

Alzó a la gata por los aires y después la acercó junto a la almohada de la niña. Spin olisqueó su cabeza. Ambas tenían un pelo muy lustroso.

Quizá su olor a lactante la hizo ronronear y acariciar el pelo suave de la niña. Shiori se despertó. Sus ojos enfocaron a la gata. Aún no veía con claridad, pero parecía mirarla. Tampoco sabía sonreír y, de algún modo, parecía hacerlo.

Sin duda habían congeniado.

Una de las razones por las que la casa estaba más limpia de lo que Kaori se imaginaba era para que Spin no se tragase cualquier cosa tirada por ahí. El veterinario había asustado a Keisuke sobre lo peligroso que podía ser para un gato comer algo indebido, y por eso la noche que la gatita estuvo ingresada él se dedicó a limpiar y a recogerlo todo para evitar sobresaltos.

—Me di cuenta de la cantidad de cosas que había por el suelo que Spin podía tragarse. Un simple trozo de cuerda, sin ir más lejos, habría bastado para tener que operarla y abrirle el estómago. Me lo dijo el veterinario.

Kaori se fijó en que todas las piezas de Lego y de las maquetas de plástico de Keisuke, que solían estar esparcidas encima de una mesilla en el cuarto de estar, ahora se hallaban debidamente colocadas y guardadas en su caja de plástico. ¿Cuántas veces se había cortado el pie con alguna de esas piezas tiradas por el suelo? ¿Cuántas veces le había pedido que las recogiera y guardara en esa caja que llevaba años muerta de risa en un rincón acumulando polvo?

Una gatita lo había convencido de la importancia del orden, mientras que la infinidad de reprimendas de su mujer habían sido en

vano. «Bueno, supongo que hay que aceptarlo». ¿Acaso existía en el mundo el hombre o la mujer capaz de superar a un gato?

—Además, todas esas cosas que Spin podría tragarse también son un peligro para Shiori. Pensé que debía recogerlo todo antes de que volvierais a casa.

Sorprendente. ¿Dónde estaba el Keisuke que ella conocía? Con la gata había establecido una relación de amo y esclavo al revés, si bien sin asperezas. Sin duda, los peligros para Spin eran los mismos que para la niña.

—Solo me falta pasar la aspiradora —dijo Keisuke poniéndose en pie.

Increíble. Incluso tomaba la iniciativa en las tareas del hogar.

—Mejor pasa la mopa. Si no, vas a despertar a Shiori.

Las caricias de Spin en el pelo de la niña habían tenido el efecto de llevarla a un sueño profundo en el balancín.

—Es verdad. Spin también se podría asustar.

—¿He comprado yo ese balancín? —preguntó Kaori de pronto.

En la lista de cosas que necesitaba la niña había dejado el balancín para el final porque no estaba segura de si lo usaría.

—No, lo he comprado yo para que Spin no esté todo el día encima de ella si la dejamos en el suelo. Desde que abrió los ojos está más activa y traviesa. Lo trajeron hace un par de días y lo monté. Me alegro de que llegara a tiempo.

—¡Vaya! Veo que al fin te comportas como un hombre hecho y derecho —dijo Kaori sin poder reprimir las palabras.

Keisuke sonrió avergonzado. ¿Era un comentario para sentirse avergonzado?, se preguntó ella. De habérselo dicho a otra persona, ¿no se habría sentido más bien ofendida?

—No quiero que les pase nada ni a Spin ni a Shiori.

De nuevo, esa relación amo/esclavo otorgaba a la gata el papel dominante, pero no importaba. No había por qué preocuparse. Todo lo que mantuviera a la gata a salvo serviría igual para la niña, y viceversa. Eran las dos caras de la misma moneda. El yin y el yang. Una familia feliz y a salvo.

Tan pronto como Keisuke empezó a limpiar el suelo, Spin se puso a

maullar.

«Ese lamento me suena —pensó Kaori—. ¿Le habrá dado de comer?».

—¿Y la comida de Spin? —preguntó.

—Está en el cajón de debajo del horno, metida en bolsitas. Le suelo dar la mitad y se la caliento un poco. ¡Qué lista eres! Has adivinado que tenía hambre —le dijo él con ojos sonrientes.

—Shiori hace lo mismo. Es el mismo llanto.

Sin duda, como no hablaba, sus llamadas tenían un tomo de alarma más acuciante de lo normal.

Kaori se dirigió a la cocina y Spin la siguió de cerca. No era una gata tímida, desde luego. ¿Sabía ya que era una más de la familia?

A menudo se dice que los animales y los niños reaccionan ante los desconocidos en función de las vibraciones que reciben de ellos.

El comedero y el bebedero estaban encima de una bandeja en el suelo de la cocina, una prueba más de la determinación de Keisuke de quedarse con la gata.

La pequeña cola de Spin dibujó una suerte de ocho mientras se restregaba contra las piernas de Kaori antes de estirarla por completo y mantenerla perfectamente erguida con la punta un tanto temblorosa. Era la cola de una gata feliz. Los gatos, con su variedad de colas, largas, cortas, en forma de gancho, transmiten su estado de ánimo, pero las largas son las más expresivas.

En cuanto Spin olió su comida calentita, su ronroneo debió de activar algún tipo de mecanismo interno porque de un salto se puso justo encima de ella. Quizá en la clínica veterinaria se había estresado demasiado para comer.

Vistos desde arriba, su cabeza y su cuerpo eran como dos bolas peludas de distinto tamaño unidas entre sí, y de la más pequeña sobresalían dos triangulitos. Se mirase como se mirase, era una criatura milagrosa, un diseño perfecto. No iba a ser tan pequeña mucho tiempo. Mientras Kaori la observaba agachada junto a ella, pensaba que podría pasarse el resto de su vida estudiándola.

—No puede ser. Estoy perdiendo el tiempo. —Se zafó del embrujo que estaba apoderándose de ella y se puso en pie—. Voy a deshacer

esas cajas de cartón de la entrada.

—No, yo me encargo —le dijo Keisuke, deteniéndola—. Debes de estar cansada del viaje. Túmbate un rato. Te aviso si Shiori llora, no te preocupes.

Ya no había duda: se había convertido en un humano normal, pensó Kaori estremeciéndose.

Se lo tomó al pie de la letra y se metió en el dormitorio, cuya decoración en su ausencia había cambiado. Junto a la entrada y pegada a la pared estaba la cuna, y para acomodarla con las dos camas Keisuke las había recolocado pensando en la logística del cuidado de la niña.

«Si no montas la cuna, eres hombre muerto». No solo había superado el examen, sino que lo había aprobado con nota.

La ropa de cama estaba intacta, la almohada aún conservaba su propio olor. Se habían decidido por camas en lugar de los tradicionales futones para ahorrarse la molestia de extenderlos todas las noches, doblarlos y guardarlos todas las mañanas, pero tampoco estaba muy satisfecha pues no cambiaban las sábanas muy a menudo. En una ocasión, en una charla con compañeros de trabajo, salió precisamente el tema y, para evitarse la vergüenza, optó por un apresurado y deshonroso mutis antes de que llegase su turno de intervenir.

Nada más acostarse oyó las suaves pisadas de unas patitas que se acercaban. ¿La gatita iría junto a ella? Cuando llegó al borde de la cama, Kaori alzó la cabeza y enseguida el sonido de las pisadas se alejó.

Pensar en una criatura viva moviéndose por la casa la reconfortó y le proporcionó un sorprendente y cálido placer, quizá debido a los años pasados desde la última vez que había convivido con un gato.

Además, que un bebé creciera en compañía de un animal tan dulce no estaba nada mal, pensó.

Todos los días le cortaba las uñas a Shiori. Finas como hojas de afeitar, si las uñas de los bebés se dejan crecer más de la cuenta le

destrozan la piel a cualquiera. El escote de Kaori podía terminar lleno de arañazos, pero peor era el daño que se podría hacer la niña a sí misma. Todavía no se movía mucho, pero ya lograba tocarse la cara.

Cortar unas uñas tan diminutas era un asunto serio, aterrador, como pulir cristales de Swarovski o algo peor. Tenía unas tijeras especiales, pero la fuerza necesaria para usarlas era inversamente proporcional a su tamaño.

—¡Ay, qué miedo! —exclamó Kaori.

Keisuke levantó de inmediato la cara del cuaderno donde estaba dibujando a lápiz. Usaba esos pequeños cuadernos de bocetos para los esbozos iniciales de sus historias. Siempre llevaba alguno encima y en el salón se amontonaban en una pila. El más simple garabato podía convertirse en una buena idea para un manga, y eso era para él, ni más ni menos, el pan de cada día.

—¿Quieres que se las corte yo?

«¿De verdad? ¿Después de tres años de matrimonio por fin un poco de iniciativa?».

—Adelante.

Se puso a la tarea con cuidado y se las arregló muy bien. Tan bien, de hecho, que a partir de ese día esa responsabilidad recayó sobre él.

Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, colocó a la niña entre sus brazos y agarró las tijeras.

—¡Ten cuidado, no te vayas a pasar y le cortes un dedo!

—No te preocupes. Creo que me las apaño.

Ese «creo» resultaba un tanto inquietante, pero Keisuke adquirió una considerable destreza muy pronto. En cuanto la niña abría los puñitos, le agarraba la mano y aprovechaba para cortarle una o dos. Si había suerte, incluso tres o cuatro.

—¡Vaya, se te da muy bien!

—Es como hace tiempo, cuando tenía que pegar tonos.

Los artistas de manga trabajaban todos en formato digital, pero en los tiempos analógicos *Keisuke Tsukuda* se había hecho famoso por su habilidad con los tonos, unos pedacitos de film que se pegaban sobre determinadas escenas de la historia.

—¡Se te da mucho mejor que a mí!

—Este tipo de cosas, sí. Además, es mucho más fácil que con Spin.

La gata estaba tumbada en el sofá, mostrándole su abdomen al techo.

—Las uñas de los gatos son armas aterradoras, ¿no crees?

Si las uñas de los bebés eran cuchillas, las de los gatos eran ganchos sumamente finos que clavaban en cualquier parte y, una vez sus tendones se desarrollaban lo suficiente para permitirles extenderlas y retraerlas, los músculos se fortalecían también hasta el punto de que eran capaces de clavarlas sin piedad y trepar por cualquier superficie como si fueran escaladores profesionales.

—Se las corto desde que llegó a casa. Son curvadas y si le crecen demasiado puede llegar a clavárselas en sus propias almohadillas.

—Es verdad. Los gatos caseros no las desgastan bastante de forma natural.

No era raro ver algún espécimen de vez en cuando armado con uñas terroríficas.

—Con esas almohadillas rosáceas y blanditas... Solo de pensarlo me dan ganas de llorar.

—Ahora concéntrate en esos deditos rosáceos y blanditos.

—Si le cortas demasiado las uñas a un gato puede sangrar, ¿verdad? A Spin no le gusta nada y se pone muy nerviosa. Siempre tengo miedo de pasarme.

—Pues si te pasas con Shiori, voy a ser yo quien acabe contigo, ¿entendido?

A pesar de la advertencia, los movimientos de Keisuke no daban sensación de peligro.

—Comparada con Spin, Shiori sabe comportarse. Es muy fácil.

«La gata primero, ¿no? Sin duda los gatos son siempre los amos».

Keisuke le cortó las uñas de las manos y de los pies sin ningún contratiempo y a partir de ese momento Kaori lo declaró cortador oficial de uñas.

El cuidado de una gatita tenía un claro beneficio para ella en muchos sentidos.

El régimen alimenticio de los bebés, con tomas cada dos o tres horas, ya sea de día o de noche, era para Kaori un programa despiadado, una obligación muy dura de cumplir. Se metía en la cama y, en el instante en que estaba a punto de vencerle el sueño, sonaba la alarma. En casa de sus padres la leche casi se le había retirado, así que no le quedaba más remedio que levantarse a preparar un biberón.

Pero Keisuke tomó la iniciativa y se hizo cargo.

—Yo me ocupo. Tú duerme.

Le hubiera encantado abandonarse, pero la alarma no dejaba de sonar y le impedía entregarse al sueño. Sacó a Shiori de la cuna y la arrulló. Desde la cocina en la planta de abajo llegaba el entrechocar de cacharros.

«Los hombres jamás se levantan a medianoche», le había advertido una compañera de trabajo mayor que ella. En otras palabras: las mujeres no podían contar con un aliado para afrontar las duras batallas nocturnas. Sin embargo, Keisuke jamás fallaba.

—Es por Spin —le explicó él.

«Otra vez la gata».

La habían abandonado antes de destetarla y durante dos semanas no le quedó más remedio que alimentarla con biberón. Como los bebés, la alarma de la gata también saltaba cada dos o tres horas con un sonido agudo, como si lo produjera una máquina, que era imposible ignorar. En ese sentido, el de Shiori resultaba mucho más agradable.

—Si no la cuido como es debido, podría morir.

Kaori estaba realmente sorprendida de su meticulosidad con la alimentación de la gata. Le calentaba la leche a la temperatura exacta y, antes de dársela, le mojaba el diminuto culo con un trozo de papel higiénico humedecido con agua tibia para estimularla a hacer sus necesidades. Si lo tomaba boca arriba podía atragantarse con esa garganta tan pequeña, de manera que la ponía en la posición de una esfinge en miniatura y la alimentaba así, sin olvidarse nunca de esterilizar el biberón al acabar. Kaori no daba crédito. Se comportaba como un verdadero maestro.

Ni siquiera en casa de sus padres, donde siempre había habido gatos, Kaori se había tomado tales molestias pues siempre lo había

dejado todo en manos de su madre. Por tanto, nunca pensó que la aparición de una desvalida bolita de pelo pudiera llegar a cambiar a una persona hasta ese extremo.

—La verdad es que has hecho un gran trabajo. Lo digo de corazón.

Keisuke se rio un poco avergonzado, como si ocultara algo.

—Es que ahora tengo al doctor G… y al maestro Y… para ayudarme en lo que me haga falta, ¿sabes?

Intrigada, Kaori miró enseguida el historial de búsqueda de la tablet que compartían y se sorprendió de lo activa que había estado su cuenta últimamente.

PREGUNTA: *He encontrado una gata abandonada. El veterinario me ha dicho que le frote un algodón mojado para que haga pis, pero no tengo en casa. ¿Qué puedo hacer?*

RESPUESTA: *También sirve un clínex.*

RESPUESTA: *Si en tu casa vive una mujer, usará algodones para desmaquillarse, ¿no? Los venden en cualquier sitio.*

RESPUESTA: *Pero mójalo con agua tibia. No uses agua fría para que no se resfríe.*

PREGUNTA: *Siento volver a molestar. Soy el del pis del gato de antes. No se toma la leche. Consigo meterle la tetilla del biberón en la boca, pero enseguida se aparta. ¿Qué puedo hacer?*

RESPUESTA: *¿Has comprobado la temperatura? Tiene que estar un poco por encima de la del cuerpo humano (entre treinta y ocho y cuarenta grados). Compruébalo en la muñeca.*

RESPUESTA: *¿No es demasiado frío? Mézclala con agua hervida y lo enfrías.*

PREGUNTA: *¿Agua hervida y enfriada? No entiendo.*

RESPUESTA: *¡Búscalo en Google, inútil!*

RESPUESTA: *Hierve agua y después enfrías el biberón con el agua del grifo hasta setenta grados.*

PREGUNTA: *¿Tiene que estar a cuarenta grados? ¿No puedo calentarlo en el microondas?*

RESPUESTA: *Se hierve para eliminar el cloro y la cal, por eso tienes que enfriarla después.*

RESPUESTA: *¿Acaso pretendes matar al gato?*

RESPUESTA: *Puedes usar el calentador de agua para té y mantenerlo a setenta grados.*

PREGUNTA: *No sabía que el calentador tenía esa función. Lo miraré.*

RESPUESTA: *¿Nunca has usado el calentador de agua para el té?*

PREGUNTA: *Mi mujer siempre se ha hecho cargo de todo... Ahora está en casa de sus padres porque ha ido allí a dar a luz... Hasta que vuelva no me queda más remedio que arreglármelas solo.*

RESPUESTA: *¡Guau! ¡Pobre mujer!*

RESPUESTA: *Se nota que ya quiere cargarte con toda la responsabilidad. Razón de sobra para el divorcio.*

PREGUNTA: *¿De verdad?*

RESPUESTA: *¡Nos vemos en el juzgado de familia! Fdo.: Tu mujer.*

RESPUESTA: *Me apuesto algo a que se carga a la gata antes de que vuelva.*

PREGUNTA: *No quiero que se muera. Entonces en qué quedamos... ¿Es mejor enfriar el biberón o calentarlo?*

RESPUESTA: *Eso debes decidirlo tú mismo, Pis de Gato. ¿Cómo pretendes que sepamos nosotros la temperatura de la leche de tu biberón?*

RESPUESTA: *¿Está de coña?*

RESPUESTA: *Prepara uno y deja ya de teclear.*

RESPUESTA: *Este tío está de coña. Esa gata no existe.*

RESPUESTA: *Si va en serio, se le va a morir. Por eso le contesto.*

Los intercambios dieron paso al típico alboroto de los foros mezclado con comentarios serios y respuestas del tipo: «Que te den». Al final los participantes coincidieron en que lo más importante era contárselo todo a su mujer, pedirle perdón y declararse oficialmente un inútil integral.

PREGUNTA: *Siento molestar de nuevo. Soy Pis de Gato...*

«Pis de Gato» se había convertido en su seudónimo.

... Gracias por los consejos del otro día. Hace pis bien, pero aún no he visto las cacas. ¿Pasa algo?

- RESPUESTA: *¿Se toma bien la leche? En caso afirmativo no hay que preocuparse. Lo más seguro es que no te hayas dado cuenta porque la caca de los gatos es muy pequeña.*
- RESPUESTA: *Los gatos metabolizan casi el cien por cien de la leche, así que a veces ni siquiera hacen caca.*
- RESPUESTA: *Cuando le mojas el culo con el algodón, ¿no has visto algo parecido a una línea amarilla? Eso es la caca. Por cierto, ¿te has confesado con tu mujer?*
- PREGUNTA: *Una línea fina amarilla... ¿Así que eso era la caca? Aún no he podido decirle nada a mi mujer...*
- RESPUESTA: *Pues date prisa. ¿Qué vas a hacer si se enfada y te dice que te deshagas de la gata?*
- PREGUNTA: *Ella no es esa clase de persona. Nunca sería capaz de hacerle daño.*
- RESPUESTA: *En tal caso, razón de más para decírselo.*
- PREGUNTA: *Lo que sí va a hacer es enfadarse, seguro...*
- RESPUESTA: *De lo que se siembra se recoge, como dice el refrán.*
- RESPUESTA: *Como mínimo te dirá que le busques otro dueño.*
- PREGUNTA: *Eso también me dolería... Ya no puedo separarme de ella... Vuelve a casa la semana que viene con la niña. Intentaré decírselo antes.*
- RESPUESTA: *Tú eres del tipo «Deja para mañana lo que puedas hacer hoy», ¿verdad?*

En efecto, por ser de los de dejan las cosas para mañana había estado a punto de convertirse en un defraudador fiscal en toda regla.

- RESPUESTA: *Me apuesto algo a que no va a decirle nada: ¡un millón de dólares de Zimbabue!*

Al final, todo se resolvió, aun con las apuestas en su contra. Después

del millón de dólares de Zimbabue hubo quien preguntó si Pis de Gato habría pasado ya por el juzgado de familia.

Kaori oyó pasos apresurados subiendo la escalera.

—Ah, debe de ser Spin.

La gata dormía en una jaula en el salón, pero Keisuke la habría dejado salir. Quizá iba a trabajar por la noche. Aún tenía margen hasta la fecha de entrega, pero le habían encargado una historia de un único capítulo y debía terminarla.

Spin apoyó las patas en las piernas de Kaori y agachó la cabeza para olisquear, preocupada por lo que ocurría en su regazo. El llanto de Shiori la inquietaba. Tenía la costumbre de acariciarla con las almohadillas de sus patas para asegurarse de que todo estaba en orden. La niña reaccionaba bien a la presencia de la gata y la bajaban del balancín para tumbarla en el suelo encima de un futón de bebé. Entonces Spin se acurrucaba a su lado para darle calor. Juntas eran la viva imagen de una pareja en perfecta armonía.

«Gracias a vuestros consejos, últimamente las cosas funcionan». Kaori estaba muy agradecida a los consejos en línea de toda esa gente que tanto habían ayudado a Keisuke.

—Siento haberte hecho esperar —le dijo él cuando volvió con el biberón de leche a la temperatura perfecta.

Kaori se lo dio a Shiori y la alarma se apagó. La niña gorgoteaba y se arrullaba a sí misma mientras se bebía la leche.

—¿Has visto, Spin? ¿Has visto cómo se lo toma? Qué niña más buena, ¿verdad?

Keisuke pasó la mano por el abdomen de la gata y la levantó. El olor de la leche le había despertado el hambre y trataba de atrapar el biberón con las patas delanteras.

—A ti ya se te ha pasado la etapa de biberones, ¿no crees?

Le habían salido los dientes y mordía sin piedad la tetilla del biberón. Obviamente, los dientes de los gatos se desarrollaban mucho más rápido que los de los humanos.

—¿Vas a trabajar?

—No tengo sueño, creo que sí.

Keisuke era un ave nocturna. Durante el permiso de maternidad de Kaori fue de gran ayuda porque gracias a eso pudieron dividirse la tarea en turnos de noche y de día.

—Quiero retocar el argumento de la historia en la que estoy trabajando. Me cuesta mucho, la verdad.

El trabajo era un asunto delicado. Desde el éxito obtenido unos años atrás, no había vuelto a embarcarse en la creación de una serie larga. Sus historias habían funcionado bien, pero apenas ocupaban unos pocos volúmenes cuando las publicaban en formato de libro. La editorial esperaba de él un nuevo éxito que igualase al anterior, pero los comentarios de los lectores aseguraban que no sería capaz. Keisuke, por su parte, carecía de la voluntad suficiente para no ponerse a curiosear sobre sí mismo en internet. Esperar que una persona creativa como él no hiciera eso sería ignorar la naturaleza humana.

Un dibujante de manga era, después de todo, un ser humano como cualquier otro, con la misma curiosidad instintiva por la reacción del público a sus creaciones. ¿Cómo iba a reprimir ese instinto, por mucho que se lo pidieran?

La posición de la editorial había cambiado mucho en ese sentido. Antes afirmaban que los autores no debían preocuparse por lo que se dijera o no de ellos en las redes; los comentarios positivos tenían un efecto exagerado en sus egos, pero los negativos todo lo contrario, les hundían. Ocurría sobre todo con los novatos. Los más curtidos no se dejaban influir tanto. Pero ahora era una época muy distinta, pues un editor no podía ocultar las críticas negativas a sus autores.

Kaori había pasado más tiempo en el departamento de contabilidad que en el de edición, pero anhelaba trabajar como editora.

En alguna ocasión había comentado que le gustaban mucho los libros de *Keisuke Tsukuda*.

En realidad, no fue eso lo que la llevó a casarse con él, pero a sus compañeros les había confesado que en cuanto se publicaba una nueva obra suya, corría a comprarla sin importarle en absoluto el público al que fuera dirigida.

Su último éxito había sido un manga de acción con personajes dotados de superpoderes, pero ella habría leído cualquier cosa de él, una comedia romántica, una historia ambientada en una oficina.

—No tienes por qué dedicarte siempre a la ciencia ficción.

A Kaori también le había gustado una comedia de adolescentes con toques románticos. Él parecía capaz de lograr lo que se propusiera, incluso con el manga realista, por muy inesperado que le resultase a sus lectores.

—Si la idea es una serie larga, debería mantenerme fiel al género que mejor se me da... —pensó él.

—No calcules tanto —le dijeron en la revista.

Pero él no estaba hecho de esa pasta. Era más bien de ese tipo de persona que se empeña en seguir su camino y con el tiempo acaba por encontrarlo.

Mientras la niña se terminaba el biberón, Kaori no podía quitarse de la cabeza el chat.

—Buena chica, ahora un eructo, uno pequeñito.

La incorporó y le dio unas palmaditas en la espalda. Keisuke bajó a la cocina a limpiar el biberón. Sin duda estaba bien entrenado, se dijo ella.

—Voy a trabajar un rato. Intenta dormir.

—Gracias.

Cuando salía de la habitación oyó unos pasos tras él. Era su entrenadora para la vida. Las tres semanas que habían pasado juntos les habían unido mucho, y sin duda Spin estaba más vinculada a Keisuke que a Kaori.

La entrenadora de Kaori había sido la matrona. Era la primera nieta para su madre y, como hacía mucho que no tenía contacto con bebés, delegó en esa segunda entrenadora y ella pasó a ser una simple ayudante. La matrona fue quien grabó a fuego en la cabeza de Kaori los principios básicos de la crianza.

Uno de esos principios fue: si estás en el baño, comiendo o maquillándote, no te interrumpas, aunque llore. Es un instinto

maternal correr junto al bebé cuando llora, le explicó la matrona, pero si llora significa que está vivo, sano, así que prioriza tus necesidades, ya se trate del aseo, de alimentarte como es debido o de estar arreglada y presentable en todo momento. Si un bebé se halla en peligro de verdad no llora, se queda en completo silencio, temeroso ante una situación potencialmente mortal.

«Qué pensamiento tan terrible».

Le habló de varios tipos de llantos: el habitual, el de todos los días, por decirlo así; después el que manifiesta un estado de emergencia. Una madre debía reconocerlos bien porque nadie puede sustituirla si necesita ir al baño, comer o cuidar un poco de sí misma. Por eso debía escuchar atenta el llanto del bebé, ya estuviera pintándose los labios o haciendo cualquier otra cosa.

«¿En serio?».

Ocuparse de una misma no podía ser tan prioritario, después de todo. Eso pensaba Kaori, aunque estaba de acuerdo en que la salud emocional de la madre era fundamental.

Pero la cosa iba más allá: quizá estaba en casa vestida de cualquier manera y de pronto se presentaba alguien. Como no podría recibir así a una visita, sería un verdadero problema. En otras palabras, debía dedicarse un mínimo de atención y cuidado a sí misma para no verse en la situación de ni siquiera poder abrir la puerta al cartero.

A menudo una madre se aguantaba las ganas de ir al baño y terminaba por sufrir una inflamación de la vejiga; o le daba el pecho a la criatura sin alimentarse ella antes y acababa anémica. No resultaba fácil ir al médico con un bebé recién nacido, pero si sufría mareos y se le caía podía hacerle más daño del que pretendía evitar. «Para proteger la vida de un bebé, las madres deben proteger primero las suyas», le había dicho la matrona.

Una mujer embarazada se preocupaba hasta de los gramos de comida que debía ingerir, pero después de dar a luz muchas se descuidaban. A las novatas, el llanto de sus bebés les parecía siempre la declaración de un estado de emergencia, pero Kaori había pasado ya por todo eso y se había habituado a dar preferencia a sus cosas. Incluso podía tomarse un té después de comer con los lloros de la niña

como música de fondo.

Por fortuna aún no había oído un llanto fuera de lo normal, pero estaba convencida de que sabría distinguirlo enseguida. Volvió a su casa con la sensación de que, a pesar de tener un marido con pocas habilidades sociales, podría sacar su vida adelante, aunque fuera a duras penas. Pero estaba siendo más fácil de lo previsto.

Y todo gracias a Spin, la entrenadora.

También Shiori llevaba incorporado de fábrica el botón de emergencia en la espalda, como todos los bebés. La dormía en brazos y en cuanto la dejaba en el colchón, la niña abría los ojos como platos y lloraba.

Kaori era capaz de sostenerla en su brazo izquierdo y pasar la mopa con el derecho. Una muestra más de la evolución humana. Pero eso provocó que desarrollara más musculatura en uno que en otro. La niña aún no mantenía erguida la cabeza y debía colocarla de tal modo que la apoyara, aunque pesaba casi cinco kilos y ya daba la misma impresión de estabilidad que cualquier otro ser vivo. Había pocas ocasiones, por tanto, de inquietarse ante la posibilidad de un repentino, silencioso y fatal colapso.



Spin superó pronto en madurez y dominio espacial a su pequeña compañera humana, y adquirió la habilidad suficiente para trepar a lo alto de las cortinas. Un logro que los de su casa no esperaban ver jamás realizado. Subir era una cosa, pero bajar otra muy distinta. En cuanto alcanzaba su meta se quedaba allí arriba enganchada, maullando sin parar a la máxima potencia que le permitían sus pulmones. No era un simple maullido de petición de ayuda, sino más bien un «¡Bajadme de aquí ahora mismo!».

—¿Qué va a pasar con las cortinas cuando gane peso? —se preguntó Keisuke.

—¿De verdad quieres saberlo? —respondió Kaori—. Es sencillo: acabarán destrozadas.

Eso había pasado siempre en casa de sus padres: ponían cortinas nuevas y, al poco, estaban hechas trizas. Tampoco las mosquiteras salían indemnes de la barbarie.

—¿No deberíamos poner una especie de estores?

—Los romperá igual.

El diseño de interiores, sin duda, no estaba pensado para la convivencia con gatos.

—¿Quieres que prepare algo de comer? —preguntó Keisuke.

Kaori estaba acunando a la niña desde hacía al menos una hora.

—No. Ya es el momento de tocar el botón de la espalda.

Se alegraba mucho de que Keisuke se mostrase tan solícito, pero en lo que se refería a la cocina sus destrezas no habían pasado de echar agua caliente a un recipiente de comida instantánea y esperar los tres minutos de rigor. No es que ella fuera una gran cocinera, pero al menos tenía la previsión de guardar algo preparado en el congelador. *Udon*, por ejemplo. Bastaba meterlos en el microondas y añadir huevo crudo, salsa de soja, un poco de cebolleta cortada para prepararlos al estilo *kamatama*. Agregaba también unas algas secas cortadas en trozos, semillas de sésamo o incluso un poco de queso rallado si quería darle un toque de cocina occidental. Por el contrario, si quería un sabor más profundo usaba *tenkasu*, esos trocitos sobrantes de pan rallado después de freír tempura.

Mientras pensaba en el modo de superar el dilema entre comer lo antes posible o lo que realmente le apetecía, se armó de valor y dejó a la niña en la cama, que debido al botón en la espalda abrió los ojos de inmediato y lanzó su grito de guerra.

«Si llora quiere decir que está viva. Si llora significa que no se ha muerto».

—Si llora quiere decir que está viva.

—Si llora significa que no se ha muerto.

Keisuke y ella se dieron ánimos, y justo en ese instante Spin se acercó a la niña. Creyeron que le iba a acariciar el pelo como de costumbre, pero en cambio apoyó la cabeza en un costado de la niña. Shiori emitió un ligero arrullo que nunca habían oído.

La gata le masajeó la tripa con las almohadillas de las patas, algo

que los dejó a ambos atónitos. Enseguida sacaron sus teléfonos móviles y empezaron a disparar ráfagas de fotos. ¡No, no, mejor un vídeo! Los pusieron en modo cámara.

Los llantos de la niña cesaron. Sus pestañas se abatieron y sus ojos se cerraron al fin.

—Es increíble —se dijeron el uno al otro.

El masaje de Spin bajó de ritmo y también ella se durmió.

Kaori quiso disfrutar de la escena y solo al cabo de un rato se levantó sin hacer ruido y se fue de puntillas a la cocina.

Metió el *udon* en el microondas, añadió después huevo crudo, salsa de soja, cebollino cortado, queso rallado y un poco de pimienta negra. *Udon* congelado al estilo de la pasta carbonara. Keisuke lo mezcló con los palillos y se lo comió en un abrir y cerrar de ojos.

Nunca sería el menú de una cafetería, pero bastaba para alimentar a un padre y a una madre que debían cuidar de un bebé y una gatita.

Spin practicó su masaje en más ocasiones y cada vez Shiori era incapaz de resistirse. A lo mejor tenía un botón para dormir en la tripa, pensaron. Trataron de dar con él con suaves caricias, en vano. Si no eran las patas de la gata no había nada que hacer. Quizá no lograban reproducir un movimiento concreto, quizá se trataba de cerrar los ojos sin dejar de empujar, o, a lo mejor, les vencía el ansia para que se durmiera lo antes posible.

Comoquiera que fuera, el sueño de Shiori dejaba el margen de tiempo perfecto para abordar las tareas domésticas. Kaori pasó la mopa por la segunda planta y oyó unos pasos apresurándose escaleras arriba. «¡Vas a despertar a la niña!», estuvo a punto de regañar a Keisuke, pero se tragó sus palabras cuando vio sus ojos llorosos.

—¿Qué voy a hacer?

—¿Qué vas a hacer sobre qué?

—Esto.

Sacó la tablet y le enseñó una página de Yahoo.

Había toda una serie de bocetos de escenas familiares con un bebé dormido junto a un gato. Shiori y Spin, sin duda.

¿De qué iba aquello? Sin tomarse el tiempo de preguntárselo, Kaori empezó a deslizar la pantalla hacia abajo.

PREGUNTA: *Gracias a todos por la ayuda del otro día. La gata se ha convertido en un miembro más de la familia y se lleva muy bien con la niña. Como agradecimiento os subo unos cuantos bocetos.*

RESPUESTA: *¡Guau! ¡Muy bonitos!*

RESPUESTA: *Me alegro mucho de que las cosas se hayan solucionado. Se te da muy bien el dibujo.*

RESPUESTA: *No parecen los dibujos de un amateur...*

RESPUESTA: *Debe ser un profesional. ¿Ilustrador o dibujante de manga?*

RESPUESTA: *Dar las gracias con unos bocetos... Hay que tener mucha confianza en uno mismo para hacer algo así. Será un profesional.*

RESPUESTA: *Casado, con una niña recién nacida, hombre... En ese caso debemos excluir autores de manga para chicas.*

Los comentarios continuaban con todo tipo de conjeturas sobre su identidad. Era una situación comprometida.

Tras una rápida comprobación vieron que nadie había sugerido el nombre de *Keisuke Tsukuda*. De haber sido más activo en redes lo habrían adivinado sin dificultad.

—¿Unos bocetos de agradecimiento? ¿Cómo se te ocurre?

Kaori estaba verdaderamente enfadada.

—Solo quería darles las gracias, nada más...

—Deberías reconocer que cuando se trata de dibujar se te da mejor que a nadie.

—¿Qué hago? ¿Los borro? Al menos aún no han dicho mi nombre.

Borrar o no borrar: esa era la cuestión si querían que el asunto no se les fuese de las manos.

«Haz como si fueran de otra persona, como si fueras ajena a ese asunto. Tienes que juzgarlo como un tercero que se encuentra al margen».

—Lo mejor es no borrarlos —concluyó ella.

Así que los dejarían. Si los borraban, existían muchas posibilidades de que la curiosidad fuera en aumento y su nombre acabase por salir.

De todos modos, solo habría sido un nombre más sin confirmar en una larga lista de candidatos.

—No participes más en eso. A partir de ahora quedan prohibidas las redes sociales de *Keisuke Tsukuda*.

—De acuerdo. No haré nada. Todo esto me sobrepasa, me da miedo.

Con su falta de habilidades sociales y su carácter pesimista, lo que más lo atemorizaba era la polémica. Al menos era consciente de su incapacidad para predecir consecuencias desagradables. Todas sus redes sociales estaban unificadas con el nombre de K@rom y casi nunca publicaba nada en ellas. Por eso no sabía cómo tomar distancia con sus seguidores respecto a lo que salía en internet.

Si había recurrido a la red era porque no sabía qué hacer con la gatita, pero hizo varios comentarios medio en broma e incluso publicó un dibujo que podría haber revelado su identidad.

Cuando terminó de limpiar, Kaori fue a la planta de abajo, donde se encontró a Keisuke dormido, acurrucado como una cochinilla junto a Shiori. Sin duda la angustia lo había agotado.

No quería despertarle y dejó la limpieza para más tarde. La lavadora estaba centrifugando.

Los bocetos debían de estar en algún cuaderno en el salón y decidió echar un vistazo.

«Se ha convertido en un verdadero padre».

Y notó un cosquilleo en los lagrimales, aunque no, tal vez fuera más de un sentimiento lo que albergaba su pecho.

El cuaderno estaba lleno de dibujos de Shiori y Spin. Apenas quedaban unas pocas páginas en blanco.

Con el rabillo del ojo vio que la bolita de pelo marrón se levantaba de repente. Se acercó a ella y se estiró formando un gran arco con el lomo. Le gustaba estirarse donde pudieran verla. Ella chasqueó los dedos para llamar su atención y la gata se acercó enseguida. Los movimientos de su cola expresaban alegría.

—Todo gracias a ti.

El gato de Schrödinger había aparecido gracias a la casualidad de

que Keisuke fuera a tirar la basura aquel día. ¡Viva el principio de incertidumbre!

Kaori alcanzó un rotulador que había sobre la mesa. Al lado del último boceto anotó: «¡Me gusta!». El rotulador pareció adquirir voluntad propia cuando añadió: «¿Cómo no adorarlo?».

De pronto se dio cuenta de que no podía borrarlo. Su intención solo había sido valorar el dibujo.

Cerró el cuaderno y lo dejó donde lo había encontrado. Días después volvió a curiosear y comprobó que había muchos bocetos nuevos. Pasó las páginas hasta dar con su comentario, donde vio un autorretrato de Keisuke junto a una anotación: «Yo también te adoro». ¡Ay! Ella se refería a los dibujos.

A partir de ese momento añadió comentarios de vez en cuando y las escenas entre Shiori y Spin se convirtieron así en una especie de diario a dos manos. Con el paso de los días, se percató de que Keisuke desarrollaba algunas ideas a partir de sus notas y las transformaba en viñetas.

—¿Cómo dices que se agarraba la cola?

A veces era ella quien comprobaba los detalles.

«Muy mono. Muy bonito. Es adorable. Precioso».

Llenaron páginas y más páginas hasta terminar el cuaderno y empezaron uno nuevo. Aquel cuaderno contaba una historia de amor.

«Shiori ha doblado su peso». «Ya utiliza pañales de la talla S, no de recién nacido». «¡Mantiene erguida la cabeza!». «Se ha reído». «Se le ha salido la caca del pañal. ¡Qué catástrofe! Tengo ganas de llorar». «Parece que sigue a Spin con la mirada. ¿Será que ya ve?». «¡Hoy me ha mirado! Estoy segura de que ya ve». «Como era de esperar, ha destrozado las cortinas. Tres líneas de rasgaduras de arriba abajo». «Ha empezado a comer pienso». «Se le ha quedado pegada la caca al culo y ha echado a correr a lo loco porque ha entrado en pánico». «Usa la entrepierna de Shiori a modo de almohada». «¿El pañal le sirve de almohada? ¿Es que no huele mal?».

No todos los días eran buenos. A veces Keisuke se hundía a causa de la presión. Se peleaba con Kaori de vez en cuando por cuestiones relacionadas con la niña y la gata, pero en los cuadernos solo se

reflejaban cosas de las que podrían reírse algún día. Su intención era que Shiori los leyera más adelante para que entendiera todo el amor que había despertado en ellos.

Una vez que entregó la historia en la que había estado trabajando, Keisuke disfrutó de un pequeño descanso, si bien ya tenía en mente una nueva. Kaori, por su parte, se dedicaba a recopilar información sobre los cuidados en la infancia y a buscar plaza en alguna guardería.

Cuando aún no había cumplido un año decidieron castrar a Spin. De regreso en casa, su expresión denotaba hasta qué punto se sentía traicionada. «Jamás volveréis a gozar de mi confianza». Al cabo de una hora, sin embargo, retozaba y se restregaba entre sus piernas como de costumbre.

—Pobrecita... ¿cómo hemos podido hacerte una cosa tan horrible? —le repetía Kaori para consolarla.

«Alguien me ha hecho cosas horribles, así que consuélame, consuélame».

Cuando Shiori empezó a gatear, ya no podían quitarle ojo. Entonces el comentario de una madre con experiencia cayó oportunamente, provocando un verdadero revuelo en la casa: «Esperad a que empiece a moverse de verdad. Entonces sabréis lo que es bueno». No se equivocaba. Cada cinco minutos se presentaba lo que se les antojaba como una nueva forma de suicidio. Una inocente cuchara de plástico, incluso, tenía el potencial de convertirse en un arma letal con solo un poco de empeño.

En medio de aquel desbarajuste, Keisuke apareció un día con gesto serio.

—Tengo que preguntarte algo —le dijo a Kaori—. El editor me ha pedido si puedo hacer algo para la revista *Niños sanos*.

¿Tiras cómicas sobre un padre que disfruta del tiempo que pasa con su hija? No pudieron evitar una carcajada ante la ocurrencia.

—No sé si funcionaría.

—Quizá sí. Quién sabe. —A Kaori le gustaba pensar en él como uno de esos padres entusiastas comprometidos de veras con el mundo real —. ¿Por qué no lo intentas? Ya tienes todo ese material en tus cuadernos, y es muy bueno.

En cierto momento había dejado los bosquejos para dibujar tiras completas al estilo del manga. Kaori estaba convencida de que sería una lástima no compartirlas con sus lectores.

—Es como un ensayo ilustrado con un toque cómico y creo que sería un gran éxito.

Le pusieron un nombre a la serie: *El papá de Schrödinger*.

«Hola. Me llamo Keisuke Tsukuda y suelo dibujar manga de ficción...». Así iniciaba, a modo de prólogo, la primera entrega.



Según la teoría del gato de Schrödinger, mientras no se viese al gato dentro de una caja no había forma de saber si estaba vivo o muerto. En suma, lo mismo que le pasaba a Kaori con su marido. No tenía forma de saber si se había convertido en un buen padre o no hasta mirar dentro de la caja. Antes, siempre había pensado que fracasaría en el intento.

Keisuke lo abordó todo: cómo se enteró de que su mujer estaba embarazada, sus disputas cuando el divorcio parecía inevitable, la angustia que lo atenazó cuando vio la cara de su hija, el vacío respecto a sus sentimientos relacionados con la paternidad, el episodio cuando encontró a la gata aún sin destetar. A los lectores de la revista les cautivaron sus historias desde el principio, que pronto se convirtieron en las más leídas.

«Gracias a todos de corazón por haberme ayudado», escribió en foro de Yahoo donde había consultado sus dudas. «¡Jamás pensé que pudiera tratarse de *Keisuke Tsukuda*!», fue una de las respuestas.

Preocupado por no dar la talla frente a los lectores de una revista enfocada a padres con niños pequeños, al inicio de cada nueva entrega se excusaba a sí mismo con un «suelo escribir mangas de ficción». El editor decidió incluir un antetítulo en cada una de las entregas: «Un ensayo ilustrado de un dibujante de manga que suele escribir ficción».

Keisuke era un artista que, una vez empezaba a profundizar, terminaba por descubrir un verdadero yacimiento. En aquella ocasión

no es que gozara de un enorme éxito, pero se las arreglaba razonablemente bien en el competitivo mundo del manga. Kaori sabía que Keisuke tenía buen ojo para lo cotidiano, pero jamás había imaginado un talento así para el ensayo ilustrado.

La gran acogida de su trabajo despertó el interés por él y, cuando menos se lo esperaba, apareció con Spin en un programa de televisión en el cual se abordaba la relación entre los escritores de manga y los gatos. En su casa se presentó un equipo de televisión para grabar también a su hija y a Kaori, pero él se negó de plano a que la niña apareciese en pantalla teniendo en cuenta los tiempos extraños en que vivían.

Al final, se concentraron en el objetivo inicial y los otros libros de Keisuke se beneficiaron de un notable incremento de ventas.

—Spin-chan —le dijo a su gata como si le hablase a un bebé—, te has convertido en uno de esos gatos que trae la felicidad.

Solo le hablaba así cuando nadie le oía. Le acarició la cabeza y Spin respondió con uno de sus zarpazos amorosos en la cara.

—Tu papá es un ñoño, ¿verdad?

Kaori usaba un tono parecido con Shiori desde que era bebé, pero la niña se limitó a mirarla con un gesto frío.

—¿Por qué me hablas como si fuera un bebé? —le preguntó.

Shiori iba a empezar primaria al año siguiente. Obviamente, las niñas aprendían a hablar muy deprisa. Sin duda, el tiempo volaba.

—Cuando hablas así me da vergüenza —insistió.

A pesar de sus palabras, a Kaori le fascinaba que ni siquiera se le trabase la lengua al hablar, pero no podía decírselo porque su hija se enfadaría. Su labia se había convertido también en un tema para el ensayo de su padre; cuando estuviera en disposición de leerlo, a buen seguro se enfadaría con él.

A menudo Kaori se preguntaba qué habría sido de ellos si Keisuke no se hubiera topado con Spin aquel día. Solo la idea la inquietaba. Keisuke encontró dentro de una caja de mandarinas Mikkabi a un gatito que acababa de perder a su hermano, y ese descubrimiento fue tan importante para el futuro del animal como para el hombre cuya vida acababa de ser tocada por el felino.

Balance final falseado



Para empezar, el padre nunca les tuvo demasiado cariño a los gatos.

Ni siquiera mostró interés cuando, tras encontrar uno que regalaban en la sección de anuncios por palabras del periódico, los niños empezaron a presionarle.

El gatito marrón claro que llegó a casa era un macho. Según el anuncio había cumplido los dos meses, pero debía de tener seis como poco.

El hombre que lo llevó en coche contó que era aficionado a la pesca y, antes de marcharse, acarició al gato y le dijo: «Cuando venga a verte te traeré un buen pescado». Pero jamás volvió. Hablaba en el dialecto local con esa marcada tendencia a alargar las vocales al final de las palabras y ese sonsonete tan peculiar, como la animada charla de un gato y un ratón.

Al parecer, el gato había vivido con otra familia un tiempo, pero por alguna razón lo habían devuelto, lo cual explicaba su ligero aire malhumorado. Cuando el hombre se marchó, se acurrucó en el suelo del cuarto de estar junto a los ventanales, en el lugar más cálido y soleado, como si al decidirse por ese sitio dijera: «Está bien, me quedaré aquí temporalmente».

No intentó arañar nada ni a nadie, pero tampoco trató de integrarse en su nueva familia. Y los niños, que habían esperado con tanta impaciencia su llegada, se quedaron muy decepcionados. Aunque la madre se había tomado la molestia de hablar con el hombre, llegó a admitir que en un principio no era muy partidaria de quedarse con el gato.

—A mí me parece demasiado grande para tener solo dos meses —dijo.

Era una mujer tímida y a lo mejor no se atrevió a decir la verdad: que era demasiado grande y no exactamente lo que buscaban.

De hecho, aquel gatito no conmovió a ningún miembro de la familia especialmente. El padre, por el contrario, fue el más expresivo de todos. Observó al animal con detenimiento, atendió a las explicaciones de su mujer sobre su situación y al final sentenció:

—Sin duda, la familia anterior lo rechazó por su aspecto.

Lo cierto es que todos pensaban lo mismo, por mucho que no se atrevieran a decirlo. Por aquel entonces, salía a menudo en televisión un famoso cantante con una voz melodiosa, y siempre que el padre lo veía, decía: «Está claro que este tipo no ha llegado donde está por su aspecto». Era su forma peculiar de admitir que era un buen cantante.

—Me apuesto lo que quieras a que el tipo que trajo al gato se dijo para sus adentros: «Hala, ahí te quedas».

Por alguna razón el asunto parecía divertirle, tal vez se imaginaba al hombre respirando aliviado cuando salió por la puerta.

—Si se lo devolvemos —afirmó—, no creo que le encuentren otra familia.

Con sus circunloquios, lo que el padre estaba dando a entender era en realidad que se lo quedaban. Así fue como el gato marrón claro se convirtió en un miembro más de la familia. Como era atigrado le pusieron Tora, «tigre».

Si iban a tener un gato, la madre y los niños pensaban que debía ser más gracioso, más amoroso, pero al padre todas esas consideraciones parecían traerle sin cuidado. Al fin y al cabo, era un hombre al que no le preocupaban especialmente los animales, una persona que respondía a la pregunta de cuál era su animal favorito con una elección sorprendente: «La hiena». «Y por qué precisamente las hienas», le preguntaba la gente, muy extrañada. Y él contestaba: «Porque siempre están cerca del suelo».

—Se puede aprender mucho de ellas. No están cerca del suelo porque se halle en su naturaleza, sino por la estructura de su esqueleto. A mí me gustan más las de manchas que las rayadas. Tienen un aire más sórdido y al tiempo más melancólico.

La mayoría ni siquiera habría sabido distinguir entre unas y otras, simplemente las habrían metido a todas en el mismo saco, pero él no. A menudo visitaba el zoo de la prefectura vecina porque allí tenían de

los dos tipos, aunque, en realidad, esa repentina afición suya era solo una moda pasajera y no significaba que hubiera desarrollado un interés particular por los animales. Se trataba más bien del caso típico de una persona que, tan pronto encuentra algo interesante, se obsesiona con ello por un tiempo limitado y luego lo olvida. Para dar con esos pequeños entretenimientos poseía un gran talento, sin duda.

Trabajaba en una empresa de construcción de obra pública encargada del gigantesco proyecto del puente de Seto, la conexión por carretera y vía ferroviaria entre la ciudad de Okayama, en la isla de Honshu, y la isla de Shikoku, y justo antes de que la obra se acabara llegó a obsesionarse con ella, empezó a coleccionar pósteres, fotos, postales, de todo, y sin el preceptivo permiso, un día llevó a toda la familia de excursión por el puente antes de que lo abrieran al tráfico. No avisó a nadie. Se limitó a despertarlos una mañana, les hizo subir a un minibús y los llevó allí. Se trataba de una visita en toda regla, de manera que no tuvieron la oportunidad de volver a casa a mitad de camino, sino que se vieron obligados a marchar como una tropa sobre el resplandeciente asfalto negro del puente.

En esas ocasiones, la madre cumplía con el plan trazado por su marido sin decir ni pío, pero los tres niños (dos niñas y un niño), adoptaban actitudes bien distintas. La hija mayor, caminaba tras ellos con la peor cara posible; la segunda se resignaba con un gesto totalmente inexpresivo y el hijo, aún muy pequeño, lloraba y gritaba de cansancio.

Al preguntarle qué sección exacta del puente era la que había construido su empresa, resultó que apenas se trataba de cien metros en la conexión con la carretera propiamente dicha. Se las habían arreglado para hacerse con una pequeña porción del proyecto de esa inmensa infraestructura pública aun cuando se construía en otra prefectura. Sin duda, para lograrlo, todos en la empresa habían volcado sus esfuerzos y ambiciones, y eso que su porción del pastel no fue precisamente la más grande.

Aquel día había muchos otros padres de excursión con sus familias. Aún no se habían hecho las pruebas finales en la infraestructura y por eso mucha gente había aprovechado para ir a pasear por el puente. De

hecho, había tantas personas que lo llenaban todo hasta donde alcanzaba la vista. Literalmente. De vuelta a casa todos se quedaron dormidos, pero a una de las niñas le costó conciliar el sueño porque el autobús se movía mucho y aprovechó para ver en la tele *La historia de Hachiko*, la película sobre el famoso perro que tiene una estatua de bronce en Shibuya, en pleno centro de Tokio. Al final no pudo saber qué había sido del perro y de su dueño porque cayó en un sopor, y cuando quiso abrir los ojos en la pantalla pasaban los títulos de crédito.

Pero esta historia trata de un gato, no de un perro.

Por aquel entonces, la mayoría de los japoneses dejaban a sus perros fuera de casa mientras que a los gatos les permitían rondar por donde les viniera en gana con entera libertad. Según esa costumbre, Tora recibió una educación más bien relajada. En cuanto alcanzó la pubertad se decidió que había que llevarlo a que lo castraran, pero como en la casa no había un transportín, la madre lo metió en una caja de cartón que sujetó en la parte de atrás de su pequeño scooter y así lo llevó al veterinario. Como era de esperar, cualquier gato en semejante trance habría entrado en pánico de inmediato y Tora no fue una excepción. Se revolvió con todas sus fuerzas para escapar de su prisión improvisada y a la madre le costó un triunfo mantenerlo a raya. Al final logró sacar una pata entre las solapas de la caja y, dado que la consulta estaba lejos, bien podía haberse escapado. Sin duda, todos ellos habían infravalorado la capacidad atlética del gato.

—Una caja de cartón es perfecta para él —había dicho el padre—. Además, el veterinario tampoco está tan lejos y no merece la pena tirar el dinero en un transportín.

La madre, sin embargo, tuvo que sufrir las consecuencias, por lo que tan pronto como volvió del veterinario encargó uno en la tienda de bricolaje más cercana.

—Es increíble que se las haya arreglado usted para llegar hasta aquí en esas condiciones —dijo el veterinario con expresión de incredulidad cuando la vio aparecer con semejante invento.

No cabía duda de que a ella el comentario le había llegado muy hondo.

—Vuestro padre es tan tacaño que me hace pasar vergüenza —se lamentó muy enfadada a su regreso—. Si Tora-chan hubiera conseguido escaparse de la caja podría haberle atropellado un coche y matarlo.

—Bueno, bueno, pero habéis salido de esta sin problemas, ¿verdad? Bien está lo que bien acaba.

Si eso hubiera ocurrido en la actualidad, al padre lo habría perseguido alguno de esos grupos en defensa de los derechos de los animales. Pero no se trataba de que Tora no le gustase, nada de eso.

—Fíjate, antes tenía esos dos bultitos tan graciosos —dijo mientras le tocaba el escroto desinflado y él gato movía su cola espesa y torcida como si fuera una palanca de cambios—. ¡Mirad! Está cambiando de marcha.

Tora lo miró con desdén y le dejó hacer. No es que fuera especialmente amistoso, pero había que admitir que sí era muy tolerante.

En una ocasión lo metieron en una bolsa de plástico que había colgada de un gancho en la habitación de tatami, aunque la ocurrencia no fue de los niños, sino del padre.

—Metió el hocico en la bolsa y empezó a olisquear. Después le di un empujoncito y entró del todo. Se le veía muy a gusto, así que volví a colgar la bolsa del gancho.

Hasta que lo encontró la madre y lo liberó, el gato estuvo dentro enrollado sobre sí mismo sin maullar siquiera. No era fácil determinar hasta qué punto le espoleaba el estoicismo o si realmente le gustaba estar allí metido. El caso es que lo bajó y abrió la bolsa, y él caminó como si nada sin dejar de mover la cola.

Ese gato tan distante como sufrido vivió con ellos durante dieciocho años. Para entonces los niños ya habían crecido y abandonado el nido, y Tora, que siempre se las había arreglado para volver a casa a voluntad, de pronto daba muestras de debilidad.

Siempre había sido un gato con las patas traseras débiles, torpe, y al correr se tropezaba. Pero con el tiempo se volvieron inestables, sus articulaciones se resintieron, y cuando iba al piso de arriba tenía que descansar en cada peldaño.

Llegó un momento en que ni siquiera podía saltar dentro de su arenero y a menudo mojaba el suelo. Quitaron la caja y en su lugar colocaron una sábana plastificada, pero él no pareció entender el significado de aquella cosa y siempre buscaba otro sitio donde aliviarse. Normalmente se decidía por las alfombras o los futones, y andar tras él para limpiar se convirtió en una verdadera pesadez, de manera que decidieron hacerle unos pañales. Por entonces no existían los pañales para mascotas, así que la madre compró unos de bebé, les practicó un agujero para sacar la cola y resuelto.

Cuando parecía que ya no le quedaba mucho tiempo en este mundo, llamaron a los niños por teléfono. La mayor y el pequeño vivían lejos y solo volvían si tenían varios días libres seguidos. Al final fue la segunda hija, la fría y desprendida, quien empezó a aparecer a menudo por casa.

Cuando el padre volvía por las tardes miraba a Tora y le preguntaba: «¿Todavía estás vivo?». Su mujer lo regañaba por su falta de delicadeza, pero así era él.

La hermana mayor estudiaba en la Universidad de Kansai cuando se produjo el gran terremoto de 1995 y tuvo que refugiarse en un parque. Cuando los temblores cesaron y pudo volver a casa, lo primero que hizo fue telefonear a sus padres. Jamás había experimentado la violencia de un terremoto semejante y estaba convencida de que el país entero se iba a hundir.

Sucedió pasadas las seis de la mañana. Aún medio dormida, la madre respondió al teléfono en un tono irritado. Su hija preguntó si se encontraban bien después del terremoto, pero ella ni siquiera sabía de qué le estaba hablando. Convencida, al menos, de que Japón no se hundiría en los abismos, colgó el teléfono.

Justo después las líneas telefónicas con Kansai quedaron interrumpidas.

—Es una chica muy astuta —dijo su padre, admirado por su rápida reacción.

Las espantosas imágenes del desastre empezaron a verse pronto por televisión. Trataron de llamarla, pero ya era imposible.

«Es una chica muy astuta...». ¿Qué comentario era ese?, se preguntó

ella cuando se enteró de lo que había dicho su padre. Incluso cuando se trataba de un elogio con las mejores intenciones, su forma de expresarlo siempre era muy peculiar. Un padre normal habría dicho: «Nuestra hija ha hecho lo que debía», o algo por el estilo.

Después del terremoto, tan pronto se restablecieron las líneas telefónicas y pudo hablar con ella, le dijo: «Seguro que has pasado lo tuyo, pero lo has logrado y ahora tienes una buena historia que contar». Ella no respondió, pero tenía claro que no era eso lo que un padre debía decir a su hija cuando ni siquiera estaba en disposición de tirar de la cadena del váter, cuando el pánico a las réplicas la obligaba a meterse por la noche en cama con los zapatos puestos. Su hermana pequeña sí supo sacar una conclusión con unas pocas palabras: «Ese hombre no tiene corazón».

Tora pasó la noche en los brazos de la madre con el pañal puesto y murió en paz justo antes del amanecer.

Cuando se enteró de que el gato había muerto, el padre sin corazón se limitó a ladear la cabeza. «¿De veras?», dijo como si en realidad hubiera querido decir: «Ha tenido una buena vida». O quizá no, quién sabe.

Era un padre al que le gustaban las hienas, así que no tenía interés en animales graciosos como un gato o un perro, dijo también la segunda hija. Por eso la muerte de Tora no le afectó. Ni lo más mínimo.

La madre sí era de las que sufrían por la pérdida de las mascotas. Las niñas la habían martirizado con su capricho de tener un gato y al final había sido ella quien se hizo cargo de él.

Aunque la pérdida de Tora apenas surtió efecto en el padre, al menos le sirvió para darse cuenta, a su manera, claro, de que su mujer estaba muy afectada. Hacía poco que había cumplido la edad obligatoria de la jubilación y, antes de retirarse del todo, había empezado a trabajar por horas en otra empresa más conveniente donde le permitían ir y venir cuando le parecía, por lo que a menudo su mujer y él salían a dar una vuelta para cambiar de aires. Siempre le

había gustado viajar en coche y pasaba gran parte de su tiempo buscando lugares interesantes que visitar.

Aquel día en concreto iban de camino al mar. A buscar medusas. Desde hacía poco, en la oficina de correos y unas cuantas tiendas especializadas en productos locales vendían una especie de acuario para tener medusas en casa. El caso era que se encargaba y enseguida recibías en el domicilio un pequeño recipiente de plástico lleno de agua y con una medusa. Según las instrucciones bastaba rellenarlo de vez en cuando con agua de mar para que la medusa viviese un tiempo considerable, y cuando empezaba a debilitarse solo había que devolverla al mar. El paquete también incluía un contenedor extra con agua de mar. Si uno se paraba a pensarlo, aquel asunto era muy extraño.

El padre se metió de lleno en aquello. En parte porque vivían cerca del mar y era fácil buscar agua para cambiarla. Cuando se terminaba la que había de reserva, se acercaba al puerto más próximo. Le interesaba mucho saber cuánto iba a vivir la medusa, pero se trataba de la misma curiosidad de un niño que le arranca las patas a un saltamontes para ver qué pasa. En resumen, un afán maligno.

Cuando las medusas se debilitaban y dejaban de nadar cobraban un tono negro azulado. La idea era que, llegado ese punto, se las devolviera al mar, pero él, como un niño inocente y cruel, prefería contemplar el triste final.

—¿Por qué no la devuelves al mar de una vez? —protestó la madre amargamente, pero solo fue ignorada por completo.

La medusa alcanzó, por tanto, su final y su cuerpo sin vida flotó en un rincón del recipiente. Qué crueldad dejarla morir así, pero a pesar de ello el padre no renunció a su afición recién adquirida.

—No hace falta encargar más —dijo—. En el mar hay toneladas y toneladas de medusas que podemos sacar gratis.

De ahí sus frecuentes excursiones a la costa armado con la redecilla con la que atrapaba sus pequeños tesoros translúcidos.

Enseguida comprendió que no debía hacerse con las más grandes. La pecera era pequeña y el oxígeno, por tanto, insuficiente para mantenerla con vida.

—Otra cosa espantosa que se ha inventado alguien —se quejó la madre—. Pasó lo mismo hace tiempo con los gusanos de seda y los niños de primaria. Se pasaban el día sin dejar de mirar esos bichos con la idea de sacarles un hililllo de seda.

Era cierto. Los colegios adquirían paquetes con gusanos de seda y las correspondientes hojas de morera para alimentarlos. Una vez alcanzaban su última fase de larvas, se colocaban en el extremo de un soporte de abanico donde se suponía que formarían sus capullos con suficiente seda para obtener los hilos. Fuera quien fuese el inventor de aquel sistema, sin duda era una lumbrera.

Como los gusanos no lograban formar los capullos en un lugar tan estrecho, se veían obligados a buscar una solución: tejer una especie de red, donde acababan crucificados.

—Qué cosa más horrible —decía el padre sin ofrecer ayuda alguna.

A la madre no le quedaba más remedio que cortar los hilos y rescatarlos. Después preparaba una especie de marco en una caja y los juntaba allí a todos para que al fin pudieran formar sus capullos.

No era fácil entender por qué el padre mostraba tanta compasión por los gusanos de seda y ninguna por las medusas. Comoquiera que fuese, la madre tenía que acompañarlo en sus excursiones en busca de medusas.

Un día que circulaban por una carretera a través de unos campos de cultivo, los coches que iban delante empezaron a reducir la velocidad como si evitasen algo.

—¿Qué pasa? —preguntó el padre, interesado por la razón del incidente, si bien fue la madre quien lo vio primero.

—¡Es un gato!

Un minúsculo gatito, apenas del tamaño de un puño, había trepado a la calzada, donde los coches hacían lo posible para no atropellarlo.

Ella pensó que él también lo evitaría, pero en cambio se acercó hasta donde maullaba el animal asustado sin dejar de agitar su colita. Puso el freno de mano y bajó.

«¡Miau, miau!», maullaba. Parecía una sirena. Era un gato carey con manchas en un tono crema.

Para evitarle una muerte segura, la madre lo empujó hacia el campo

en repetidas ocasiones, pero el gato no se resignaba y volvía a subir a la carretera una y otra vez.

—A lo mejor deberíamos llevárnoslo a casa.

«¿¡Qué!?».

La madre no podía creer lo que oía. Ahí estaban ellos dos, camino de una captura de medusas... y de pronto mostró la misma compasión hacia el gato que hacia los gusanos de seda, que no hacia la medusa. Todos eran seres vivos. ¿Había alguna diferencia entre ellos?

Tras la muerte de Tora la madre había decidido en firme no volver a tener otro gato. Simplemente no se sentía con ánimos para pasar de nuevo por el trago de una despedida.

Sin embargo, tan pronto decidieron llevárselo, la diminuta criatura se aferró a su mano con todas sus fuerzas.

—Todavía tenemos el arenero de Tora, ¿verdad?

Deshacerse de todos los enseres del gato habría sido como borrar las huellas de su existencia, extremo al que ninguno de los dos se atrevió a llegar. El caso es que optaron por suspender las capturas de medusas y volvieron a casa con un gato.

El animalillo era un verdadero paraíso para las pulgas, que se detectaban a simple vista dando brincos de acá para allá en sus bigotes, así que la primera medida de urgencia del veterinario fue aplicarle un tratamiento para librarle de ellas. Resultó que se trataba de una hembra y que acababa de abrir los ojos, a pesar de lo cual durante el examen médico no retrajo las uñas en ningún momento y tampoco dejó de protestar.

Su hija menor, que vivía cerca, se acercó enseguida a casa de los padres con su pequeña a cuestas.

—Lo primero es ponerle un nombre —dijo—. ¿Qué tal Ten, «cielo»? ¿No es bonito?

Ella misma había estado a punto de llamar así a su hija, pero al final desistió porque no encajaba con el apellido del padre.

Al no recibir más sugerencias, le adjudicaron el nombre de Ten.

En un principio le daban leche y no tardó en destrozar la tetilla del biberón. Luego empezó a devorar comida enlatada. «¿Cómo es posible que hayáis tardado tanto tiempo en alimentarme con esta delicia?»,

parecía preguntarse.

La hija mayor había terminado sus estudios en Kansai y se había mudado a otra prefectura, pero no dudó en dejar a su marido unos días para ir a conocer a la gatita.

—¡Hay que ver! —protestó su madre—. A nosotros nunca vienes a vernos.

—Bueno, un cachorro crece enseguida, hay que aprovechar la oportunidad.

El alboroto provocó que el tema de conversación derivase hacia el padre. Las tres mujeres se preguntaban qué le había pasado y cada una tenía su propia teoría al respecto.

—Quizá sí que quería a Tora.

—Hum... No lo creo. El día que murió lo único que dijo fue: «¿En serio?».

—Y encima, si tenemos en cuenta la matanza de medusas que se trae entre manos...

Lo que la madre deseaba de veras era que renunciase de una vez por todas a las medusas y quizá la gata era la respuesta a sus oraciones.

Cuando la obsesión por las medusas decayó, la pecera vacía quedó olvidada en un rincón del cuarto de estar y Ten se dedicó a saltar dentro sin dejar de ronronear y maullar. Para un gato, aquella pecera vacía era un estupendo juego transparente.

—Parece que a Ten le gusta mucho.

Ten se divertía a placer en la pecera y el padre no decía nada porque debía de haber renunciado por completo a su proyecto de esclavizar medusas y, por tanto, ya no le encontraba uso alguno a aquel artilugio.

Tan pronto como Ten se cansó de sus juegos, la madre aprovechó para deshacerse de la pecera y el padre tampoco se quejó.

Fue el hijo quien dio con la respuesta que resolvía el puzle del imprevisible comportamiento paterno.

«Parece que últimamente mamá está algo decaída. ¿No crees que otro gato le animaría un poco?».

Por lo visto, lo había comentado con él hacía un tiempo sin la verdadera intención de tener uno, pero cuando se le presentó la

oportunidad delante del coche fue toda una bendición.

Por alguna razón incomprensible, la gata, en el punto culminante de esa fase encantadora cuando aún era una cachorrita, estaba muy unida al padre y, aunque él no se ocupaba en absoluto de ella, se frotaba contra sus piernas en cuanto se levantaba. Aquel asunto sentimentaloide lo irritaba mucho y le hubiera gustado quitársela de encima de una patada, por lo que la devoción que el animal le profesaba era inexplicable.

Sin embargo, las atenciones felinas terminaron por surtir efecto y conmovieron a aquel hombre impasible amante de las hienas (de la variedad con manchas, en concreto), al extremo de que empezó a comprarle juguetes.

A Ten le encantaban los juguetes y cuando el padre salía de casa siempre volvía con alguno nuevo. Dado que por algunos no mostró ningún interés, el padre quiso saber la razón de ello. No le quedó más remedio que rebuscar en las tiendas de cien yenes para dar con la clave que iluminase el capricho de su gata, y a menudo regresaba cargado con bolsas llenas de objetos absurdos, para desesperación de su mujer, a quien todo aquello la irritaba sobremanera.



Al padre siempre le gustaron los viajes en coche, pero llegó a una edad en que no le quedó más remedio que renunciar a conducir e incluso, contra su voluntad, deshacerse de su automóvil.

—Me estoy haciendo viejo. Iba conduciendo y de pronto el coche que tenía delante estaba demasiado lejos.

Terminó por confesarlo cuando rozar los laterales del coche se había convertido en un asunto cotidiano, como también raspar los muros de las casas de los vecinos.

—Si atropellas a alguien, nunca te recuperarás de eso —le advirtió su hijo, que casi le arrebató el coche a la fuerza para, a continuación, ponerlo a la venta.

A partir de ese momento, y sin un vehículo a su disposición,

envejeció a ojos vista. No era una persona capaz de arreglárselas con el transporte público, y como dejó de salir de casa se pasaba el día dando tumbos de un lado a otro en pijama, con las piernas visiblemente temblorosas y la espalda cada vez más encogida. Estaba torcido y vencido como los abuelos de los cuentos japoneses.

Su segunda hija, con una marcada tendencia al sarcasmo, dijo que le recordaba a una horquilla, lo que hizo que su madre se muriera de la risa. Quizá era exagerar mucho, pero estaba tan torcido que uno se preguntaba si no terminaría por convertirse en un jorobado.

No era el padre una persona dispuesta a escuchar consejos respecto a la necesidad de hacer un poco de ejercicio. Su hijo, que se había peleado con él por el coche, opinaba que mientras no matase a nadie podían dejarle hacer lo que le viniera en gana.

Como le gustaban tanto las medusas, la madre sugirió que lo llevaran al acuario de Yamagata antes de que se quedase completamente inmóvil, y su hija mayor y su marido se pusieron a organizar la excursión.

Al no haber vuelo directo a Yamagata, decidieron quedarse en casa de su hija en Kansai y continuar el viaje desde allí al día siguiente.

Su hija, que fue a recogerlos al aeropuerto, tuvo que esperar una eternidad antes de que salieran por la puerta de llegadas. El resto de los pasajeros habían desembarcado hacía mucho. Al final, cuando aparecieron casi no los reconoció.

—Pensé que era un inválido con su cuidadora —dijo.

Pero luego fueron ellos quienes sufrieron por acompañarle durante el viaje. Si aquel viaje de un inválido con su cuidadora no acabó en desgracia fue gracias al marido de su hija, que era una persona muy generosa y responsable.

El desmedido interés del padre por las medusas parecía haberse esfumado hacía ya tiempo y no estaba en su mejor momento para visitar un acuario. De hecho, el viaje fue un fracaso total. El acuario no le generó ninguna alegría y se mostró tan caprichoso como de costumbre.

Entretanto, Ten crecía. La faceta salvaje de la que había hecho gala en su primera visita al veterinario no hizo sino reforzarse y pronto fue imposible meterla en el transportín.

—Si se pone enferma —advirtió la madre—, haré cuanto esté en mi mano para cuidar de ella en casa, pero me temo que eso será todo.

La última visita al veterinario había sido años atrás y, según ella, al doctor no le hizo la más mínima gracia verla allí. Ni él ni ninguno de sus ayudantes salían indemnes de las visitas de Ten. Siempre había derramamiento de sangre.

Con la perspectiva que da el tiempo, Tora se le antojaba un gato sumamente educado y gentil y la nostalgia que sentía por él iba en aumento.

Ten se había criado entre algodones. ¿Cómo era posible que hubiera desarrollado tamaña ferocidad? Cuando su hija mayor volvía a casa en una de sus raras visitas, la gata le clavaba las uñas en cuanto se cruzaba con ella. En una ocasión en que se echó una cabezadita en el sofá, le saltó encima con los ojos fijos en la tráquea, con la clara intención de cometer un asesinato.

La madre, que no podía quedarse de brazos cruzados como una simple cómplice, le dio a su hija una lata de comida de primera categoría para que la entretuviera con algo.

—A esto no puede resistirse.

Ten, por su parte, ni siquiera se acercó a olisquearla. Se limitó a observar con los ojos entrecerrados. «Ni loca pienso tocar nada de lo que me des tú», parecía decir.

—Los animales saben juzgar bien a la gente —fue el comentario del padre.

Después de todo, Ten, como siempre, seguía siendo su única admiradora.

Llegó el día en que subir la escalera al piso superior resultó ser una misión imposible para el padre, y decidieron bajar su cama a la habitación de tatami de la primera planta, justo al lado del cuarto de estar, un espacio que se convirtió a partir de ese momento en su guarida particular. A excepción de sus excursiones a la mesa para la comida y la cena o sus visitas al cuarto de baño, se metamorfoseó en

una especie de gusano dentro de su capullo. Tan pronto como se despertaba y se ponía en pie, Ten saltaba a su lado y se enredaba entre sus piernas mientras él se tambaleaba de acá para allá. Le daba pataditas para zafarse de ella, pero ni aun así se resentía su devoción.

—Esta gata no es juez de nadie —protestó la hija, molesta por el comentario de su padre—. Lo único bueno que tiene es la cara. —Y tenía razón. Era una gata preciosa. Irresistible cuando todavía era una cachorra—. A lo mejor se acuerda de que fue papá quien la trajo a casa. Creo que es muy inteligente —añadió para no parecer tan negativa.

La cautela era un rasgo de inteligencia. El caso es que como nunca lograron estrechar lazos, ella terminó por tener su propio gato. Era una raza muy distinta, nada que ver con Ten, pero también con una expresión muy peculiar.

—Mira —le dijo a su padre mostrándole unas fotos en el móvil—, mi gato también es muy guapo.

Él se limitó a resoplar.

—Todos los gatos del mundo son guapos —concluyó, a modo de sentencia.

«¿¡Qué ha dicho!?». Nadie en la familia daba crédito a lo que acababan de oír. ¿Qué había sido de su padre? ¿Qué habían hecho con él? Aun en el peor de los escenarios imaginables, no era una persona que se permitiera la más mínima indulgencia con los felinos. En cualquier caso, su afirmación no evitó que Ten se llevara un meneo cuando pasó por su lado.

Él se tambaleaba, ella se restregaba contra sus piernas. Tambalearse, tambalearse, restregarse, restregarse. Parecía como si la escena entre el anciano y la gata fuera a durar cien años como poco.

La educación y los hábitos trasnochados del padre habían terminado por convertirlo en un gran bebedor y un gran fumador. El médico le había advertido sobre la posibilidad de contraer una cirrosis o desarrollar un cáncer de pulmón (y, al final, fueron las dos cosas).

Dejó de beber y, a pesar de que tosía cuando daba una calada a su

cigarrillo, no parecía estar tan mal. Daba la impresión de arreglárselas a su manera con el paso del tiempo y su familia se lo tomó todo como otra etapa más en el proceso de envejecimiento.

Lo que se convirtió en un verdadero problema para todos fue que sus piernas dejaran de funcionar. Un buen día se metió en la cama, se negó a levantarse y tuvo que ser hospitalizado.

Animado gracias a la presencia de una enfermera encantadora, cumplió con todas las exigencias de la rehabilitación y se las arregló para volver a caminar dando tumbos. En el hospital creyeron que estaban asistiendo a una resurrección milagrosa.

Fue la enfermera encantadora quien lo convenció para que se hiciera un chequeo completo y entonces le descubrieron las dos enfermedades. Ambas en fase terminal, inoperables. De hecho, los doctores no podían creer que siguiera vivo.

Como no podían hacer nada por él les pareció cruel mantenerlo hospitalizado y, sin darle muchas explicaciones sobre su situación, lo mandaron de vuelta a casa con cuidados paliativos.

Se había pasado la vida bebiendo sin parar y fumando como un carretero, de modo que el final parecía inevitable.

La madre se hizo cargo de todo. Le atendió con mucho cariño como había hecho con Tora y, tal vez por eso, el padre no sufrió mucho. Su hijo, un solterón empedernido, había vuelto a casa para ayudar.

El padre dormía y se levantaba. Después volvía a dormir, dormir, dormir, y luego se levantaba otra vez. Al pasar sus días sumergido en esa rutina se volvió un poco senil. «¿Cuándo cenamos?», preguntaba. «Ya has cenado», le respondían. Esos diálogos se convirtieron en algo cotidiano. El hambre quizá fuera un síntoma de empeoramiento, porque nunca se saciaba.

Cuando la madre oía ruidos en la cocina y se acercaba para ver qué pasaba se lo encontraba revolviendo los cajones. Si se topaba con algún dulce, se volvía feliz a la cama, pero el problema era que también se comía las chucherías de Ten.

—Eso es comida para gatos —le advertía ella.

Tenía la costumbre de preparar té por la noche y, mientras lo tomaban, aprovechaba para darle a Ten la merienda que había abierto

el padre.

Hasta el día antes de perder la consciencia, su mujer le acompañó al baño para sujetarlo. Ten insistía en corretear entre sus piernas inestables y, como era habitual, se llevaba alguna patada.

Creyeron que se las arreglaría así para siempre, sujetándose aquí y allá, pero en cuanto llegaron los dolores llegó también el final del camino. Era una persona que no soportaba el dolor ni ninguna clase de sufrimiento. De hecho, toda su vida se negó a ir al dentista, hasta el extremo de que cuando cumplió los sesenta no le quedaba un solo diente.

Un día, durante el proceso de ingesta de analgésicos para mitigar el dolor, falleció de repente. Su hija mayor y su marido se apresuraron a volver lo antes posible, pero aun así llegaron tarde.

—Nunca ha sabido esperar —dijo ella para justificarse.

Velaron su cuerpo en casa dos días hasta que hubo un hueco en el crematorio. Tenía el aspecto de un hombre dormido. El único cambio es que encendieron el aire acondicionado de la habitación a una temperatura muy baja, glacial.

Él siempre había detestado las formalidades, así que el funeral fue un acto íntimo. Sacaron su cuerpo de la habitación de tatami, la que fue su último refugio, y unas horas más tarde volvió a entrar allí convertido en cenizas para descansar junto a un altar budista.

Mientras estaban en el crematorio, la empresa a la que habían alquilado la cama medicalizada fue a casa para retirarla y en su lugar se instaló un sencillo altar donde la madre colocó la urna y las tablillas funerarias.

Ten había permanecido en casa todo ese tiempo, ignorada por todos. No era fácil saber si se había dado cuenta de algo o no, pero el caso fue que se sentó en el umbral de la puerta, miró en dirección al altar y poco después se esfumó.

Pasó un año.

El solterón empedernido había dicho que solo se quedaría hasta que muriera su padre, pero al final se instaló en la casa y los tres, la

madre, el hijo y la gata, empezaron una nueva vida. Quizá por tener a su hijo cerca, ella no se dejó vencer por el desánimo y su salud tampoco se resintió.

Su hijo siempre había sido callado, las dos hijas eran quienes más hablaban. La madre parecía de buen humor. Cuando llegara el buen tiempo, dijo, quería ir a ver al gato de Pallas en el zoo de Kobe. Lo había visto hacía tiempo en un documental de la NHK y se quedó fascinada con él antes incluso de desarrollar su propio interés por los gatos.

En una carpeta guardaba recortes de artículos de periódico sobre ese espécimen. De no haber sido por el padre, habría ido mucho antes a verlo y se habría quedado en casa de su hija mayor en lugar de en un hotel.

—Ahora que lo dices, ¿qué tal está la Gatita Terrible?

Así era como su hija llamaba a Ten después de que intentara morderle la yugular.

—La verdad es que tiene una parte encantadora, ¿sabes?

La madre siempre la defendía, presumía por cosas insignificantes que cualquier otro gato haría exactamente igual.

—Por cierto… —dijo.

Tenía una nueva historia que contar. Era invierno y solía cerrar las puertas corredizas de cristal que había entre la habitación de tatami y el cuarto de estar para mantener mejor el calor. Cuando el padre estaba vivo, las dejaba abiertas y el espacio se convertía a efectos prácticos en un solo cuarto.

—Cuando cierro las puertas, Ten se pone a arañarlas con todas sus fuerzas.

Ella las abría y la gata empezaba a dar vueltas alrededor del lugar exacto donde había estado la cama del padre. Después se sentaba allí mismo con la cola debajo del cuerpo y las orejas hacia delante en posición de alerta.

La había dejado sola, pero la devoción de la gata por ese hombre era incombustible.

—Estaba muy unida a él. Quizá sea quien más lo echa de menos, ¿no?

La familia humana del padre había aceptado la pérdida, había derramado lágrimas en el funeral y pasado el luto en un tiempo razonable, conscientes de que le había llegado su momento.

—Esa gata no sabe juzgar a la gente. Quiero decir que él nunca la alimentó, ni una sola vez.

—No la cuidaba, pero aun así ella lo adoraba.

El padre siempre había hecho lo que quería, su forma de expresarse y sus maneras dejaban mucho que desear, y sus actos muchas veces eran absurdos y todos, propios y extraños, se daban cuenta de ello.

Sus hijas hablaban de él con las amigas y los cuchicheos siempre eran los mismos: «Si es el padre de otra el que hace esas cosas incluso puede ser divertido, pero si te toca a ti, maldita la gracia».

No obstante, una gata lo amaba incondicionalmente, de modo que cuando empezaba el debate sobre buen padre/mal padre, ese simple hecho bastaba para inclinar la balanza hacia el lado de los buenos.

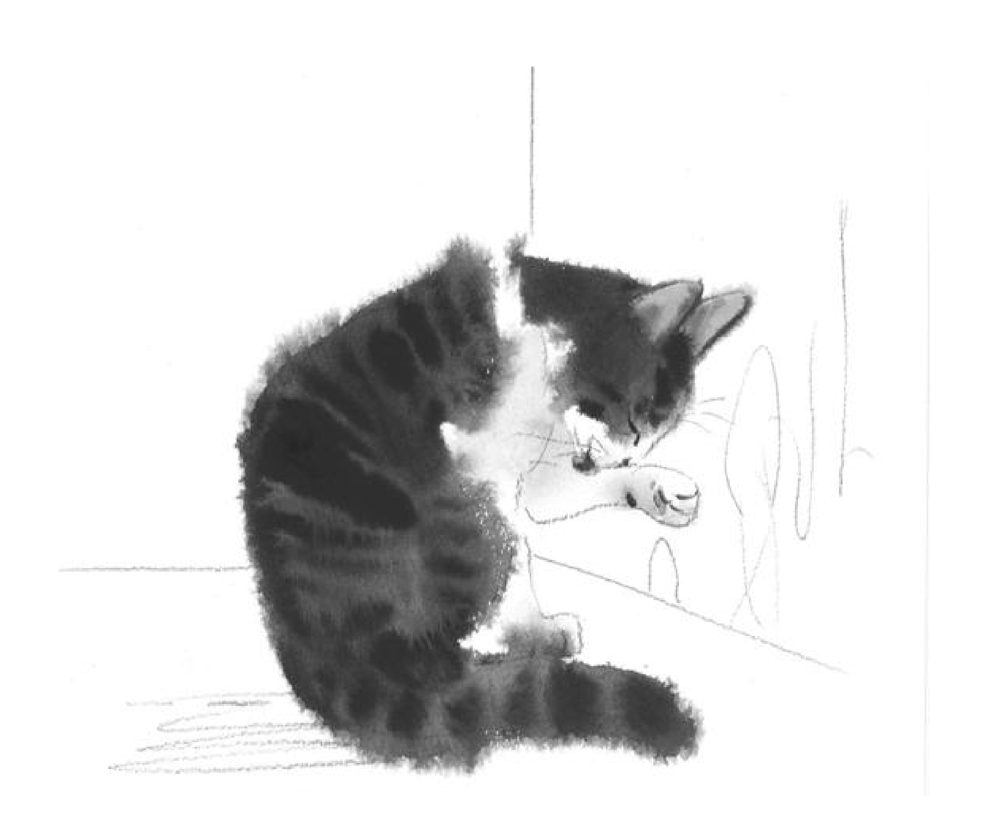
No es que los gatos le gustasen especialmente; de hecho, no era así, pero en sus últimos años los había sorprendido cuando dijo que todos los gatos eran guapos.

Despiadado con las medusas, amoroso con los gatos. Una faceta y otra se anulaban mutuamente.

Una vez todo quedó dicho y todo fue hecho, resultó ser un buen padre.

No hay mucho que añadir. Fue un hombre raro, problemático, un buen dueño amado por su gato. Así concluye su historia.

La isla de los gatos



—Ryo, ¿por qué no vamos a la isla de los gatos?

Estábamos cenando cuando mi padre, fotógrafo freelance, soltó la ocurrencia.

No había pasado mucho tiempo desde que volvió a casarse, tras la muerte de mi madre, y nos mudamos de Hokkaido a Okinawa.

Haruko, su nueva esposa, era una mujer encantadora con una sonrisa como el sol capaz de iluminar una habitación. Sin embargo, yo no podía olvidar a mi madre y no me salía llamarla a ella «mamá».

Al pensar ahora en ello, desde la distancia que dan los años, me resulta difícil creer siquiera que hubo un tiempo en que me sentí incómodo a su lado.

En aquella época mi padre se esforzaba mucho para que congeniáramos y no perdía la oportunidad de que saliéramos todos juntos como una «familia de verdad», lo cual, honestamente, me exasperaba.

Era una mala edad para un chico como yo. Cuanto más me presionaba, más me resistía a la idea de llamarla «mamá».

No obstante, lo de la isla de los gatos me intrigó. Sonaba como el principio de una historia de aventuras.

—¿Cuál es esa isla de los gatos? —le pregunté a Haruko, que trabajaba de guía turística.

Quería ser amable con ella al demostrar que la consideraba una experta, un gesto de atención por mi parte a pesar de ser un niño.

—En realidad se llama Taketomi —intervino papá—. Hay cientos de gatos y últimamente se ha puesto de moda entre los amantes de los felinos.

Yo quería incluir a Haruko en la conversación, pero mi padre, con la desconsideración característica de los adultos, frustraba todos mis intentos. Aun así, mis ojos se encontraron con los de ella y, al menos,

compartimos una sonrisa.

«Es imposible, ¿verdad?».

«Lo sé».

—¿Cómo se llega hasta allí?

Haruko respondió por fin a mis preguntas. Por suerte, mis esfuerzos por integrarla en la conversación empezaban a dar sus frutos.

—Desde la isla de Ishigaki hay que volar a Naha, y de allí tomar un ferri rápido que tarda unos diez minutos.

—Así que está bastante cerca.

Okinawa es un archipiélago cuyas islas están conectadas casi todas por avión. Yo había logrado hacerme un mapa mental de todas ellas e imaginaba cómo sus habitantes se movían de un sitio a otro a bordo de pequeños aviones.

—Así que has aceptado ese encargo de fotografiar gatos, ¿verdad, Katsu-san? —le preguntó ella a mi padre, que sostenía su taza de té.

—Sí. No he podido negarme —admitió poniendo una cara larga—. Les he explicado que no estoy especializado en fotografía de animales, pero les ha dado igual.

Al parecer, un redactor de la revista, conocido de mi padre, había insistido mucho. Estaban preparando un número especial sobre gatos y una sección específica sobre gatos y viajes. Taketomi era uno de los posibles destinos, pero la revista no disponía del presupuesto suficiente para enviar hasta allí a uno de sus fotógrafos de plantilla, así que se lo encargaron a aquel freelance que acababa de mudarse a Okinawa.

Con el tiempo la isla se haría famosa por sus gatos, pero por aquel entonces aún no era tan conocida y el equipo de redacción tuvo buen ojo al fijarse en el potencial del lugar antes que ninguno de sus competidores.

—Suena bien, ¿no, Katsu-san? Al fin y al cabo, te gustan mucho los animales.

Pensé que Haruko aún debía aprender muchas cosas sobre mi padre.

—Supongo, sí, pero... Bueno, es trabajo... Aunque los gatos y yo no es que nos llevemos especialmente bien.

—¿No te gustan?

Mi padre parecía no saber qué responder, así que me apresuré a intervenir:

—No le disgustan, pero él no suele gustarles a ellos.

—¡Calla! —protestó él antes de dar un bocado al típico *chanpuru* de Okinawa que había dejado encima del arroz.

Su problema con los gatos era que mi padre no controlaba la intensidad de sus juegos y sus caricias, y cuando se abalanzaba sobre uno, el animal salía corriendo o se ponía a bufarle.

—Si se hubiera tratado de perros...

Incluso en tal caso, los únicos que respondían bien a su desmedido interés eran o los más cariñosos o los más viejos. Los demás se asustaban nada más verle y empezaban a ladrar muertos de miedo.

Tiempo atrás fuimos de visita a Nara, una ciudad famosa por sus ciervos en libertad, y cuando mi padre se acercó muy emocionado a uno, sin dejar de repetir que era Bambi, un macho grande que debía de ser el padre de la criatura le dio un empellón para quitarlo de en medio.

No sabía si contárselo a Haruko, pero como mi madre estaba entonces con nosotros decidí no hacerlo.

—Si fueran salamandras no creo que tuvieras problema con las fotos —bromeé.

Sin embargo, él se lo tomó muy en serio.

—Es verdad, al menos no saldrían corriendo tan deprisa.

Era un comentario extraño para provenir de un fotógrafo.

—Si vamos juntos deberíamos ir en fin de semana o cuando haya un festivo.

Haruko dejó los palillos encima de la mesa y empezó a hojear su agenda. Durante las vacaciones escolares solía estar muy ocupada con su trabajo de guía.

—Dentro de quince días tengo un fin de semana libre. El lunes siguiente es festivo, así que podríamos quedarnos dos noches y tres días. Suena bien, ¿no?

Yo ni siquiera sabía que ese lunes era festivo porque no me lo había apuntado en el calendario. ¿Se había anotado ella en la agenda mi calendario y las actividades del colegio? Por algún motivo me hizo

sentir incómodo. Si lo hacía era porque se había convertido en mi «madre». Cocinaba para mí todos los días, me lavaba la ropa y cada vez que había alguna actividad en el colegio allí estaba ella. En el caso de papá, simplemente se hacía un lío y se perdía por completo, de manera que se habían dividido las tareas de la mejor manera posible.

Haruko era mi madre a diario. ¿Durante cuánto tiempo iba a seguir llamándola Haruko-san? La idea de llamarla «mamá» me confundía. Al fin y al cabo, solo habían pasado dos años desde la muerte de mi madre.

Ella no decía nada y se limitaba a sonreír de una manera encantadora. Yo me dejaba mimar sin llamarla nunca «mamá».

—Está bien, dentro de dos semanas —dijo papá, entusiasmado con el plan.

Nuestro viaje a la isla de los gatos ya tenía fecha.

Por suerte, el día de nuestra partida lucía el sol.

Tomamos el primer avión de la mañana desde Naha hasta la isla de Ishigaki, y en el aeropuerto subimos a un autobús para hacer un trayecto de media hora hasta la terminal de ferris. Como se había encargado Haruko de organizar el viaje, las conexiones fueron exactas y tres horas después de salir de casa ya estábamos a bordo del barco que nos llevaría a la isla de los gatos.

El color del mar de Okinawa también mostraba aquel día un azul turquesa que parecía falso, como siempre. Lo que más me había sorprendido desde mi llegada a Okinawa fueron todos esos puertos bañados de aguas turquesas, mucho más que las vistosas flores del trópico o el espléndido sol.

El mar que bañaba cualquier pequeño puerto pesquero era de un azul vivo, como si hubieran diluido pintura en él, como si los niños se dedicasen alegremente a pintarlo desde la costa hasta alta mar.

El de Ishigaki era parecido. El ferri rápido rebotaba sobre la superficie azul turquesa como una piedra plana lanzada por una hábil mano. El trayecto hasta la isla de Taketomi apenas duró diez minutos.

Papá ya había disparado su cámara en varias ocasiones antes de

subir al barco porque, según él, podía necesitar fotos del paisaje.

Atracamos en la isla y todos los pasajeros descendimos ruidosamente. Al salir del edificio del puerto, a los demás les esperaban varias furgonetas y unos cuantos coches. Acudían a buscar a los clientes de los hoteles de la isla. Como era pequeña, apenas nueve kilómetros de perímetro, no había taxis disponibles. Mejor dicho, en la isla no había taxis.

Cada cual se subió al vehículo que le correspondía, pero nosotros esperamos a que papá hiciera sus fotos.

—¿Dónde están todos esos gatos? —le pregunté a Haruko mientras aguardábamos bajo una sombra a que terminase.

Me había imaginado a toda una fila de gatos alineados en el puerto, reunidos allí para darnos la bienvenida, y no pude evitar cierta decepción.

—Hay muchos en el pueblo y cerca de la playa. Esto solo es un lugar de paso, por eso no hay ninguno.

Lo que significaba que allí no iban a obtener nada de los numerosos turistas.

Al cabo de cinco minutos, el ferri ya había cargado un nuevo pasaje y dejaba la isla, y cuando mi padre le sacó una foto, ya en el mar, un coche se detuvo junto a la parada del minibús. Haruko agitó la mano.

—Pedí que un coche viniera a recogernos justo cuando Katsu-san terminara de hacer sus fotos.

Su cálculo del tiempo resultaba verdaderamente admirable. Antes de casarse, había trabajado como guía de mi padre en sus frecuentes viajes a Okinawa.

El trayecto desde el puerto hasta el centro de la isla apenas era de dos o tres minutos. No nos cruzamos con ningún otro vehículo.

La carretera asfaltada terminó en un punto determinado y el coche continuó por una pista de arena. Las calles del pueblo no estaban asfaltadas y la arena blanca serpenteaba entre las casas bajas rodeadas de muros de piedra. Todas tenían el típico tejado de tejas rojas característico de Okinawa, rematados con sus *shisa,* los leones guardianes.

El coche se detuvo frente a una casa pequeña donde había uno de

esos leones con una cara particularmente graciosa.

—¡Qué bien! Cuánto me alegro de que hayas elegido este sitio —dijo mi padre muy contento—. La primera vez que Haruko trabajó conmigo de guía me alojé aquí.

—Pues parece una casa normal y corriente… ¿Es una pensión?

Para ser una pensión resultaba demasiado pequeña, con capacidad máxima para una sola familia.

—El dueño de la casa es de la isla —explicó Haruko—, y la alquila porque la tiene vacía. Según él, es bueno que duerma alguien en ella de vez en cuando. Imagínate que es una cabaña.

Se trataba, por tanto, de un conocido de Haruko.

Mi padre bajó entusiasmado del coche y ayudó al conductor a sacar el equipaje. Como llevaba material fotográfico arrastrábamos muchos más bultos de los que habría necesitado una familia normal para una estancia de dos noches.

Haruko entró en el jardín tapizado de césped y metió la mano en un hueco del muro de piedra, del que sacó una llave en un llavero de madera. Esa forma de entregar las llaves me sorprendió mucho. Haruko se rio.

—Si el dueño puede venir la trae él, pero si está ocupado lo hacemos así.

—¿No pasa nada? ¿En la isla a nadie le preocupa eso?

No sabía bien cómo expresarlo, pero me refería a la seguridad.

—No hay problema —repuso ella.

En verdad, no parecía que nadie fuera a tomarse la molestia de ir hasta Taketomi para robar no se sabía qué.

Nada más entrar en la casa me hice una idea exacta de la distribución: tres cuartos pequeños de tatami, una cocina y el baño al fondo. Nada más. El tamaño justo para una familia. Me pregunté si la última vez que mi padre había estado allí habían dormido juntos. Creía recordar que la primera ocasión en que trabajó en Okinawa fue seis meses después de que muriera mi madre.

Haruko sonrió y me susurró al oído:

—La última vez que tu padre vino aquí, yo me alojé en casa de una amiga.

—Ah —dije, y me fui a ayudar a mi padre a meter las cosas. El coche ya se había marchado—. ¿Hiciste fotos a los gatos la última vez?

—No eran el objetivo del trabajo.

Al parecer, sacó fotos del paisaje para ilustrar una guía de viaje; los gatos no tenían ninguna relevancia.

En el suelo había tres futones doblados que debían de haber metido en una secadora especial porque se veían muy mullidos.

—¡Ay! Es la primera vez que vamos a dormir los tres juntos.

Cuando a mi padre le daba por decir cosas así, no podía evitar sentirme confundido. En ese caso, no estaba seguro de si quería o no que durmiésemos juntos, por consideración a mi madre difunta. No entendía por qué no podía callarse en tales situaciones y, sencillamente, no decir nada.

—Es una habitación muy agradable porque está orientada al este y entra el sol de la mañana. Casi dan ganas de despertarse pronto, ¿verdad?

El comentario de Haruko despejó mis preocupaciones por la organización nocturna. Casi deseaba que fuera ya por la mañana para despertarme.

—Tengo todo lo que necesito, así que prepararé algo rápido para comer, ¿de acuerdo?

La nevera y los armarios de la cocina estaban llenos de comida. Al parecer, el sistema consistía en que el dueño se hacía cargo de proveer la casa y cada cual hacía uso de lo que le conviniera. Lo mismo pasaba con las toallas del baño, el jabón y los productos de limpieza. Todo lo necesario para la vida. Como si estuviéramos en casa de un familiar, vamos.

—Mientras tanto, voy a alquilar unas bicicletas.

Al parecer, el único medio de transporte en la isla para los turistas consistía en caminar o en ir en bicicleta. Una llamada bastaba para que las llevaran a casa, pero mi padre quería dar un paseo porque estaba muy cerca.

—¿No te dejas aquí la cámara? —le preguntó Haruko—. Voy a preparar *somen chanpuru*, no tardaré nada.

—No te preocupes. Vuelvo enseguida.

Papá se colgó la cámara al hombro y se marchó.

—Deberíamos contar con que tardará media hora como poco, ¿no crees?

La previsión de Haruko sonaba muy aproximada. Para él, treinta minutos era casi darse prisa.

—Oye, Ryo, ¿por qué no te vas a dar una vuelta también?

—Me gustaría dormir un poco.

Habíamos madrugado mucho, tenía sueño y la tumbona del jardín me atraía.

—¿Puedo usar la tumbona del jardín?

—Por supuesto.

Salí y me tumbé, pero enseguida me levanté. El sol en lo alto del cielo me cegaba. Cambié de sitio la hamaca y la inclinación del respaldo buscando la mejor posición para dormir. Cuando al fin la encontré, me di cuenta de que alguien me observaba desde la puerta del jardín. Era una mujer mayor, una anciana completamente encorvada. «Será una vecina», pensé. No me quitaba el ojo de encima y empecé a sentirme incómodo.

—Disculpe, ¿puedo ayudarla en algo? —le dije levantándome para acercarme a ella.

Cuando la tuve enfrente, me asusté. El ojo derecho lo tenía todo blanco, como si estuviera nublado. Debió de darse cuenta de mi perplejidad porque enseguida se llevó una mano al ojo.

—Siento haberte asustado —dijo.

—No se preocupe.

A pesar de mi respuesta, el susto ya me lo había llevado.

—De niña sufrí una enfermedad —explicó.

Visto más de cerca, en efecto, no parecía un problema de la edad. Debía de ser tuerta desde joven, y pensé que le habría resultado muy duro.

—¿Eres el hijo de esas personas?

Me pregunté si con «esas personas» se refería a mi padre y a Haruko. Lo más sencillo habría sido responder que sí, pero como ella había dado a entender que mi edad no cuadraba, decidí explicarle en

detalle la situación. Quizá ya los conociese.

—El hombre es mi padre.

—Ya me parecía a mí... Aunque te hubieran tenido muy jóvenes seguirías siendo demasiado mayor.

Como había supuesto, la anciana los conocía.

—Así que conoce a mi padre y a Haruko.

—Más o menos —respondió ella de un modo ambiguo—. ¿Sois felices?

Aquello me pilló desprevenido y no supe qué contestar. De entrada, no tenía claro a quién iba dirigida la pregunta.

—Haruko está preparando la comida y mi padre ha ido a alquilar unas bicis...

Mi respuesta sonaba extraña, como si le contase un cuento muy antiguo: «El abuelo fue a recoger leña a la montaña y la abuela, a lavar la ropa al río...», o una cosa por el estilo. Si mencioné a Haruko en primer lugar fue porque estaba en casa y pensé que a lo mejor debía ir a llamarla. La mujer entornó los ojos. Su sonrisa quedó sepultada entre las arrugas y tardé un tiempo en interpretar su gesto.

—Me alegro de que seáis felices —dijo, a pesar de que yo no había dicho eso—. Estaba preocupada por ellos.

—Haruko está en casa. ¿Quiere que la llame?

Agitó la mano y echó a andar. Como yo no sabía qué hacer, me despedí sin más.

Volví a mi tumbona estratégicamente colocada y me dejé caer en ella. Mi padre regresó poco después.

—Hola, Ryo. Te veo muy relajado.

—¡Papá! Si hubieras llegado un momento antes podrías haber saludado a una conocida.

—¿Una conocida?

—Sí, una mujer mayor.

Como no me pareció oportuno hablarle de la nube en su ojo derecho, me limité a decir que tenía un ojo malo. A pesar de las indicaciones, él no sabía de quién le hablaba.

—Tal vez sea conocida de Haruko.

Ladeó la cabeza con aire perplejo y entró en casa. Lo seguí.

—Habéis llegado en el momento justo —nos saludó Haruko desde la cocina—. Enseguida termino.

Toda la casa olía a aceite de sésamo.

—Ha venido a verte una señora que te conocía —le dije—. Una anciana.

—¿Una anciana? No me suena. No sé quién puede ser.

—Tiene un ojo malo —le expliqué, pero la información no sirvió para aclarar el enigma.

—Eso no es algo tan raro.

—Bueno, imagino que ya vendrá en otro momento. No creo que viva muy lejos.

—Puede ser —dijo ella.

Llevaba un plato de *somen chanpuru* en cada mano. Dejó uno delante de mi padre, otro delante de mí y yo me ocupé de servirle a ella.

—Ya que te sobraba una mano, podrías haber traído también los palillos —se enfurruñó mi padre mientras se levantaba.

Cuando él se sentó con los tres pares de palillos desechables, fue Haruko quien protestó:

—¡Si te sobraba una mano, podrías haber traído el té!

Como a ella no le sobraba ninguna mano cargada con sendos vasos, me levanté a por el que faltaba.

—¿No hay una bandeja en alguna parte? —preguntó mi padre, incómodo por su escasa contribución.

—Pues no. Hay de todo, pero eso precisamente no. Se lo diré al dueño. Así les ahorrará muchos paseos a sus clientes.

El *somen chanpuru* llevaba atún, cebolla y zanahorias. Sabía a la comida de Haruko, a pesar de haberla preparado en la cocina de otra persona. Estaba riquísimo, pero aun así mi padre comentó:

—Ya que tenías pensado cocinar esto, me hubiera gustado que hicieses también *shimarakyo*, esas cebolletas típicas de aquí.

Últimamente Haruko se había inventado un plato a base de cebolleta salteada con beicon y tallarines. Los tallarines eran su fuerte, ya se tratase de *somen* a secas, *somen chanpuru*, espaguetis o *yakisoba*.

—Pues si estás dispuesto a ir a comprar a Ishigaki te lo prepararé encantada —repuso ella en tono burlón.

En toda la isla de Taketomi no había un solo supermercado y para ir a la compra había que tomar el barco hasta Ishigaki.

—Está buenísimo. Calla y come —dije.

Los comentarios de mi padre y los míos eran justo lo contrario de lo que correspondía a un adulto y a un niño. Era habitual en nosotros, una discordancia que le hacía mucha gracia a mi difunta madre. «Deberías aprender un poco de Ryo», le advertía siempre.

Esa tolerancia para aceptar de buen grado el carácter infantil de mi padre era un rasgo común de Haruko y mi madre. O, dicho de otro modo, una mujer sin ese grado de tolerancia jamás soportaría ser la esposa de un hombre como mi padre.

Haruko se lo tomó a broma, pero de haberse tratado de mi madre, que era profesora de colegio, a buen seguro lo habría tildado de caprichoso. Me percataba de que no eran muy distintas, lo cual me daba la clave para entender por qué me sentía incapaz de llamarla «mamá».

Mi madre y Haruko se parecían en otras cosas: en su calidez, en su forma de demostrar el cariño, en su generosidad. Si hubiesen tenido personalidades completamente diferentes, habría aceptado a Haruko enseguida, aunque me fuese imposible abrirle mi corazón, pero se parecían y, en cierto sentido, Haruko era una réplica de mi madre. Al menos en ese sentido el gusto de mi padre no había cambiado.

Precisamente por el hecho de parecerse, cuando estaba a punto de decir «mamá» me asaltaban la confusión y las dudas.

Mientras comíamos, llegó un camión pequeño con tres bicis rojas. Haruko, que debía de conocer al conductor, salió a firmar el documento de entrega.

Después de comer, fuimos en busca de los gatos. No había tiempo que perder.

—¿No deberíamos llevar algo de comida? —se me ocurrió justo antes de marcharnos.

—¡Buena idea! —exclamó mi padre.

No parecía confiar lo suficiente en ganarse el cariño espontáneo de

los gatos. En la despensa preparada por el dueño de la casa no había comida para gatos, como es lógico, así que rebuscamos algo que les pudiera gustar. Nos decidimos por un *chikuwa*, una pasta de pescado, y un poco de queso. Haruko lo guardó en una bolsa de plástico, nos montamos en las bicis y emprendimos nuestra pequeña expedición.

—Ten cuidado con las ruedas porque se traban en la arena. No te caigas.

Mi padre me advertía a mí, pero era él, con un bolso grande lleno de material fotográfico colgado al hombro y la cámara al cuello, quien tenía más posibilidades de acabar por el suelo en cualquier momento.

La calle estaba recubierta por una arena gruesa que impedía avanzar con facilidad. Las ruedas se desviaban a derecha e izquierda como si tuvieran voluntad propia y había que pedalear despacio; íbamos dejando unas marcas bien visibles. Nos dirigíamos a una playa en concreto donde se concentraban una gran cantidad de gatos, a unos cinco minutos de la casa donde nos alojábamos. En cuanto salimos del pueblo, la calle de arena blanca se transformó en una carretera asfaltada que daba la vuelta completa a la isla. De todos modos, el asfalto estaba muy deteriorado, con baches y malas hierbas por todas partes.

Tuvimos que bajar por un estrecho sendero de arena bien pisada al final del cual se atisbaba el mar azul turquesa. Dejamos las bicis en una pequeña glorieta, muy cerca del agua, donde se intuían las numerosas sombras de animales pequeños. Debían de ser al menos veinte. Cachorros, gatos adultos, viejos, había de todo. No eran veinte, sino más de treinta, como poco.

—¡Ahí están!

Papá se precipitó hacia ellos. Los animales, que descansaban plácidamente a la sombra, en cuanto vieron aparecer a aquel hombre entusiasta que invadía su espacio íntimo, escaparon espantados, de tal manera que a su alrededor quedó una zona libre de gatos. Ya diera un paso hacia delante o hacia un lado, el espacio vacío se desplazaba con él.

—Fíjate, huyen de él.

Cuando Haruko y yo nos acercamos poco a poco, ninguno se tomó

la molestia siquiera de mover los bigotes. Ella acarició a uno blanco y negro que estaba sentado en un banco y el animal agitó la cola.

—Eso es justo lo que quiero, que parezca natural, como si nada —dijo mi padre.

—Pues adelante —repuso riendo Haruko.

Mi padre alargó la mano para acariciar a ese mismo gato blanco y negro, que frunció el ceño, apartó la cabeza y se marchó de un salto.

—¿Lo ves? No sé por qué, pero siempre reaccionan igual conmigo.

No era difícil entender que rechazaban su ansiedad por acariciarlos.

—Pero hoy tengo un arma secreta —anunció.

Sacó la bolsa de comida. La idea de llevarla había sido mía, el contenido lo había decidido Haruko, pero quien iba a usarla sería mi padre. No tenía el más mínimo reparo en apuntarse un tanto que no era suyo. Mejor dicho, ni siquiera tenía la conciencia de estar haciéndolo. Una actitud característica de los niños.

—¿Cómo? ¿Se lo vas a dar aquí? —le preguntó Haruko parpadeando rápido, muy extrañada.

—¿Dónde si no? ¡Mirad, gatitos, qué comida más rica!

Abrió ruidosamente la bolsa de plástico y todos los gatos que rondaban por allí movieron las orejas. Todas las miradas se concentraron en la mano de mi padre, y desde la distancia fueron acercándose a él lentamente. Paso a paso, en silencio, formaron un círculo a su alrededor. Me acerqué a Haruko porque la tensión que se respiraba me aterrorizó. Los gatos lo rodeaban y ninguno de ellos pedía comida con la dulzura habitual con que suelen hacerlo.

—Esta situación la he visto en otro sitio. ¡Ah, sí!, ya me acuerdo. En un documental de animales salvajes. Los animales que cazan en grupo actúan de un modo parecido...

—¡Ja, ja, ja! —Él se rio para restar dramatismo al asunto—. Pero si solo son gatos... ¡Mira qué bonitos! ¡Mira cómo les atrae la comida!

Su aire triunfal e inocente con la bolsa en la mano había provocado, en efecto, una reacción espontánea del grupo. Se le acercaron desde todas partes, pero ni uno solo emitió un maullido, únicamente fue acumulándose una presión silenciosa que, más bien, exigía la entrega del alimento.

—¡Pero…! —Aterrorizado, a mi padre se le cayó el *chikuwa*.

Sin dejar que llegase a tocar el suelo, los gatos se lanzaron a por el pedazo de comida, que desapareció en un santiamén en la boca del más rápido de todos. En cualquier caso, los animales volvieron a rodearle. La zona libre de gatos se había convertido ahora en otra cosa. Si daba un paso en una dirección le cerraban la vía de escape de inmediato. Uno de los más valientes empezó a mostrarse impaciente porque mi padre se había quedado paralizado al ver lo que ocurría a su alrededor y ni siquiera era capaz de echarles la comida que quedaba en la bolsa. El gato estiró la pata y le dio un zarpazo en la mano. Otro más se lanzó directamente a por la bolsa. La atmósfera adquirió tintes diabólicos.

—¡Haruko! ¡Me atacan!

—¡Claro, son animales salvajes!

—¡Fuera, fuera! —gritaba él mientras arrojaba la comida lo más lejos posible.

El asedio concluyó tan pronto como los animales más impacientes se dispersaron a la captura de un bocado, pero hubo otros que, dotados de una mayor visión de futuro, anticiparon que podía haber más y cerraron el círculo en torno a él. Las fieras acechaban a su presa.

—¡Ay!

Otro gato le dio un zarpazo y, sin que mi padre lo viera venir, le arrebató la bolsa de las manos. La comida se esparció por el suelo y los animales se afanaron en pos de su recompensa. La jauría carnívora rugió, se desató una pelea en toda regla por la supervivencia. Un ejemplar grande y marrón con rayas, sin duda el líder del grupo, tragaba a bocados cuanto podía sin dejar de amenazar a todos los demás.

—¡Oye, tú, que ya has comido suficiente! Déjale un poco a ese pequeño de ahí.

Mi padre quiso mediar en el conflicto, con el único resultado de llevarse un nuevo zarpazo en la mano derecha con la que trataba de ahuyentarle. La locura felina se centró en dar cuenta de la comida lo antes posible y, una vez logrado el objetivo, retirarse a sus lugares de descanso.

A resultas del tumulto, perdimos toda la comida y mi padre ni siquiera tuvo la oportunidad de preparar la cámara.

—¡Malditos gatos! —les gritaba a distancia.

—¿No decías que eran una monada? —El tono burlón de Haruko solo sirvió para acrecentar su mal humor.

—¡Esos no son gatos, son fieras!

—Es la lucha por la supervivencia. La gente de la isla les da de comer, pero no lo suficiente, seguro, y solo prosperan los más fuertes.

—Ese maldito jefe sabe arreglárselas. ¿Por qué no comparte un poco con los pequeños?

—¿Pretendes aplicar la razón al mundo salvaje? —intervine.

Hasta un niño como yo era capaz de entender sin dificultad que tal cosa era imposible.

—Podrías haberme advertido de lo feroces que eran.

Ahora los reproches se dirigían a Haruko.

—Jamás creí que se te ocurriría darles de comer aquí mismo. Pensé que buscarías un grupo más reducido o a un solo gato. —Su extrañeza era normal, porque no era difícil imaginar la bacanal que se desataría después de sacar la bolsa de comida—. No me has preguntado —le reprochó ella.

—Da igual —respondió él como si fuera un niño enrabietado—. Puedo hacerles fotos sin necesidad de ganármelos con comida. Soy un profesional y además tengo un teleobjetivo. —Cambió la lente de la cámara, pero antes, eso sí, buscó la seguridad de un banco alejado del lugar para no convertirse en una presa.

Cuando empezó a sacar fotos, tanto él como los gatos se mostraron muy profesionales. Me refiero a mi padre como fotógrafo y a los gatos como profesionales de la libertad. Se concentró en la cámara y sus ansias por acercarse desaparecieron. Los gatos se olvidaron de él y actuaron despreocupadamente. Con las cámaras digitales de hoy en día se pueden disparar tantas fotos como se quiera y elegir después las mejores, pero por entonces todavía se usaban cámaras analógicas con carrete y no se veían los resultados hasta que se revelaban. El proceso

era costoso y había que ahorrarse pruebas demasiado caras. La destreza de un profesional se notaba en la elección del instante, en no dejar que se le escapara.

Cada cierto tiempo se oía el ruido del disparador, lo cual demostraba que había encontrado la inspiración, si bien no tardó en decir:

—Me gustaría un poco más de movimiento.

Cuando están a su aire, los gatos se pasan las horas muertas tumbados y no se molestan en hacer nada interesante. Con el teleobjetivo siguió a unos cuantos pequeños que jugueteaban de camino a la playa. En la glorieta la calma parecía no tener fin.

—Escucha, Ryo. ¿Por qué no te haces pasar por un niño de la isla y juegas con ellos?

—¡No quiero! Las fotos saldrán en una revista.

Para un niño interesado en llamar la atención habría sido una oportunidad única, pero no era mi caso, yo no tenía intención de aparecer en ninguna parte.

—No elijo yo las fotos. Eso es cosa del editor y no puedo saber cuáles publicará.

—Me da igual, no quiero. Además, sería mentira porque no soy de la isla.

—Bueno, pues actúa como un turista.

—¡No, no y no!

Nuestro toma y daca no nos impidió oír un aleteo proveniente de la playa. Nos dimos media vuelta.

—¡Válgame el cielo! —gritó Haruko.

Se trataba de los gatitos que acababan de ir a la playa. Una bandada de cuervos se había lanzado sobre ellos, en concreto sobre el más rezagado, al que intentaban dar caza a picotazos.

—¡Largo de aquí!

Mi padre soltó la cámara de cualquier manera y echó a correr hacia la playa. Era evidente que su capacidad de reacción era muy superior a la de nosotros dos. Haruko lo siguió. Desaparecieron dejando tras de sí la cámara con todo el material fotográfico. Me quedé para vigilar, pues la cámara era un verdadero tesoro para mi padre. Por mucho que

se tratase de una isla pequeña alguien podía estar observando la situación.

—¡Aaaah! —gritó mi padre cuando los cuervos se abalanzaron sobre él.

—¡Aguanta, Katsu!

Haruko se esforzaba por ayudarle, hacía aspavientos con los brazos, pero los cuervos no se dejaban intimidar, quizá se mostraban más audaces y agresivos por haber visto frustrada su caza o por no poder superar ese obstáculo que los alejaba de sus presas.

—No han cambiado, ¿no te parece?

Al oír una voz a mis espaldas, me volví. Se trataba de la misma anciana de antes. En la playa luminosa, su ojo derecho nublado destacaba aún más.

—¿No han cambiado?

—Cuando estuvieron aquí la última vez hicieron lo mismo. Se afanaron desesperadamente por salvar lo que no merecía la pena.

—¿Esos gatos no merecen la pena...?

¿No estaba en la naturaleza humana salvar a un gatito indefenso del despiadado ataque de unos cuervos?

—Primero acaban con los débiles. Así son las cosas.

Las palabras de la anciana sonaban gélidas, pero por alguna razón no me resultaban crueles.

—Si los débiles no mueren, terminamos en un callejón sin salida.

¿Un callejón sin salida? ¿A qué se refería exactamente? No me atreví a preguntárselo porque intuía una respuesta terrible y desoladora.

—¿La última vez que estuvieron aquí también salvaron a un gatito?

—No. Era un gato grande. Ya había vivido lo suficiente y habrían podido dejarlo morir.

—¡Malditos! —exclamó mi padre desde la playa mientras lanzaba arena a los cuervos—. ¡Ryo! ¡Piedras! ¡Trae piedras!

—¿Qué?

Eché un vistazo a mi alrededor. No vi ninguna lo suficientemente grande.

—Allí encontrarás —dijo la anciana señalando unos matorrales.

Dudé. Me interesaba lo que contaba aquella mujer que se expresaba con palabras tan frías y desprovistas de sentimiento, saber más sobre mi padre y Haruko, cuándo se conocieron, cuándo salvaron a ese gato grande que había vivido una vida larga y cuya muerte no habría supuesto ningún drama.

—Anda, ve —dijo la anciana—. Si quieres saber más, sal al jardín esta noche a mirar las estrellas. Me gusta pasear por allí.

Los cuervos terminaron por resignarse ante la desventajosa situación y no me hizo falta llevar las piedras.

—Les he salvado la vida y ni siquiera me lo agradecen —se quejó papá.

En cuanto los cuervos desaparecieron, los gatitos regresaron a la glorieta.

—Qué le vamos a hacer. Son gatos salvajes —los disculpó Haruko sonriendo.

—Sí, salvajes —intervine casi involuntariamente—. Casi no merece la pena salvarlos.

Las palabras de la abuela ejercían su influencia en mí, sin duda: «Si los débiles no mueren, terminamos en un callejón sin salida».

—Puede que tengas razón —dijo Haruko sin perder la sonrisa—, pero el hecho de estar aquí en este momento también forma parte del proceso natural.

—¡Eso es! —intervino mi padre—. El gatito ha tenido suerte. Se salvan cuando tienen suerte y se mueren cuando no. Así son las cosas. ¿No te parece horrible quedarte de brazos cruzados mientras unos cuervos matan a picotazos a un gatito? ¡Y encima durante un viaje familiar!

—¿No era un viaje de trabajo, para hacer fotos? —protesté.

—Es un viaje familiar que he pagado de mi bolsillo, así que lo que hagamos o dejemos de hacer depende únicamente de mi voluntad.

El gatito afortunado se había mezclado con el resto del grupo y resultaba imposible distinguirlo. Sin duda, había días en que los cuervos tenían mala suerte y buena suerte los gatos, pero una cosa era segura: aquel día el gatito había vuelto a nacer. Era un razonamiento tan convincente como irrefutable. Mi padre y Haruko vivían según esa

lógica. No sabía por qué, pero por alguna razón se me ocurrió pensar eso.

Mi padre se empeñó en no moverse de la playa hasta el atardecer. De vez en cuando aparecían algunos turistas que se convertían en presas de los gatos, como le había pasado a él. También estallaban inesperadas peleas sin motivo aparente. Él aprovechaba esos momentos para disparar la cámara.

—Ese gato es muy torpe.

Señaló a un hermoso ejemplar atigrado con los ojos muy perfilados. No era tan pequeño como el gatito afortunado, pero tampoco formaba parte del grupo de adultos. Haruko calculó que tendría unos seis meses. Tanto ella como yo le habíamos echado el ojo hacía un rato. No ocupaba una posición dominante en el grupo y, cuando los turistas les daban comida, él siempre reculaba ante la amenaza de los demás. Aunque le cayera algo cerca, como era lento, los otros se lo arrebataban enseguida.

—Qué pena no tener nada más.

Mi padre observaba cómo los turistas seleccionaban a sus gatos favoritos. Echaban comida en alguna parte y mientras la mayoría se abalanzaba sobre ella, aprovechaban para acercarse a los que preferían. Les llevaban un bocado escondido en la mano, se agachaban y se lo ofrecían.

—Ese método me vendría bien para darle de comer a ese ejemplar tan torpe.

El sol se tiñó de naranja. Mi padre cambió el diafragma y trató de captar la imagen de algún gato en la playa al atardecer.

En ese instante descubrí algo extraordinario.

—Papá —susurré.

Enseguida se dio cuenta.

Un gato reculaba para esconderse entre la espesura de los arbustos. Entre las fauces llevaba un infortunado chorlito. Se ocultó deprisa para que los demás no se percataran y le arrebatasen la presa. Era el gato torpe y atigrado. Mi padre apretó entusiasmado el disparador. El

animal logró su objetivo y ocultó a su presa en la vegetación. Pobre chorlito. Qué mala suerte. En cualquier caso, el gato había demostrado su audacia como cazador. Ese día el pájaro había tenido la mala fortuna de llamar su atención.

—¿Qué esperabas? Al fin y al cabo, es un gato salvaje —murmuró mi padre.

Tener suerte y no tener suerte. La cuestión de la habilidad. Todo eso entremezclado determinaba quién sobrevivía y quién no en aquel pequeño reino salvaje junto al pueblo. Mi padre bajó la cámara.

—¿Nos vamos?

Ya no tenía sentido seguir allí. Había logrado la mejor foto del día. De regreso nos cruzamos con algunos gatos más, pero ya no se tomó la molestia de sacar la cámara.

Con lo que había en el frigorífico, Haruko preparó tofu *chanpuru* y papaya *irichi*.

—Ryo, ¿quieres bañarte tú primero? —me preguntó mientras recogía los platos.

—Prefiero más tarde. ¿Puedo salir un rato al jardín?

—Por la noche refresca.

—Me gustaría ver las estrellas. Seguro que el cielo es bonito de noche. Voy a echarme en una tumbona.

Haruko me dio una colcha para taparme.

—¡Qué envidia! Yo también salgo —dijo mi padre.

En el jardín había dos tumbonas, pero le dije que se bañase primero para que Haruko pudiera hacerlo lo antes posible.

Haruko solía bañarse siempre la última para vaciar la bañera y limpiarla después.

—Pero si me baño primero, luego me enfriaré. Quiero ver las estrellas.

«Papá, eres como un niño».

—Si te secas el pelo y te abrigas no pasará nada.

—Venga, yo te sacaré una cerveza después del baño —terció Haruko.

Gracias a ella, mi padre finalmente se quedó en casa. De haber salido conmigo me habría dado vergüenza preguntarle a la anciana por la historia de ambos. No sabía cuándo pasaría por allí, pero como la gente mayor suele acostarse pronto pensé que no tardaría. Debían de ser las ocho de la tarde. La hora perfecta para el paseo de una mujer de su edad. Si no la encontraba, sencillamente sería una cuestión de mala suerte.

Me tumbé y vi tan cerca las estrellas que casi me asusté. Parecían a punto de derrumbarse sobre mí. La luz de la entrada estaba encendida. Decidí apagarla y la cosa mejoró: ahora casi podía tocarlas con la mano. Volví a tumbarme con la sensación de ser el rey del mundo.

Me acordé de una canción típica de la fiesta de Tanabata, ese día en que se celebra el encuentro de dos estrellas que simbolizan el reencuentro de dos amantes una vez al año. La canción hablaba de las estrellas, del polvo dorado y plateado que esparcían en su tránsito celeste.

—Hola. Así que estás aquí… —La anciana había surgido de la nada.

—He pensado que le gustaba pasear a esta hora de la noche.

—Has acertado.

—Siéntese aquí, por favor.

Le acerqué la tumbona. Entró en el jardín y se sentó.

—Estaba hablándote de ellos dos, ¿verdad?

Me contó la historia de la primera vez que mi padre y Haruko fueron a la isla.



Por entonces, mi padre parecía haber perdido su espíritu en alguna parte, dijo la anciana. Haruko se preocupó por él desde el primer día. Era su primera visita a Okinawa y por desgracia llovía. Por si fuera poco, el mar estaba muy agitado, pero ella le propuso tomar algunas fotos de la isla bajo la tormenta y lo llevó a un lugar famoso por sus grandes olas. Esa parte de la historia me la conocía y por eso creía que

mi padre había disfrutado del viaje y ella se había llevado una buena impresión de él.

Pero la mujer negó con la cabeza.

—De eso nada —aclaró—. Tu padre tenía muy mal aspecto. Parecía como si se le hubiera caído su *mabui*, su espíritu.

«Caerse el *mabui*» es una expresión típica de Okinawa, donde creen que cuando uno se asusta mucho por algo o está estresado por alguna razón su espíritu se cae del cuerpo. En tal caso, no queda más remedio que recogerlo y volver a colocarlo en su sitio. Si uno deja al cuerpo sin espíritu, al final su ánimo decae, se encuentra mal y, en el peor de los casos, puede enfermar.

Yo sabía por qué se le había caído el *mabui* en aquel momento. Mi madre había muerto. Estaba desesperado. Para escapar de esa triste realidad había emprendido un viaje fotográfico por todo el país, y cuando se encontró con Haruko, imagino, su espíritu aún no había regresado a su cuerpo.

—Tu madre cuidó bien de él —dijo la anciana.

Me resultaba extraño que se refiriera a Haruko como a mi madre, pero no dije nada. Legalmente se había convertido en mi nueva madre, y lamentarme de mis complicados y contradictorios sentimientos una vez formalizaron su matrimonio me parecía que era empeñarme en una actitud infantil, y si actuaba de ese modo después no iba a poder reírme de mi padre por considerarlo un niño.

El cielo se despejó, siguió contándome la anciana, pero el mar seguía agitado como si anunciase la llegada de una nueva tormenta. Papá había renunciado a sacarle fotos porque estaba muy turbio y se dedicaba a los típicos tejados rojos de las casas de Okinawa.

Durante aquel viaje se alojó en la misma casa. Haruko se reprochaba no haberle hospedado en un hotel con media pensión y, quizá movida por ese sentimiento de culpa, le dijo que volvería después de cenar para que fueran a dar un paseo nocturno por la isla. Podía usar lo que quisiera de la cocina, le explicó, y si le daba pereza cocinar había fideos instantáneos.

Después de repetírselo varias veces, se marchó. Pero aun así estaba preocupada.

—Incluso me pidió a mí que me ocupase de él —dijo riendo la anciana.

Si se lo había dicho a la vecina era, sin duda, porque estaba muy preocupada.

Al final regresó antes de lo previsto con unas fiambreras con comida. Las luces de la casa estaban encendidas, la puerta abierta. Sin embargo, mi padre no estaba. Desde la puerta, lo llamó por su apellido: «¡Señor Sakamoto!». Cuando entró, se encontró una nota en el salón: «He salido a ver el mar».

Justo al lado, la guía de viaje estaba abierta por la página del muelle del oeste. Haruko guardó la comida en la nevera y esperó. Cuando el reloj marcó la hora en que se habían citado, él seguía sin aparecer.

Decidió acercarse al muelle.

—Fui tras ella —dijo la anciana—, porque no solía tomarse todas esas molestias por los demás.

El muelle estaba a oscuras. La intención de mi padre era ver el mar, pero desde allí no se veía nada. Estaba completamente negro y apenas se distinguían bajo la luna las violentas salpicaduras de las olas al romper contra el muelle.

Mi padre estaba sentado cerca de allí. Parecía distraído. Haruko, aliviada, se acercó a él.

—Señor Sakamoto —lo llamó.

Él alzó la mirada. Ella se quedó petrificada. Tenía los ojos llenos de lágrimas, que se enjugó como pudo un tanto aturdido, disculpándose.

—Estaba pensando en mi difunta esposa —le explicó. Se sonó y se disculpó de nuevo por su mal aspecto—. Ya ha pasado tiempo, lo sé, pero aun así…

Lo único que Haruko podía hacer era quedarse allí sin moverse y en silencio.

—Mi hijo soporta su pérdida mejor que yo. Es más fuerte. Realmente soy…

De manera impulsiva, Haruko susurró que tenía que haber sido muy duro para él. Mi padre no aguantó más y rompió en sollozos. Ella se agachó junto a él y le acarició la espalda. Fue un gesto espontáneo,

como si cuidase de un herido. Si alguien resulta herido, lo más natural del mundo para quien está cerca es ayudar. Papá no dejaba de gemir y ella estuvo a su lado hasta que las lágrimas remitieron.

—Le espero en la casa —le dijo—. Tómese el tiempo necesario.

Papá se rindió de nuevo al llanto.

Pasó el tiempo y papá seguía sin dar señales de vida. Haruko lo esperó casi una hora antes de volver a buscarlo. Estaba muy preocupada por aquel dolor que tanto lo afligía.

Cuando llegó, se lo encontró en la playa de pie, inmóvil. Miraba fijamente el mar cuando, de pronto, corrió hacia las olas. Ella trató de gritar su nombre, pero la voz se le quebró. Se precipitó detrás de él. Papá luchaba contra las olas para abrirse paso mar adentro.

—¡Señor Sakamoto!

Papá luchaba, golpeaba furioso las olas hasta que Haruko lo alcanzó. Por fortuna, en ese punto las aguas eran someras y solo cubrían hasta el pecho.

—¡Vuelva! —le gritó, pero el viento se llevó sus palabras.

Las olas empezaron a golpear con fuerza también a Haruko, pero aun así logró abrazarse a su cuello.

—¡Piense en su hijo antes de reunirse con ella!

—¡Déjeme! ¡Déjeme seguir...!

—¡No!

—¡El gato! —gritó él—. ¡Se va a ahogar!

Haruko miró como buenamente pudo al lugar que señalaba, donde las olas chocaban contra el muelle de hormigón y se rompían en mil salpicaduras por los aires. En efecto, un gato flotaba en el agua. Mitad vadeando, mitad nadando, Haruko y mi padre se las arreglaron para llegar hasta el animal. Las olas se encargaron de devolverlos a la playa.

—No tiene buen aspecto —dijo mi padre con el gato empapado entre los brazos. Estaba inmóvil, con los ojos cerrados.

—Debe haber tragado un montón de agua.

—¿Cómo se le practica la reanimación a un gato? —preguntó mi

padre antes de agarrarlo por las patas traseras, colgarlo boca abajo y darle una fuerte sacudida.

—¡Así no! —le gritó Haruko—. Cuando un niño se atraganta con un caramelo se le agarra por detrás y se presiona varias veces a la altura del diafragma, entre los omóplatos. Si se hace bien, lo expulsa enseguida.

El caso fue que la maniobra de emergencia dio resultado y el gato empezó a vomitar hasta quedarse exhausto por el esfuerzo.

—Llevémoslo a casa.

—Buena idea. Aquí hace frío.

De regreso le dieron un baño caliente para hacerle entrar en calor y le secaron con una toalla y con el secador. Después, le prepararon una cama improvisada en una caja de cartón y lo acostaron. Era el momento de bañarse ellos también. Papá rebuscó en los armarios de la casa hasta encontrar un par de pijamas. Le dio uno a Haruko.

Cuando se cambiaron y el gato dejó de parecer el superviviente de un naufragio para convertirse en un animal dormido, llegó la hora de poner punto y final a la agitada noche.

—Hum... —murmuró Haruko con aire perplejo—. He malinterpretado por completo lo que ocurría.

—No se preocupe. No pasa nada —dijo mi padre también a modo de disculpa—. Es lógico después de haber visto llorar de esa manera a un hombre adulto, y más aún si se mete en el mar. —Echó un vistazo a la caja de cartón—. Ese gato tiene algún problema en los ojos.

—Sí. Imagino que vivirá cerca de aquí.

—Me siguió mientras caminaba por el muelle, y cuando me calmé se puso a deambular. Supongo que perdió el equilibrio y se cayó al agua.

—Es culpa mía. No debería haberle dejado —dijo Haruko.

—No, es culpa mía. De veras, me seguía.

—No, yo soy responsable.

Discutieron un rato sin llegar a un acuerdo, hasta que al final se miraron y soltaron una carcajada.

—¿Qué hacemos con nuestra excursión nocturna? —preguntó Haruko.

—Dejémoslo para la siguiente ocasión —propuso papá—. Estaré encantado de ir con usted y traeré a mi hijo conmigo.

—Por supuesto, será un placer. Espero tener la oportunidad de hacerlo pronto. Le he dejado en la nevera algo de comida —le dijo antes de marcharse.

A pesar del tumulto que acababan de vivir, ella seguía preocupada por su cena.



—Vaya gato más torpe. ¡Mira que tropezar y caerse al mar! Eso es que le había llegado su momento. —La anciana se mostraba implacable con los gatos.

—Tuvo suerte —dije siguiendo la línea argumental de mi padre y Haruko—. Fue una suerte que estuvieran allí.

Un reino salvaje justo al lado de un pequeño pueblo habitado por personas. Los vecinos podrían dejarse caer por allí más a menudo, pensé, para intervenir un poco.

—Suerte… Sí, podría llamarse suerte —aceptó ella con una sonrisilla —. Al parecer tanta conmoción sirvió para que tu padre recuperase su *mabui*. Si haces el bien a alguien obtendrás el bien. El que da, recibe.

En esa ocasión no se trataba de hacer el bien a las personas, sino a un gato. La anciana se levantó.

—¿Quiere que llame a mi padre y a Haruko?

—No es necesario. Debo regresar. No quiero que mi familia se preocupe. —Se dirigió a paso lento hacia la cancela del jardín. Antes de salir se volvió hacia mí—. ¿En algún momento vas a llamarla «mamá»?

—¿Qué?

—Imagino que está esperándolo.

Yo sabía que mi padre quería que lo hiciera.

—Es una persona paciente. No va a presionarte.

—¿Cómo? —pregunté de nuevo. «Paciente» era una palabra que no se ajustaba en absoluto al carácter de mi padre—. ¿Se refiere usted a

Haruko?

La anciana no contestó y se marchó.

Me quedé allí plantado y justo en ese momento Haruko apareció en la entrada de la casa.

—Ryo, ven a bañarte.

Mi padre salió tras ella.

—Te toca —dijo con el pelo seco y una cerveza en la mano—. ¡Uy, mira qué tumbona! Es la cama de un rey.

Estaba de buen humor. Yo había pensado lo mismo de la tumbona.

Al día siguiente fuimos a dar una vuelta por la isla en busca de gatos. En una playa con granos de arena en forma de diminutas estrellas, encontramos una buena cantidad de ellos y mi padre aprovechó para hacerles retratos desde distintos ángulos. Después jugamos a ver quién recolectaba más estrellitas de arena y, como de costumbre, él se lo tomó más a pecho que nadie.

Por la noche dimos otro paseo. Nos acercamos a la playa del primer día, donde numerosos gatos se solazaban cada cual a su manera bañados por la luna.

—Es una escena muy poco habitual —dijo mi padre montando el trípode a toda prisa para disparar con una velocidad de obturación lenta.

Si la obturación es prolongada, la cámara logra atrapar poca luz y la imagen que resulta es muy especial. Al no contar más que con el resplandor de la luna y las estrellas, le dio mucho más tiempo de lo que habría necesitado en una ciudad: unos veinte segundos. Cuando apagó la cámara nos pusimos a contemplar a todos aquellos gatos disfrutando de la noche.

—Por fin he tenido oportunidad de ver la isla de noche —murmuró.

«Estaré encantado de ir con usted y traeré a mi hijo conmigo»: su viaje anterior a la isla había concluido con esa promesa.

—La última vez...

«... salvasteis a un gato que se había caído al mar en plena noche», estuve a punto de decir. Pensaba en aquel día, cuando mi padre lloró

al recordar a mi difunta madre, pero no me pareció oportuno sacar el tema delante de Haruko.

—¿La última vez qué? —me apremió él.

—¿No fuisteis a pasear por la noche? —dije para desviar la conversación y sonar más natural. Después de todo, yo solo era un niño.

Ambos se miraron con una sonrisa cómplice.

—La última vez el mar estaba muy agitado debido a una tormenta.

No mentía, pero tampoco contaba toda la verdad. Pensé que esa era la forma que tenían los adultos de dar por concluida una conversación. «Después de todo, también él tiene su parte adulta», me dije.

—Y quería que tú estuvieses aquí conmigo, Ryo.

Ya lo sabía, pero tampoco se lo dije. En cambio, opté por otra vía:

—Qué bien que hayamos venido juntos, ¿verdad?

No lo contaba todo, pero no mentía.

Como ya había hecho suficientes fotos de gatos, al día siguiente decidimos regresar y visitar la isla de Ishigaki.

Salimos para tomar el ferri de las nueve. Haruko guardó la llave en el mismo lugar en el que la había recogido y cuando estábamos metiendo el equipaje en el taxi, un gato viejo se acercó con un trotecito por el camino de arena blanca.

Era un gato negro con manchas blancas de sal.

—¡Mira! —gritó Haruko muy contenta—. ¡Mira, Katsu-san!

Mi padre también se puso muy contento al verlo.

—Así que estás bien —le dijo.

El viejo gato se dejó acariciar y restregó la cabeza contra sus piernas como si fueran antiguos conocidos.

—La última vez que estuvimos aquí tu padre le salvó de morir ahogado en el mar.

«Lo sé», pensé, pero me limité a asentir con la cabeza.

—Le he visto por ahí varias veces.

Su ojo derecho estaba casi blanco.

—Todavía vives por aquí… —dijo mi padre.

—¿No sabías que después de que lo rescatásemos una mujer se hizo cargo de él?

—Vaya, vaya. Me alegro mucho por ti. Así podrás morir en paz encima de un tatami.

El gato volvió a restregar su cabeza contra la mano de mi padre, como si así le dijera que se lo debía a él. Hizo lo mismo con Haruko y después conmigo.

—Gracias —le susurré—. Gracias por contarme todas esas cosas. Dentro de poco la llamaré «mamá».

El gato restregó todo su cuerpo contra mis piernas, como si aprobase mi decisión.

Un día después de llegar a casa, mi padre reveló las fotos y las envió a la redacción de la revista. Transcurrido un mes, nos llegaron varios ejemplares de un número especial dedicado a los gatos.

—¡Maldición, no ha podido ser! —exclamó enfadado mientras la hojeaba.

Haruko y yo echamos un vistazo y enseguida supimos a qué se refería. No habían escogido la mejor foto, la del gato con un chorlito entre las fauces.

Se habían decidido por los gatos en la playa de noche y por algunos retratos de ejemplares bonitos con cara de listos. Le iban a pagar lo mismo se tratase de la foto que se tratase, pero le deprimió que no hubieran elegido la que él consideraba la mejor.

—Anímate —le dijo Haruko—. A mí encanta esa foto nocturna. Me parece la mejor que les han hecho nunca a los gatos de Okinawa.

—A mí también.

Si mi padre se desanimaba se ponía pesado, así que Haruko y yo nos esforzamos por insuflarle ánimos. En ese sentido actuábamos como madre e hijo, más compenetrados de lo que lo habíamos estado nunca.

Quizá ya no estaba lejos el día en que podría llamarla «mamá».

«Tranquilo», le dije desde lo más profundo de mi corazón a aquel viejo gato con el ojo derecho nublado.

Maldito Tom



Día…/de…/de…

A medianoche oigo una respiración pesada junto a la almohada. Me rozan unos bigotes. Abro los ojos y veo a Tom en su lado de la cama. Se desperezа y me mira.

Sus ojos negro azabache me instan a que despierte. Le sigo por el pasillo mientras se da la vuelta varias veces para guiarme hasta el lugar concreto del cuarto de estar donde guardo su comida. «Tengo hambre, dame algo», dice. Son las tres de la madrugada.

Maldito Tom. Qué mono eres.

Día…/de…/de…

Cuando me despierta a esas horas luego acuso la falta de sueño, así que esta noche me he propuesto ignorarle pase lo que pase. Si no respondo al reclamo de su respiración se sube a la almohada y empieza a pisarla con las patas delanteras. Intento no hacerle caso y, entonces, una de cada cinco pisadas es en mi cara, como si se hubiera equivocado. Se me acaba la paciencia y me toca volver a levantarme.

Maldito Tom. Qué mono eres.

Día…/de…/de…

Esta noche he tomado la firme decisión de no despertarme. Me voy a empeñar en dormir e ignorar sus olisqueos, sus pisaditas, todo. Tom se retira.

Cuando creo que al fin ha llegado el momento de disfrutar de un

plácido sueño, de pronto oigo un sonido robótico: «¡Pío, pío, pío, pío!». Es uno de esos pájaros de juguete que se activan cuando los sacudes. Su alarma para despertarme. No hay duda de que es un genio.

Maldito Tom. Qué mono eres.

Día…/de…/de…

No va a poder conmigo. Ignoro su respiración, sus pisadas, el pío, pío. Por el momento, se bate en retirada.

Se abalanza sobre la almohada. Como sus truquitos ya no funcionan conmigo, se decide por un ataque frontal: sus cuatro patas encima de mi cara. El pelo de su abdomen me roza la nariz. No me queda más remedio que rendirme.

Maldito Tom. Qué mono eres.

Día…/de…/de…

No debería capitular. Vuelvo a ignorarle. Repelo su ataque dándome media vuelta en el momento preciso. Se retira. Desde el salón llega el piar enloquecido del pájaro. Se ha enfadado y ha decidido usar todo lo que tenga a su alcance para alborotar al máximo. La música rock es incompatible con el sueño.

Maldito Tom. Qué mono eres.

Día…/de…/de…

Retomo mi estrategia de ignorar sus olisqueos, sus pisadas, escondo al pájaro debajo del futón. Me zafo de su salto sobre la cara y se pasa al otro lado para restregar su frente contra la mía. Me empuja para que me dé la vuelta. Ahora su táctica es la coquetería y el encanto. No me lo esperaba. Si lo ignoro cabe la posibilidad de que jamás vuelva a recurrir a ello. Por mi propio interés, no me queda más remedio que

levantarme.

Maldito Tom. Qué mono eres.

Día.../de.../de...

La falta de sueño me obliga a dormir una siesta reparadora. Tom está tomando el sol junto a la ventana con la mosquitera. De pronto se le eriza el pelo y se muestra inquieto. Al otro lado veo a un pequeño invitado.

—¡Anda, qué monada! —digo, a pesar de su terrible expresión.

No le hace falta hablar porque ya lo hacen sus ojos: «Pero ¿¡qué estás diciendo...!?».

Maldito Tom. Qué mono eres.

Los pétalos de las flores de cerezo aterrizan sobre la mosquitera. El pequeño visitante se retira.

Hoy han empezado a caer los pétalos de las flores del cerezo del vecino.



Tom es un gato.

En 2020 el mundo no parece amenazado por la destrucción nuclear, pero sigue siendo un momento terrible.

No obstante, la adelfilla ha florecido, como la magnolia y el cerezo.

El año que viene florecerán de nuevo. Tom y yo seguiremos con nuestro particular combate nocturno. Seguro.



Ya casi ha pasado un año. El ciruelo ha florecido. ¿Y el cerezo?

Como imaginaba, Tom y yo seguimos como siempre.

Sucede justo cuando su dueña teclea este texto.

A mi espalda oigo una inesperada y enigmática baja frecuencia: brrrrr, brrrrr.

Me doy media vuelta. Tom ronronea con fuerza mientras pisotea su cojín en el sofá sin quitarme la vista de encima.

Me acerco para preguntarle qué pasa. Restriega su frente contra la mía sin dejar de pisotear la almohada.

Maldito Tom. Qué mono eres.

Todo esto no es más que una cuestión de orgullo, así que puedes olvidar cuanto acabo de decir.

El tiempo de Hachi



Se despertó dentro de una caja. Miró a su alrededor y vio a su hermano. Tenía el pelaje blanco y mullido típico de los recién nacidos, manchas de tres colores, como él. Debería haber algunos más, parecidos a ellos, pero en la caja solo quedaban ellos dos.

No estaba bien cerrada y a través de una rendija se colaba la luz. «Si maúllo, mamá vendrá», pensó. No lo dudó: se puso a maullar a pleno pulmón. Como si se hubiera contagiado, su hermano lo imitó.

La caja no tardó en abrirse. Quien miraba desde arriba no era su madre, sino un niño al que jamás había visto. Tras su cabeza se extendía un cielo azul despejado. El niño miró dentro de la caja con cara de sorpresa.

Y justo entonces...

—¡Guau! ¡Dos gatitos!

Detrás del primer niño apareció un segundo. Parecía como si la voz se le cayera de la cabeza en lugar de salirle por la boca.

—¿Dónde los has encontrado?

—Estaban aquí.

—¡Son muy monos!

El segundo niño estiró el brazo y los acarició. El primero también se atrevió.

—¿Quieres coger uno? —preguntó el segundo niño, formando un cuenco con la mano y colocando a uno dentro.

El primer niño hizo lo mismo y levantó al hermano.

—¿Los han abandonado?

—Seguro —respondió el primer niño.

—Qué crueldad —exclamaron ambos a la vez.

—Tenemos que irnos, vamos a llegar tarde a natación.

—Tienes razón, vámonos.

A pesar de las prisas no se levantaron enseguida.

Era el segundo niño el que se quedaba rezagado.

—¡Vamos, Satoru!

De mala gana, Satoru dejó al gatito en la caja. Echaron a correr; el sonido de sus pasos apresurados se desvaneció en la distancia.

Poco después una nueva sombra volvió a proyectarse sobre la caja. En esta ocasión se trataba de unas niñas con gorros amarillos.

—¡Mira, qué monada!

Un alboroto de voces precedió a un tumulto de manos alargándose hacia ellos sin la menor reserva.

—Pobrecitos, los han abandonado.

—A lo mejor me lo llevo a casa.

—Pero, Ko-chan, ¿te dejarán quedarte con él?

—No lo sé, pero es muy mono. Seguro que, si lo ve, mi madre se ablanda.

—Si te lo quedas, ¿me dejarás jugar con él?

—Vale. ¿Cuál de los dos es más mono?

Los compararon. Los levantaron, les dieron la vuelta para examinarlos en detalle.

—A lo mejor me llevo este.

—¿Ese? ¿De verdad? Tiene la cola torcida. Es raro.

—¿Tú crees? Entonces el otro.

La niña dejó al de la cola torcida en la caja y levantó al hermano, cuya cola estaba perfectamente recta.

Fue así como su hermano desapareció para siempre.

Estar solo hizo que se sintiera inseguro. Maulló. Cada vez más. Siempre que lo hacía, su madre acudía. Ahora no. Por mucho que maullara, no había ni rastro de su madre.

Se cansó pronto y el maullido se volvió casi inaudible. Tenía sueño. En algún momento, no sabía exactamente cuándo, se hizo un ovillo y se durmió.

Le despertaron unos susurros. Miró hacia arriba. Eran los niños que habían ido a nadar.

—¿Y el otro? ¿Qué le habrá pasado?

Supuso que se refería al hermano desaparecido.

Murmuraban y se preguntaban si podrían quedarse con él.

—Ojalá nos dejen…

El que se llamaba Satoru anunció en tono decidido:

—Se lo voy a decir a mi madre.

—No es justo.

A Satoru le sorprendió el deje de reproche de su amigo.

—Yo lo he visto primero —protestó alterado.

—Es verdad. Tú lo has visto antes, es tu gato; lo siento, Ko-chan —se disculpó Satoru.

Ko-chan agarró la caja y se marchó a su casa. Pero más tarde…

—¿Un gato? De ninguna de las maneras. No.

El hombre a quien Ko-chan llamaba «papá» ni siquiera le dejó meter la caja dentro de la casa. Ko-chan insistió un buen rato hasta que al final desistió. Se marchó llorando. Aunque tenía que dejarlo donde lo había encontrado, se dirigió a casa de su amigo Satoru.

—¡Ko-chan! ¿Qué pasa?

—Mi padre me ha dicho que no podemos tener un gato… —dijo sollozando.

—Está bien. Déjamelo a mí. Tengo una idea.

Salió de casa con su amigo.

—¿Dónde vas? —dijo una voz procedente del interior.

—Me voy con Ko-chan —respondió Satoru en tono decidido—. Tengo un plan —le explicó a su amigo—. Lo he leído en un libro en el colegio. Un niño se encontró un perrito en la calle, pero su padre se enfadó cuando lo llevó a su casa y le dijo que lo volviera a dejar donde lo había encontrado. Sin embargo, era incapaz de abandonarlo y decidió marcharse de casa. A medianoche, su padre salió a buscarlo muy asustado y cuando le encontró le dijo que podía quedárselo si se hacía responsable de él.

Lo que estaba diciéndole a Ko-chan era que también él podía irse de casa con el gatito. Ko-chan no tenía claro que las cosas fueran a salir tan bien como decía Satoru, pero se dejó llevar por el entusiasmo de su amigo.

Se sentaron en el parque cerca de la casa, comieron unas chucherías

y al gatito le dieron una lata. Estaba hambriento y lo devoró todo en un abrir y cerrar de ojos. Los niños se echaron a reír cuando el gatito estornudó, con la nariz llena de masa pastosa.

Pero el plan de Satoru no tuvo el resultado esperado.

—¡Eeeh!

El grito era del padre de Ko-chan. Hablaba deprisa y le preguntó hasta cuándo iba a seguir con aquello. Le ordenaba volver a casa de inmediato.

—¡Enemigo a la vista, huyamos!

La orden de Satoru causó grandes sacudidas dentro de la caja mientras duró la carrera. El gatito daba brincos de un lado a otro sin saber dónde estaba el cielo y dónde la tierra.

Al fin cesaron las sacudidas y la tapa se abrió. Los niños miraron dentro con gesto de preocupación.

—¿Está bien? Se ha dado muchos golpes.

El gato ya no aguantaba más y protestó con un maullido estridente.

—He oído maullar a un gato —dijo alguien en la distancia.

Era un grupo de adultos.

—¡En la azotea del colegio!

La voz del padre de Ko-chan sonaba aún más alta:

—¡Kosuke, ya está bien!

Una vez más, Ko-chan rompió a llorar.

—Satoru, tu plan no funciona. ¡Me has mentido!

—Todavía es pronto para decirlo. Estamos a tiempo de dar la vuelta al marcador.

—Eso es imposible.

Mientras se ponían a discutir, los adultos se organizaron para acabar con la fuga.

—Podemos acceder por la escalera de emergencia.

El padre de Ko-chan estaba furioso y se disponía a subir.

—No hay nada que hacer —dijo Ko-chan.

El gato no entendía qué era eso que no podían hacer, pero le daba todo igual con tal de que dejasen de darle golpes.

—¡No os acerquéis! Si venís, se tira.

Los adultos se alarmaron.

—Lo dice Ko-chan.

—¿¡Cómo!?

Ko-chan no sabía a qué se refería Satoru.

—¿Te has vuelto loco? —le reprochó.

Volvieron a discutir.

—¡Satoru! ¿Es verdad lo que dices?

—Sí, es verdad. Se ha quitado las zapatillas.

Entre los adultos la tensión fue en aumento.

—¡Dejaos ya de tonterías! —volvió a gritar el padre de Ko-chan—. ¡Basta de juegos! Ko-chan, voy a subir ahora mismo y te bajaré a rastras.

—¡No! Está decidido. Si sube, su hijo cometerá un doble suicidio. Se tirará con el gato.

El gato no tenía la más mínima idea de lo que era un doble suicidio, pero parecía que era algo relacionado con él. El asunto no tenía buena pinta, pensó. Su instinto felino le decía que lo mejor sería escaparse, pero la pared de la caja era demasiado alta para superarla por su cuenta.

Los dos chicos seguían discutiendo.

—¿Cómo te atreves a jugar con mi vida?

—Tú quieres quedarte con el gato, ¿no?

—Por supuesto que sí... —Le faltaron las palabras hasta que la cólera las trajo de vuelta—. ¿Y por qué no le has preguntado tú a tus padres si podías quedártelo?

—¿Cómo? —preguntó Satoru casi sin aliento—. ¿Quieres decir que puedo quedármelo?

—¿No es mejor eso que provocar un doble suicidio?

—No lo sabía. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

Así fue como el gato de la caja se convirtió en el gato de la familia de Satoru.

Cuando volvió a casa le cayó una buena bronca de sus padres.

Pero no por eso dejó de comer todo lo que pudo.

También el gato dio buena cuenta del contenido de una lata que le habían servido en un plato, tan copiosa que rebosaba. La madre de Satoru recogió los restos y se los dio con la mano.

Se relamió satisfecho. Satoru había terminado asimismo con la cena. Y con los sermones.

—Tendrá unos dos meses —dijo la madre de Satoru rascándole detrás de las orejas.

Al gato le parecía que estaba lamiéndole y no pudo evitar que su garganta empezase a vibrar.

—¡Anda, hace un ruido! —Satoru lo miraba con los ojos muy abiertos.

—Ronronea. Es lo que hacen los gatos cuando se sienten bien.

Satoru asintió.

Su madre le acarició entonces bajo el mentón. Al parecer, esa parte también les gustaba mucho. Satoru quiso imitarla, pero no se le daba bien porque estaba un poco tenso.

—Tiene la cola de gancho.

—¿Qué quiere decir cola de gancho?

—¿No ves que tiene la punta torcida, como un gancho?

La madre de Satoru recorrió con el dedo la cola en toda su longitud hasta donde se torcía. Por ese defecto, las niñas que los habían encontrado después de ellos lo rechazaron. Sin embargo, en su casa no parecía un problema.

—Deberíamos ponerle un nombre, ¿no creéis? —sugirió el padre.

Satoru levantó la mano y empezó a repetir sin cesar:

—¡Lamborghini! ¡Sí, sí, sí! ¡Lamborghini!

—Demasiado largo, demasiado difícil.

—¡McLaren! ¡McLaren!

—Olvídate de las marcas de coches.

—Pero molan mucho.

Satoru y su madre se pusieron a discutir y al padre no le quedó más remedio que mediar:

—Yo prefiero un nombre japonés, es más simpático. Como tiene manchas, ¿por qué no le llamamos Buchi, «manchitas»?

—¡Qué hombre más previsible!

El ataque repentino de su mujer lo hundió en la miseria.

Satoru observó en detalle la cara del gato.

—¿Y si le llamamos Hachi?

Su padre y su madre parpadearon sorprendidos.

—Fijaos, en la frente tiene una marca en forma de V invertida que se parece al ideograma del número ocho.

—En simpleza eres la viva imagen de tu padre. De tal palo, tal astilla. —Lanzó una mirada de reproche a su marido, que se revolvió incómodo—. La misma simpleza —continuó la madre—, pero al menos la de Satoru es un poco más ingeniosa y el ideograma del ocho trae buena suerte.

El asunto del nombre había quedado resuelto. Satoru levantó al gatito a la altura de su nariz.

—¡Hachi! Te llamas Hachi. ¡Háblame, Hachi!

—¡Miau!

Las mejillas de Satoru se encendieron al oírle.

—¡Me ha contestado! ¿Lo habéis oído? ¡Me ha entendido!

Satoru estrujó la cabecita del animal contra sus mejillas sonrosadas. Fue así como Hachi se convirtió en un miembro más de la familia.



Hachi apenas recordaba nada del hogar donde vivió un tiempo breve junto a su madre y hermanos, pero después de tres días en casa de Satoru se le olvidó por completo.

Ko-chan iba a jugar prácticamente a diario y en una ocasión se presentó con un juguete para él.

—Me lo ha dado mi madre. Lo ha comprado en el supermercado. Dice que está hecho con pelo de gato.

Ko-chan se puso a agitar una cosa gris y peluda delante de Hachi. Pero lo movía tan febrilmente de lado a lado, y tan rápido y de un modo tan repetitivo, que no llamó su atención.

—Así no funciona.

Satoru agarró el juguete, lo metió debajo de un cojín de suelo y dejó solo una puntita peluda a la vista. La sacó un poco más y enseguida volvió a esconderla.

Hachi levantó instintivamente las caderas. Su cola de gancho

empezó a agitarse y se agachó con las patas temblorosas. Se abalanzó y trató de atraparlo con las patas delanteras, pero justo cuando creía que ya lo tenía, se le escapó y volvió a desaparecer.

Se abalanzó una vez más, pero el juguete se escurrió bajo el cojín. Asomó por la otra parte y Hachi, fascinado, volvió a lanzarse sobre él. Le faltó poco para atraparlo, pero no lo logró.

Ko-chan no salía de su asombro.

—¡Qué rápido eres, Satoru!

Su amigo se echó a reír. Estaba orgulloso de su habilidad, pero era su madre, en realidad, quien le había enseñado el truco. Ella lo hacía aún mejor. De niña había tenido varios gatos.

—Ya lo he entendido —dijo Ko-chan—. Déjame probar.

Imitó los movimientos de Satoru, pero era demasiado rápido para Hachi, que se limitaba a seguir el juguete con los ojos sin encontrar la oportunidad de abalanzarse sobre él.

—Muévelo más despacio.

—A lo mejor Hachi es un poco torpe.

—¡Qué va! Solo es un gato relajado.

«Relajado». Ese era el calificativo que los padres de Satoru le habían adjudicado. Al parecer tenía algo que ver con la torpeza, aunque era una forma más amable de decirlo.

Ko-chan metió el juguete debajo del sofá y lo hizo desaparecer. Era una situación mucho más conveniente para Hachi.

—Es la hora de la merienda.

La madre de Satoru sirvió unos bollos de pan al vapor. Momentáneamente distraído, Hachi aprovechó el despiste de Ko-chan para lanzar su ataque definitivo: clavó las uñas en el juguete y empezó a mordisquearlo de arriba abajo.

—¿Has puesto pasas? —preguntó Satoru.

—Esta vez no.

—Qué pena.

Su madre le dio un golpecito de advertencia en la frente.

—Nada de quejas.

—A mí me gustan los de chocolate. —En esta ocasión, era una sugerencia de Ko-chan.

—No tenía cacao, lo siento. Comeos lo que hay en el plato y listo.

Ko-chan recibió también un golpecito en la frente, pero a él pareció no molestarle.

Concentrados en la merienda como estaban se olvidaron por completo de Hachi. Este aprovechó para dar un magnífico salto encima de Satoru y mordisquearle las puntas de los dedos.

—¡Ay, ay! ¡Para!

Pero Hachi estaba decidido a cazar esos dedos huidizos.

—Vale, vale. Ya sé lo que quieres.

Rebuscó en la caja de tela de los juguetes de Hachi y sacó un ratón blanco con la cola de cuero.

—Quieres esto, ¿no? —Agarró al ratón por la cola y empezó a balancearlo de un lado a otro—. ¡Vamos, atrápalo!

Lo lanzó al pasillo y Hachi corrió tras él derrapando. Cuando lo atrapó, lo arrastró de vuelta por el pasillo recién pulido.

—Le encanta ese ratón.

—Así estará entretenido un buen rato.

—¿Crees que podría cazar un ratón de verdad?

—No lo sé.

Dos meses más tarde, la pregunta de Ko-chan obtuvo respuesta.

—¡Aaah, un ratón! —gritó la madre de Satoru.

Se disponía a ordenar un armario cuando, nada más abrir la puerta, un ratón saltó desde el interior y echó a correr por la habitación justo en dirección a Hachi.

—¡Vamos! ¡Cázalo!

Qué fácil era decirlo, pero aquel ratón era tres veces más grande que el de juguete. De un gris sucio, sobre todo corría por sí solo, sin que nadie lo lanzase.

Sin saber muy bien qué hacer, Hachi se apartó instintivamente. El ratón aceleró en su loca huida hacia la puerta, justo delante de donde estaba el gato, que, impresionado por la velocidad, se cayó de culo.

—¡Yo me encargo! —gritó el padre de Satoru, que se lanzó en su persecución blandiendo un periódico enrollado.

—¡La puerta! ¡Cierra la puerta, Satoru! —gritó su madre.

Cerró la puerta del cuarto de estar para cortarle el paso y se acurrucó al lado de Hachi.

—Un gato al que se le escapan los ratones. Es lamentable.

Para Hachi la crítica fue demoledora, pero aquel animal no era un enemigo al que estuviera acostumbrado.

—Es el primer ratón de verdad que ves en esta casa. Hasta ahora has vivido entre algodones, ¿no crees?

«Te digo que eso no era un ratón». Hachi maulló a modo de protesta, pero nadie le hizo caso.

—Bueno, al menos lo he echado de casa —anunció su padre—. Oye, Hachi, ese ratón te ha pasado por debajo. ¿No te has percatado? —le dijo, y le dio una palmadita a modo de consuelo en la cabeza.

«¡Eso no era un ratón!». Insistía en protestar, pero nadie le escuchaba.

—Aparece un ratón en casa y el gato no sirve de nada.

Se acurrucó en un ángulo del sofá y les dirigió una mirada desdeñosa. «Ignórales. No lo entienden, así que ni te molestes».

—Está bien, no tenemos un gato. Tenemos a Hachi.

—¿Te has enfadado, Hachi?

Satoru se acercó y le hizo cosquillas en la panza. «Demasiado tarde para disculpas», pensó él.

—De acuerdo, no puedes cazar un ratón porque eres el gato mimado de la familia.

Hachi tenía la intención de seguir enfadado un buen rato, pero aquel rascar detrás de las orejas y bajo el mentón doblegó su resistencia y no tardó en ronronear.



Cuando Hachi llegó a la casa, Satoru era un niño enorme, pero antes de que pudiera darse cuenta la situación se había invertido.

El tiempo humano y el de los gatos discurría en planos diferentes. Cuando comprendió que el de los gatos iba más deprisa, ya se había

convertido en un adulto, mientras que Satoru seguía siendo un niño.

El juguete de Ko-chan ya no le divertía como antes. Satoru se empeñaba en jugar con él, pero él se aburría.

—Era tan pequeño cuando le encontramos...

Sí, cabía en la mano de Ko-chan porque ni siquiera tenía el tamaño de un puño.

En realidad era más grande, pero a Satoru le gustaba exagerar sobre su tamaño. Guardaba memoria de su tiempo de cachorro, periodo en que Satoru le pareció una montaña que se inclinaba sobre él. Sin embargo, tanto Satoru como Ko-chan crecían muy despacio en comparación con él. En solo un año había doblado varias veces su tamaño de cachorro, pero en ese mismo tiempo los chicos apenas habían crecido un par de centímetros.

«¿Cuántos años pasarán hasta que crezcan?».

Todo aquello confundía mucho a Hachi.

Llegó la primavera. La segunda desde que lo encontraron.

Las mochilas que los chicos llevaban a la espalda empezaban a quedarles más ajustadas. Le había pasado inadvertido en el día a día, pero de pronto se dio cuenta de que sus brazos y sus piernas se habían alargado.

Pasó la primavera y llegó el verano. Satoru volvió un día a casa con una copa dorada. Ya había llevado varias con anterioridad, pero nunca una tan grande. La cena de aquel día consistió en todas las cosas que le gustaban: pollo frito, ensalada de patata, sushi (sin wasabi) y rollitos de arroz aderezados con tiras de tortilla.

También Hachi disfrutó del festín: un cuenco grande de pechuga de pollo hervida.

Se sentaron a cenar y brindaron. Satoru con zumo de naranja y sus padres con cerveza.

—Enhorabuena por la victoria.

Había participado en una competición de natación en la piscina donde nadaba con Ko-chan y había sido el primero.

—Eres increíble —lo alabó su padre—. Cuando yo estaba en

primaria lo máximo que nadaba eran veinticinco metros.

—Normal —intervino la madre—, crecimos en Hokkaido.

Le explicó que en Hokkaido el mar y los ríos estaban siempre tan fríos, incluso en verano, que mucha gente de allí no sabía nadar.

—A tu entrenador le gustaría que siguieras al menos hasta secundaria. ¿Qué dices?

El pollo frito de su madre le hacía tan feliz que no parecía prestarles demasiada atención. Se había comido tres pedazos grandes y varias piezas de sushi.

—Hum... Si Ko-chan sigue, yo también —respondió con aire ausente antes de atacar el cuarto pedazo de pollo.

Ko-chan no estaba tan dotado para la natación y ese día se había dedicado a animar en lugar de a competir.

—En la escuela de secundaria hay un equipo de natación, ¿no? —Su padre trataba de despertar su interés.

—Si Ko-chan viene...

Era el momento de concentrarse en el sushi.

—¿Te ha dicho algo?

—Todavía no sabe qué va a hacer.

Todo lo relativo a la natación parecía depender de si Ko-chan estaría o no. A su padre le decepcionaba la falta de entusiasmo de su hijo.

—Bueno, tendremos que esperar. Seguirá con la natación si así lo decide —le dijo a su mujer, y aprovechó para pedirle otra cerveza con las manos juntas a modo de plegaria—. Si eres tan amable, «tesorera», por favor.

Su mujer fue a la cocina sonriendo.

Cuando acabó con el sushi, Satoru se centró en el atún, que todavía no había probado. Hachi le arañó la manga. Le dio el atún y él se conformó con el arroz.

Hachi no tenía claro si Ko-chan y Satoru seguirían con la natación, pero de lo que sí estaba seguro era de que se encargaría de vigilarlos mientras crecían. A su hermano y a él los habían abandonado prácticamente de recién nacidos, y entre todas las posibilidades inciertas de la situación se concretó su llegada a aquella familia. Si eso

había sucedido era para darle la oportunidad de vigilar a los dos chicos en su tránsito a la vida adulta.

—Hachi…

Saciado por la comilona, Satoru acarició la cola del gato. Le gustaba mucho juguetear con esa cola en forma de gancho.

La niña que se llevó a su hermano había renunciado a él por su cola torcida, pero eso fue precisamente su salvación.



El verano pasó y se llevó consigo el calor sofocante. Poco a poco el viento empezó a soplar más fresco.

Amaneció un día de otoño despejado, con un cielo muy alto, a una gran distancia.

—Mamá, ¿y mi bolso? Dijiste que me lo comprarías hoy. —Satoru acababa de volver del colegio y no le daba tregua.

—Está bien, de acuerdo…

Su madre había ido a comprarlo antes de que él regresara a casa. Se rio. Era un bolso de viaje azul fabricado con una tela arrugada.

—¿Puedo guardar ya mis cosas?

—El viaje es la semana que viene.

—Sí, pero si empiezo ahora no tendré que apresurarme después. —El viaje escolar a Kioto era para él un gran acontecimiento—. Necesito ropa para tres días, entonces ¿cuántos calzoncillos me llevo?

—Yo diría que dos.

—¿No es mejor tres?

—El día del viaje ya llevas uno puesto, ¿no?

—¿Crees que es suficiente?

—Entonces lleva tres. Si te haces pis por la noche, será un problema —le dijo tomándole el pelo.

—Ya no me hago pis en la cama —protestó ruborizado—. No me pasa desde hace años —insistió dándole a su madre un empellón en el brazo.

Tenía razón. Hachi era todavía un cachorro cuando Satoru dibujó

un mapa del mundo en la cama por última vez. Por aquel entonces el gato también tenía ocasionales despistes, pero esos viejos recuerdos empezaban a desvanecerse porque ni el uno ni el otro debían preocuparse ya por ese asunto.

—No voy a mojar la cama, pero de todos modos me parece que dos calzoncillos no bastan.

—Entonces ¿por qué no le preguntas a Ko-chan?

Tan pronto como su amigo apareció, le preguntó cuántos calzoncillos pensaba llevarse al viaje de tres días. Discutieron sobre el tema y Satoru dibujó unos calzoncillos en un cuaderno.

—Hay bañera, así que el primer día por la tarde podremos bañarnos. El segundo también, y el tercero...

—El tercero volvemos a casa. No hacen falta más. —Ko-chan era del equipo de los dos calzoncillos.

—¿No son tres días? —insistió Satoru, poco convencido. —En el papel había dibujado una serie de calzoncillos con sumo detalle.

—Os lo explicaré —intervino su madre en un momento dado.

Agarró el lápiz y dibujó la silueta de un niño en calzoncillos y con una gorra de béisbol.

—El día de la salida lleváis uno puesto. Os bañáis por la noche y os ponéis otro para el día siguiente, y uno más para el último día. ¿Lo habéis entendido? La suma da un total de tres. —Señaló cada uno de los calzoncillos que había dibujado en el cuaderno y volvió a contarlos.

Los chicos parecieron convencerse.

—O sea, solo necesitamos dos.

—Eso es —convino, satisfecha de su lección—. Sin embargo, al volver a la cocina y fijarse en el plan del viaje colgado en la nevera con un imán, les dijo—: Un momento. Lo siento, chicos. Me he equivocado. Aquí dice que llevéis uno extra por si acaso. Es decir, tres en total.

—¿¡Qué!?

Ambos parecían confundidos con tanto cambio.

—Entonces ¿tres días de viaje a cuántos calzoncillos equivalen? —preguntó Satoru.

—En principio a dos. En principio…

Su madre agarró el lápiz de nuevo y junto al calzoncillo del segundo día añadió uno más entre paréntesis.

—Uno más por si acaso.

—¿Por si acaso?

—Por si mojas la cama. Te lo he dicho antes.

—¡¡¡Yo no mojo la cama!!!

El tema se zanjó con tres calzoncillos.

—¿Y calcetines? ¿También tres pares?

Antes de responder, la madre de Satoru volvió a la cocina para consultar de nuevo el plan de viaje.

—Aquí no dice nada. Dos son suficientes, creo.

—¿Y si llueve mucho y nos mojamos?

—Si eso os preocupa, llevad tres.

La discusión entre ambos amigos se reanudó.

Los gatos se las arreglan con lo que tienen, pero a los humanos parece que les cuesta mucho organizarse. Con una oreja atenta a lo que decían, Hachi se metió en el bolso de viaje y se acurrucó.

Faltaba un día para el viaje.

—Lo siguiente… El cepillo de dientes.

—Aquí está.

Satoru y Ko-chan sacaron sus cepillos de dientes del neceser y los levantaron como si se tratase de un *inro*.[2] Después confirmaron que todo lo demás estaba en su sitio. Ko-chan se había presentado en casa de Satoru con su bolso de viaje para una última prueba. Cotejaron la lista y lo sacaron todo para comprobar que cada cosa estaba en su sitio.

—Me parece bien que os toméis tantas molestias, pero luego no os olvidéis de guardarlo todo —les advirtió la madre de Satoru mientras doblaba la ropa.

—No te preocupes —contestaron sin hacerle caso.

—¿Calzoncillos?

—Tres.

—¿Calcetines?

—Dos pares.

Al final habían acordado solo dos. Lo comprobaron una última vez y cerraron los bolsos con aire de satisfacción. Pero Ko-chan, sin embargo, se había olvidado de volver a guardar el cepillo de dientes.

«Mamá tenía razón». Hachi le dio unos cuantos golpes con la pata para llamar su atención.

—¡Ko-chan, te has olvidado el cepillo!

—¡Menos mal! —exclamó aliviado—. No hay que jugar con eso, Hachi, no es un juguete.

«Le aviso de que se le ha olvidado y mira cómo me lo agradece». Hachi entornó los ojos.

Satoru, al verlo enfadado, alcanzó uno de sus juguetes.

—Ven, vamos a jugar.

Estaba enfadado, pero dispuesto a perdonarles porque iban a estar fuera durante tres días y no quería que se fueran en malos términos por su culpa. Al fin y al cabo, solo eran unos niños y no podía esperarse de ellos que mostraran la misma consideración que un adulto como él. Además, Satoru había aprendido de su madre a jugar con él como era debido.

Hachi corría tras el juguete, pero de pronto se paraba sin motivo aparente. Estuvo así un buen rato. Ko-chan también se unió al juego, aunque seguía sin dársele bien, como Hachi suponía. No le dejaba atraparlo en ningún momento y Hachi se aburría enseguida.

—La cena casi está —anunció la madre desde la cocina—. Ya es hora de volver a casa, Ko-chan. Mañana os vais de viaje y tenéis que madrugar.

—¡Eeeeh...! Es que Hachi está de buen humor.

«Por mí no te preocupes».

Hachi encontró la excusa perfecta para retirarse del juego.

—Puedes jugar con Hachi cuando quieras, ya lo sabes.

—Vale.

Se despidió de Hachi con una caricia en la cabeza y se marchó con su bolso de viaje. Tras acompañarlo a la puerta, Satoru subió a su cuarto para cerrar el suyo. Ninguno de los dos se había dado cuenta de

la delicada atención de Hachi. No tenía nada de raro, pues solo eran unos niños.

Durante la cena Satoru se mostró de muy buen humor.

—¿Qué quieres que te traiga de regalo, papá?

—Cualquier cosa me parece bien si la eliges tú.

En su respuesta iba implícito el afecto que le tenía, pero Satoru dijo: «¡Buah!», lo que decepcionó a su padre.

—¿Y tú, mamá?

—Yo quiero papel facial Yojiya.

—¿Papel para el cutis?

Ella se levantó de la mesa y sacó un estuche del bolso donde guardaba una cajita de maquillaje con un espejo y un pintalabios, sus secretos de belleza. Luego sacó una caja muy delgada en la que había unos papeles finos y casi translúcidos.

—Como estos, mira. Los de la marca Yojiya tienen la cara de una mujer en la caja.

—¿Cómo es?

—Pues… —En un cuaderno, su madre se puso a dibujar torpemente la cara de una muñeca *kokeshi.*[3]

Satoru miró atento el dibujo.

—¿No te puedo comprar algo más bonito?

—No. Quiero eso.

No estaba dispuesta a ceder y él asintió como un adulto que se da por vencido.

Debido a la excitación del viaje, Satoru fue incapaz de conciliar el sueño. Se metió en la cama, dio vueltas y más vueltas y a Hachi no le quedó más remedio que buscarse otro rincón donde dormir.

—¿Qué hago? Mañana tengo que levantarme pronto… —dijo con voz llorosa tras mirar la hora en el despertador. Se escurrió fuera del futón, seguido por un preocupado Hachi. Salieron del cuarto y enfilaron al salón, cuya luz seguía encendida—. Mamá…

Estaba sentada a la mesa escribiendo.

—Vale, vale —dijo nada más verle.

Entró en la cocina, trasteó un poco y enseguida el microondas hizo clin. Sacó una taza humeante de la que emanaba un ligero aroma a

leche caliente. Era su «medicina», su somnífero particular. Lo tomaba siempre que algo le impedía dormir, por ejemplo antes de una excursión con sus amigos a la montaña, de un viaje escolar o en familia.

—Hoy te he puesto dos cucharadas de miel, para que tengas dulces sueños.

Satoru le dio las gracias, se sentó en el sofá y empezó a soplar en la taza.

—Mamá, ¿has ido alguna vez a Kioto?

—Sí, unas cuantas veces.

—¿Conoces el templo Kiyomizu?

—Sí. Cerca de allí preparan un tofu hervido buenísimo. Si tienes tiempo deberías probarlo.

—¿Tofu? ¡Buah!

Mientras se bebía la leche hablando de cosas intrascendentes, el sueño empezó a vencerle. Dio las buenas noches a su madre y volvió a la cama. Se acostó en el futón, dio unas cuantas vueltas y, entonces sí, se quedó dormido. Hachi se acurrucó a sus pies.

Al día siguiente por la mañana se levantó temprano sin necesidad de despertador y se marchó muy animado con Ko-chan, que había ido a recogerle.

Dos días más tarde volvería a casa con sus regalos.

Al menos, ese era el plan.



El día después de la marcha de Satoru no paró de llover. Hachi notaba una gran pesadez en los párpados. La lluvia provoca somnolencia a los gatos.

Después del desayuno se hizo un ovillo en el sofá. El padre de Satoru se acercó a la ventana mientras acababa de anudarse la corbata.

—Llueve a mares. ¿Estará bien Satoru?

—El hombre del tiempo ha dicho que en el oeste de Japón hará

bueno.

—Menos mal. Si llueve tanto como aquí les va a arruinar el viaje. Me voy a empapar de camino a la estación.

—No te preocupes. Te llevo en coche.

Nada más terminar el desayuno se puso la americana y su mujer recogió los platos. Salieron de casa a toda prisa. El padre se despidió de Hachi, pero ella no le dijo nada porque pensaba regresar enseguida.

El descorazonador repiqueteo de la lluvia no parecía remitir en absoluto. Los gatos acostumbran a soportar esos días entregándose al sueño. El rumor de la lluvia continuaba. Entre el monótono e incesante ruido del agua al caer le pareció oír el lejano murmullo de una sirena. Había dormido a pierna suelta y estaba aburrido. Bostezó, arqueó el lomo para estirarse, saltó del sofá y fue a la cocina. Por el hambre que tenía, debía de haber pasado ya el mediodía. En el comedero quedaban unas cuantas bolitas de pienso que no se había terminado por la mañana. Era poca cosa, pero decidió comérselas porque sabía que en cuanto la madre de Satoru se diera cuenta le echaría más. Vació la escudilla, pero ella no apareció en la cocina. En toda la casa solo se oía el repiqueteo de la lluvia, ni un solo indicio de que nadie trasteara en alguna parte. Aunque le pareció extraño, fue incapaz de vencer al sueño que volvía a atacarle. Una vez más se quedó dormido.

La lluvia cesó en algún momento y le despertó el ruido de la llave en la cerradura de la puerta de entrada.

«Qué tarde llegas. Me muero de hambre».

Salió a recibirla, pero enseguida vio que quien entraba no era la madre. Se parecía un poco, pero era más joven. Era la tía de Satoru, la hermana pequeña de su madre. Había estado allí de visita unas cuantas veces.

Ella se asustó un poco cuando lo vio. Hachi se acordaba que le daban miedo los gatos, así que decidió mantener las distancias.

—¡Satoru!

Cuando su tía lo llamó, Satoru apareció en la entrada con el bolso de viaje. Hachi estaba a punto de restregarse en sus rodillas a modo de saludo, pero se quedó paralizado.

«¿De verdad es Satoru?».

Estaba lívido, y muy serio. Normalmente la expresión de su rostro cambiaba con suma facilidad, pero en aquel momento no tenía ninguna, solo mantenía los ojos abiertos y los labios apretados.

—Toma, ponte esta ropa.

Su tía le tendió una bolsa de papel. Él alargó el brazo en un gesto rígido y la agarró. Parecía una máquina mal lubricada, Hachi casi creía oír el rechinar de sus articulaciones.

Lo siguió hasta su cuarto. Le daba miedo esa cara que no parecía la de Satoru, pero no quería dejarle solo en ese estado.

La ropa de la bolsa de papel consistía en un traje parecido al que su padre se ponía a diario. Aparte de la camisa, tanto la chaqueta como la corbata y el pantalón eran negros. Incluso los calcetines.

Se quitó la colorida sudadera y se puso la camisa blanca perfectamente planchada. Después los pantalones, la chaqueta y la corbata, ya con el nudo hecho. Por último, se cambió los calcetines de rayas rojas, que tiró encima de la sudadera, por los negros. En ese momento hizo un movimiento tan brusco como inesperado: le dio una patada a la sudadera. Los calcetines de rayas rojas salieron volando por los aires.

Hachi se asustó y se escondió debajo de la cama. Por lo general, cuando se asustaba, Satoru se acercaba enseguida para tranquilizarlo, pero en esa ocasión no hizo nada, ni siquiera lo miró.

Con su cara inexpresiva pateó la sudadera una y otra vez, en silencio, con una violencia desconocida, como si la prenda tuviera la culpa de algo.

Se oyeron unos golpecitos en la puerta.

—Satoru, ¿estás listo?

En cuanto oyó la voz de su tía dejó de maltratar la sudadera y salió del cuarto como si nada. Ella también se había cambiado y vestía de negro de pies a cabeza.

—Vamos cuanto antes con ellos, ¿de acuerdo?

Satoru asintió y caminó tras ella. Hachi los siguió.

Después de haberse calzado en la entrada, Satoru se descalzó y volvió a toda prisa, como si acabara de acordarse de algo importante.

Fue a la cocina, llenó la escudilla de Hachi con una montaña de pienso y le cambió el agua. Luego entró en el baño para limpiar su caja de aseo y añadió un poco más de arena.

A pesar de la inexpresividad de su cara y de la rabia volcada en la sudadera, Satoru seguía siendo Satoru. Hachi frotó su cabeza en las rodillas del chico. Él no dijo nada, no cambió el gesto, pero al menos le acarició un poco la cabeza.

Hachi se despidió de ambos y no se movió de la entrada hasta que la puerta se cerró. Aunque no sabía adónde iban, sí comprendía que se trataba de un lugar muy triste.

Satoru se había olvidado de encender las luces y pronto la casa estuvo completamente a oscuras. Hachi comió en las tinieblas, bebió un poco de agua y el resto del tiempo lo dedicó a dormir.

A medianoche regresaron.

Hachi se apresuró hasta la entrada. Satoru parecía atemorizado debido a que la casa estaba a oscuras. Se descalzaron y entraron. La tía encendió las luces del pasillo, el salón y la cocina, una tras otra. Satoru avanzaba a medida que se encendían. Entró en la cocina. Hachi aún tenía el cuenco de comida hasta la mitad. Solo le cambió el agua.

Se ducharon por turnos y se fueron a dormir sin cenar, Satoru en su cuarto y ella en un futón que extendió.

Cuando Hachi entró en la habitación de Satoru vio en un rincón la sudadera pisoteada. El niño estaba acostado. Saltó a su lado y descubrió que tenía los ojos abiertos. Miraba fijamente la lámpara de techo con una expresión vacía tras la cual solo parecía haber un par de agujeros para los ojos.

Como de costumbre, Satoru movió un poco la almohada para hacerle un hueco, pero Hachi no oía esa respiración pesada típica del sueño. Fue el primero en dormirse. No sabía a qué hora se habían cerrado los ojos del chico.

La mañana siguiente el cielo estaba despejado. A través de las cortinas se filtraba una luz intensa. Satoru y su tía volvieron a marcharse vestidos de negro. La escudilla de Hachi estaba llena y

dejaron encendida la luz del salón.

«Seguro que vuelven muy tarde».

Hachi estaba convencido de ello, pero se equivocaba.

Al atardecer oyó una voz fuera de la casa tan fuerte como el rugido de un animal. La voz se acercaba cada vez más, resonaba contra las paredes. Hachi comprendió que se dirigía hacia allí y se sentó en la entrada a esperar.

Fue Ko-chan quien abrió la puerta. Sujetaba a Satoru, que sollozaba desconsoladamente y gemía sin cesar. Entraron. Recorrió el pasillo apoyado en el hombro de su amigo sin dejar de emitir ese sonido animal. Se sentó en el sofá, exhausto.

Ko-chan parecía no saber qué hacer a pesar de haberle acompañado. Se sentó a su lado muy turbado. También a él se le veía agotado.

Hachi saltó al regazo de Satoru, que le acarició la cabeza. Se puso a lamerle con sumo cuidado.

«No te preocupes, no te preocupes, no te preocupes».

«Estoy aquí, estoy aquí, estoy aquí».

Le lamió largo rato hasta que los lamentos de Satoru se calmaron.



Los padres regresaron a casa en dos urnas blancas exactamente iguales.

Satoru se iba a vivir con su tía.

—Te llevarás a Hachi, ¿verdad? —le preguntó Ko-chan en un tono que parecía una súplica.

«Si Hachi está con él no estará solo por mucho que se vaya a un lugar nuevo. Así estará un poco menos triste», pensaba.

—No puedo porque mi tía cambia mucho de casa por el trabajo. —A pesar del dolor, parecía resignado a no poder cumplir el deseo de su amigo.

—¿Y qué pasará con él?

—Se lo quedarán unos parientes lejanos.

—¿Los conoces?

Satoru negó con la cabeza y Ko-chan apretó los labios como si estuviera enfadado.

—¡Le voy a preguntar a mis padres si me puedo quedar con él! —gritó.

Al atardecer regresó con los ojos enrojecidos.

—Mi padre dice que no. —Sus párpados hinchados daban la medida de su valentía al luchar contra él.

—No te preocupes —dijo Satoru con una sonrisa triste—. Estoy muy contento solo por el hecho de que lo hayas intentado.

Acariciaron a Hachi. Los dos lloraban y él les dejó hacer hasta que se cansaron.

Se había hecho a la idea de que los vería crecer en esa casa, pero ahora tenía la certeza de que en el mundo las cosas no sucedían según el deseo de los niños y los gatos.

Un día se presentó un familiar lejano para recoger a Hachi. Era un hombre de tez morena y facciones marcadas, y cuando sonreía sus ojos casi se hundían entre las arrugas.

El señor acarició con fuerza la cabeza de Hachi. Satoru lo llevaba en brazos.

—No te preocupes. En casa nos encantan los gatos. Lo vamos a querer mucho.

La cara de Satoru se iluminó. Era la primera vez que Hachi le veía esa expresión desde que sus padres habían vuelto a casa en unas urnas blancas.

—Prométeme que le vas a hacer feliz.

—Te lo prometo.

Cuando llegó el momento de separarse de él, sin embargo, Satoru rompió a llorar porque algo se había roto en su interior.

—Noriko, ¿estás segura de que no podéis quedároslo? —le preguntó el hombre a la tía de Satoru, profundamente conmovido por la reacción del niño.

En el apartamento donde vivía estaban prohibidas las mascotas, le explicó.

—Está bien. Debes sonreírle antes de despedirte de él. Si no, Hachi se preocupará.

Satoru obedeció y sonrió a pesar de las lágrimas. Luchando por alzar la comisura de los labios y a la vez contener los sollozos, al final hizo una mueca muy fea.

—Cuídate mucho, Hachi.

La última imagen que Hachi tuvo de él fue agitando la mano.



Después de tres horas de sacudidas metido en un transportín, Hachi llegó a una casa habitada por cuatro niños.

El mayor era incluso más alto que su padre. Después iban una chica, un chico y otro chico más, cuyas alturas disminuían progresivamente en ese orden. El último de ellos parecía de la misma edad de Satoru. Quizá por eso Hachi se aprendió su nombre en primer lugar: Tsutomu. Era un niño muy expresivo, como Satoru. No iba a natación, sino a béisbol. Todos los días se peleaba con sus hermanos mayores y como era el pequeño nunca ganaba, ya se tratase de una pelea en toda regla, ya de una simple discusión. Acercarse a él cuando lloraba y lamer sus manos y sus rodillas se convirtió en la tarea diaria de Hachi. Tsutomu perdía siempre por algún motivo y lloraba irremediablemente.

—Los gatos suelen familiarizarse antes con quienes les dan de comer.

El hombre y la mujer se miraban con gesto de extrañeza.

—Yo creo que se compadece de él porque es un flojo —dijo la hermana mayor de Tsutomu, una auténtica experta en hacerle llorar.

—¡Cállate! —se defendió el afectado con una patada.

—¡Te vas a enterar!

Y la eterna persecución volvió a empezar. Para Hachi era todo un enigma esa necesidad de Tsutomu de contraatacar si sabía que siempre acababa llorando.

—Me da la impresión de que a Hachi no le gusta salir —dijo la señora, pensativa—. Cuando limpio la casa dejo las ventanas abiertas y solo se pasea por el jardín. Vivimos en una planta baja, podría animarse un poco.

—Quizá en su otra casa ni le dejaban salir.

—Pobrecito —dijo la mujer con el ceño fruncido.

—No te creas —comentó el hermano mayor—. Mucha gente tiene miedo a los accidentes y cada vez hay más gatos que no salen de casa.

—A Milk lo atropelló un coche —terció el segundo de los chicos.

Milk había sido el anterior gato de la familia. El nombre, que había elegido la hermana mayor, nunca triunfó en la facción masculina de la familia.

—Es que Hachi es torpe. Mejor si no sale.

La chica le daba golpecitos con un dedo en un carrillo. Tsutomu intervino para que lo dejara en paz: —No es torpe, es un gato relajado. —Su comentario le recordó a Hachi el de otro niño de su misma edad—. No es torpe —insistió—. Es un gato relajado.

Satoru había sido el primero en quitarle el sambenito de torpe para otorgarle el título de gato relajado. Hachi miró a ese niño que usaba las mismas palabras de cariño y él le sonrió y le rascó detrás de las orejas.

En ese momento lo entendió. A partir de entonces se dedicaría a observar cómo crecía Tsutomu en aquella casa.

Satoru y Tsutomu eran de la misma edad. Usaban las mismas palabras. Cuando Satoru creciese, Tsutomu crecería también. Ambos niños se solaparon en sus pensamientos hasta fundirse en uno solo. Seguía preocupado por haber dejado solo a Satoru, pero al fin tenía un hogar donde relajarse.

Tsutomu le hizo cosquillas bajo el mentón y, por primera vez desde que había entrado en aquella casa, Hachi ronroneó con total despreocupación.



Cuando terminó el invierno y florecieron los cerezos, Tsutomu empezó a ponerse el uniforme de la escuela secundaria.

Seguía practicando el béisbol.

«¿Cuándo habrá dejado la natación?».

Hachi no se acordaba, pero seguro que no había podido seguir porque practicar los dos deportes a la vez era imposible. En algún momento habría guardado todos sus trofeos dorados.

Hacía deporte a diario y comía mucho. No tardó en dar el estirón. Parecía mentira, porque hasta entonces todo había ido muy despacio. Sin embargo, tras empezar la secundaria creció alrededor de diez centímetros por curso.

Como el béisbol se practicaba al aire libre, su piel acabó adquiriendo un moreno del tono de la salsa de soja. Su madre se reía porque a contraluz, decía, estaba tan negro que no era capaz de distinguir dónde estaban los ojos y dónde la nariz.

—Jamás pensé que sería más moreno que yo —comentó su padre, riendo también.

Sus gestos evolucionaban a la misma velocidad y las peleas con sus hermanos y con su hermana se desataban con idéntica frecuencia, pero a partir de cierto momento los encontronazos con ella dejaron de ser físicos para transformarse en puramente verbales. La lengua afilada de la niña se volvió todavía más incisiva y él apenas disponía de recursos para defenderse. Aunque no lloraba, los ojos se le humedecían de vez en cuando. Un golpe mínimo le habría bastado para derrotarla, pero jamás volvió a tocarla. Hachi se acordaba bien de cuándo fue la última vez: un día se enfadó tanto que le dio un empujón tan fuerte que la mandó contra el *fusuma*, y por poco quedó hecho trizas. Ella no se achantó. Contraatacó en el acto con un arma que encontró por casualidad a su lado, un martillo de broma de los que hacen un ruidito al golpear, y él se dejó machacar sin oponer resistencia.

—Por hoy te perdono —le dijo al fin su hermana.

Aceptó su condescendencia a pesar de lo cómico de la situación. A ella le había salido un moratón enorme en la pierna, pero no era quien parecía más desanimada. El hermano mayor le explicó a Tsutomu que era una chica y que no podía usar la fuerza física contra ella.

—Pero si discutimos no hay forma de vencerla.

—Acostúmbrate. Jamás podrás con una mujer.

Él, cuando se peleaba con ella, terminaba siempre soltándole un

«¡¡¡Cállate!!!» y se marchaba.

—No se trata de ganar —intervino el mediano—, es una guerra psicológica. Tienes que buscar su flanco débil y atacar por ahí, por donde más le duela. Su punto débil son sus pies enormes y que está plana como una tabla de planchar.

Para su altura tenía los pies demasiado grandes, sin duda: calzaba un zapato de veinticinco centímetros, ni más ni menos. Ella insistía en que eran veinticuatro y medio, pero los de horma estrecha de esa talla no le valían. Cuando el mediano se peleaba con ella no dejaba pasar la oportunidad de llamarla «Zapatones».

—El otro día me puse tus zapatillas —le dijo en el transcurso de una pelea—. A lo mejor puedes cambiártelas con tu novio.

—¡Cállate, imbécil! Lo que te pasa es que eres un enano.

—Yo estoy en la media, no como tú, que eres una vaca burra y encima estás plana. Te miro y no veo en ti una sola cosa buena.

—Yo tengo cuerpo de modelo, estúpido.

—¡No me hagas reír, por favor!

Pero Tsutomu no era de repuesta rápida y sus réplicas y contrarréplicas no servían de mucho.

Hachi quería a Tsutomu a pesar de sus ojos llorosos tras las embestidas de su hermana. De hecho, los quería a todos: al padre, a la madre, al hermano mayor, al mediano, a la hermana, pero a Tsutomu por encima de todos.

Cuando corría se le enredaban las patas traseras, pero Tsutomu era lo bastante considerado para excusarle y explicar que se debía a que era un gato relajado. La primera y única vez en su vida que se había cruzado con un ratón se quedó paralizado del susto porque no tenía nada que ver con el suyo con la cola de cuero, pero le dijo que a pesar de su incapacidad para la caza seguía siendo su gato favorito. Le explicaba a... no sé quién-chan, un amigo suyo, que movía su juguete demasiado deprisa. ¿Quién era aquel... no sé quién-chan? ¿Quién? Sí, era un amigo de Tsutomu. Hacía mucho, mucho tiempo, cuando Hachi era un cachorro, iba a jugar todos los días con él. ¿Desde cuándo había dejado de ir?

El tiempo volaba. Su época de cachorro estaba tan lejos como el día

de su nacimiento. Era incapaz de recordar el nombre de aquel chico, pero seguro que estaba bien porque, al igual que Tsutomu, sus extremidades se alargaban por momentos.

«Por favor, que todos crezcan sanos y felices».

La primavera siguiente el hermano mayor se marchó de casa. Había aprobado el examen de acceso a la universidad y se mudó a una gran ciudad. La casa se volvió un poco más silenciosa con su ausencia, pero también porque el tiempo de las peleas parecía haber tocado a su fin. Solo de cuando en cuando entre Tsutomu y su hermano mediano se producían esporádicos encontronazos sazonados con algunos empujones.

Las piernas y los brazos de Tsutomu crecieron todavía más. Debía de ser por la práctica diaria del béisbol y por engullir a todas horas ingentes cantidades de comida. Los pantalones del uniforme se le quedaron cortos y tuvo que usar el uniforme de su hermano mayor. Le fastidiaba porque el color estaba desvaído, pero su madre se negó a comprar uno nuevo solo para un año.

Durante el torneo de verano su equipo de béisbol cayó en las semifinales. Tsutomu volvió a casa con los ojos anegados en lágrimas de rabia.

—¿No está ya bien con haber llegado a las semifinales? —le preguntó su madre.

Su hermana no dejó pasar la ocasión:

—Mamá tiene razón. Puedes esforzarte un poco más e intentarlo de nuevo cuando estés en el instituto.

—¡Cierra el pico! —le gritó él en un arrebato de cólera—. Era la única oportunidad con mis compañeros de secundaria.[4]

—Solo intentaba consolarte —repuso enfadada antes de tirarle un cojín.

«Tsutomu, no has estado acertado». Hachi se restregó contra sus rodillas. Él acarició al gato y eso bastó para que se calmara y le pidiera perdón a su hermana.

—Haber llegado a las semifinales ya es todo un logro —lo

tranquilizó su madre.

Para celebrarlo, esa noche encargó sushi y preparó pollo frito y ensalada de patata, su menú preferido desde que era un niño.

Era el mismo menú que tomó cuando volvió a casa con una gran copa dorada después de ganar la competición de natación.

Al parecer ya no le gustaban tanto los rollitos de arroz con tortilla. Se entregó al atún y, cuando Hachi le arañó la manga, le dio un trozo al que había quitado todo el wasabi. Él se comió el arroz.

—¿Seguirás con el béisbol en el instituto? —le preguntó su padre.

Tsutomu asintió.

—¿No decías que solo te interesaba jugar con tus compañeros de secundaria? —El rencor de su hermana era más fuerte y persistente que sus ganas de consolarlo.

—No soy tan niño como para decir eso, ¿sabes? Además, unos cuantos irán al mismo instituto.

—¿Lo ves? Si no estás con tus amiguitos no hay nada que hacer.

—Cállate. Espero que te conviertas en una gorda —le soltó cuando ella estaba a punto de hincarle el diente a un pedazo de pollo frito.

El mediano no dejó pasar una oportunidad de oro:

—Eso no tiene ningún sentido porque ya está gorda.

—Si no os calláis vuestros platos se van a convertir en una sopa de limón —amenazó la hermana blandiendo un limón.

Odiaban su sabor ácido y le dijeron que se olvidara de semejante ocurrencia.

—¡Ya basta! —exclamó enfadada su madre.

Al fin los tres tuvieron que callarse.

«Han crecido mucho, pero siguen siendo unos niños. No entiendo cómo los humanos pueden tardar tanto en hacerse adultos». Hachi apenas conservaba un recuerdo vago de sus tiempos de cachorro.

Hachi. ¿Fue Tsutomu quien le puso ese nombre y le acarició cuando lo llevó a casa? ¿Fue él quien lo rescató de la caja de cartón? No. No sucedió así. Había llegado a esa casa metido en un transportín con el padre. ¿Qué era aquello de la caja de cartón? Estuvo mucho tiempo dentro, de eso sí se acordaba. Se mareó por unas sacudidas. ¿A qué se debió aquella agitación? Querían quedarse con él, pero no les dejaron

y entonces hicieron como si se escaparan, pero eso tampoco funcionó y luego empezaron a discutir.

«Tu plan no funciona. ¡Me has mentido!».

« Tú quieres quedarte con el gato, ¿no?».

«¿Y por qué no le has preguntado tú a tus padres si podías quedártelo?».

¿Quién era...? ¿A quién acusaba...? ¿A Tsutomu? Tsutomu jugaba al béisbol. ¿Cuándo había dejado la natación?

«Si… no sé quién-chan sigue, yo también...».

—Hachi, ¿quieres un poco de atún?

La hermana agitó un pedazo de atún con los palillos. Hachi no veía razón alguna para rechazar el ofrecimiento, de manera que se estiró cuanto pudo para olisquear el pedazo. Como no lo alcanzaba, terminó por perder el equilibrio y estuvo a punto de caerse.

—¡Ja, ja, ja! Qué torpe eres.

—Es un gato relajado. No le fastidies. —Tsutomu se enfadó con ella y le arrebató el pedazo de atún con un movimiento certero. Después se lo ofreció a Hachi en la mano.

—Es torpe, pero muy mono.

—Qué mujer más cruel, ¿no crees, Hachi?

Tsutomu siempre sustituía la palabra «torpe» por otra más apropiada y Hachi había terminado por familiarizarse con el adjetivo «relajado».

—¿Está rico?

Hachi lamió el pedazo de atún en la mano de Tsutomu.

El tiempo de los gatos y el de las personas discurría a velocidades distintas. El de los gatos lo hacía más deprisa. ¿Cuándo había caído en la cuenta?

Tsutomu había crecido, pero para ser adulto aún le faltaba mucho. Antes debía superar una prueba de acceso al instituto, por lo que durante todo el otoño y el invierno se dedicó a estudiar y nada más.

En Año Nuevo se presentó en casa un hombre barbudo con aspecto de oso.

—Hola, Hachi, ¿qué tal estás? —Tenía la voz ronca y cuando hizo ademán de agarrarlo, el gato se aterrorizó—. ¿Te has olvidado de mí? Vine en las vacaciones de verano, ¿ya no te acuerdas?

—Estuviste solo una semana. Un cerebro tan pequeño como el de un gato seguro que es incapaz de retener ese lapso de tiempo tan corto. Y encima, te presentas con esa barba.

Por la conversación, Hachi dedujo que se trataba del hermano mayor.

«Siento no haberte reconocido».

Para disculparse se restregó contra sus piernas y dejó que lo cogiera en brazos. Sin embargo, nada más notar el pinchazo de su barba huyó despavorido.

Tsutomu pasó todas las vacaciones de invierno concentrado en sus estudios, pero gracias a su esfuerzo superó el examen de acceso. Cuando floreció el único cerezo del jardín empezó a ir al instituto con un uniforme recién estrenado.

Enseguida retomó la práctica del béisbol y todos los días volvía a casa con la ropa de deporte llena de barro. El club de béisbol era bueno y se tomaban muy en serio los entrenamientos.

Las flores de los cerezos cayeron y brotaron las hojas. Entonces empezaron a aparecer orugas en las ramas. En esa época del año la madre y la hermana de Tsutomu decían que sería mejor cortar el árbol porque les daban asco las orugas.

—¿Cómo se os ocurre? Ese árbol es el símbolo de nuestra familia —protestaba el padre, enfadado por las veleidades deforestadoras de las mujeres de la casa.

En una ocasión en que Tsutomu entró en la casa con una oruga en el hombro las dos se pusieron a gritar. En otra, una que logró colarse por alguna rendija reptaba tranquilamente por el pasillo. Si llegaban a verla, pensó Hachi, el jaleo iba a ser de campeonato. Para quitarla de en medio le dio unos golpecitos con la pata delantera y, de pronto, sintió un intenso dolor, como si las almohadillas se le quemaran. Maulló desesperado. Tsutomu se presentó en el acto.

—¿Qué pasa, Hachi? —Nada más verlo comprendió la situación—. ¿Has tocado a la oruga?

—¿Una oruga? ¿Qué dices? ¿Las del cerezo? ¿Pican? —Su hermana, como era previsible, fue presa del pánico.

El mediano se encargó de resolver sus dudas:

—La mayoría no, pero algunas sí.

—¡Qué horror! ¡¡¡Mátala!!!

Mientras el mediano se encargaba del bicho, Tsutomu aplicó agua oxigenada a las almohadillas de Hachi.

—¿Debería ponerle un poco de pomada en la pata? —le preguntó a su madre.

—Creo que no porque seguro que se chupa. Si se le hincha, mañana lo llevaré al veterinario.

Tras cumplir su misión exterminadora, el hermano mediano regresó y acarició con fuerza la cabeza de Hachi.

—Qué tonto eres, Hachi. ¿Cómo se te ocurre tocar una oruga?

—A lo mejor ha pensado que como era más torpe que él podía ganarle.

A Hachi le ofendió el comentario de la hermana. Como siempre, fue Tsutomu quien salió en su defensa: —No digas bobadas. Estoy seguro de que quería quitarla de en medio precisamente porque eres una histérica.

Tsutomu lo conocía bien, sin duda. Su hermana reflexionó un poco y le dio una chuchería a modo de disculpa.

Todavía le dolía la pata, pero no tanto como para ir al veterinario.

La época de las orugas ya había pasado cuando una noche sonó el teléfono. Respondió el padre, que acababa de salir de la bañera.

—¡Cuánto tiempo! ¿Qué tal estás? Ya veo. Y Noriko-chan, ¿cómo está?

El padre continuó hablando como si tal cosa, a pesar de que iba en calzoncillos y su mujer lo miraba horrorizada.

—Claro que sí. Ven cuando quieras. Hachi te estará esperando, seguro.

Nada más colgar, su mujer le preguntó quién era.

—Satoru. ¿No te acuerdas de que todos los años nos envía una

postal de felicitación por Año Nuevo?

Hachi levantó las orejas. El nombre le provocó una especie de descarga eléctrica.

«Satoru».

—¡Ah, sí! El de Noriko-chan…

—Eso es.

—El niño de Hachi, ¿verdad? —dijo Tsutomu—. Su primer dueño. Si no me equivoco tenemos la misma edad.

—Sí. Al parecer se ha buscado un trabajo durante las vacaciones de verano para ganar algo de dinero y venir a ver a Hachi.

—¿Dónde vive ahora? Si no recuerdo mal, su tía cambiaba mucho de casa debido al trabajo.

—Ahora vive en Yamanashi.

—Ah… Si se ha buscado un trabajo para venir a ver a Hachi es porque le gustan mucho los gatos.

«Satoru. Satoru. Satoru. Satoru».

—Todos los años manda recuerdos para Hachi en las postales de Año Nuevo. Lo quería mucho.

—¿Y por qué no le ha pedido antes a su tía que lo trajera?

—Noriko-chan está siempre muy ocupada y, como tuvo que hacerse cargo de él, seguro que el chico no se ha atrevido a molestarla con sus caprichos.

«Cuídate mucho, Hachi».

Lloraba y se esforzaba por sonreír sin dejar de agitar la mano para despedirse.

—Cuando llegue, intenta llevarte bien con él, ¿de acuerdo, Tsutomu?

—Me comportaré como siempre, no te preocupes. De todos modos, si cuidaba tanto de Hachi debe de ser un buen tipo.

El primero en decir que era un gato relajado no fue Tsutomu. No era el único niño en sustituir la palabra «torpe» por otra más afectuosa. Hachi se acordó entonces del momento en que el recuerdo de Satoru empezó solaparse con la presencia de Tsutomu.

Seguro que él también había crecido y era alto y fuerte.



Satoru llegaría durante las vacaciones de verano. ¿Cuándo empezaban? Los días eran cada vez más largos, las sombras cada vez más densas.

Era la época del año en la que Tsutomu estaba más moreno.

Hacía tanto calor que no debía de faltar mucho. Hachi se impacientaba. Seguro que Satoru y Tsutomu se llevarían bien. Esperó y esperó hasta que al final la impaciencia le venció. Le dio por pensar que tal vez se hubiera perdido por el camino, así que, cuando el bochorno remitía un poco, salía a patrullar por los alrededores.

Tenía que andarse con cuidado porque nunca había ido más allá del jardín. En un principio dio vueltas alrededor del edificio y, poco a poco, fue ampliando los límites de sus paseos.

—Últimamente a Hachi le gusta salir a pasear —comentó la madre.

Tsutomu frunció el ceño.

—Espero que no se pierda.

Hachi estaba orgulloso de sus progresos en la ampliación de sus dominios.

—¿Por qué no le ponemos un collar con una placa identificativa, por si acaso? —propuso la hermana.

Al día siguiente, sin más tardanza, Tsutomu compró una.

—A lo mejor no le gusta.

Era un collar del que podía zafarse con facilidad, pero no lo hizo por no tomarse la molestia de quitárselo.

—Desde luego, es un gato que se deja hacer de todo —dijo el hermano mediano echándose a reír.

Aunque Hachi se había acostumbrado a pasear más allá de la casa, ni aun así lograba dar con Satoru. Se planteó entonces ampliar todavía más sus excursiones.

Llegó a una calle ancha que no había cruzado nunca, pero donde siempre había visto a mucha gente. Satoru llegaría por allí. Seguro.

Tras observar el comportamiento humano, concluyó que si cruzaba por las rayas blancas no correría ningún peligro con los coches. De hecho, probó a hacerlo unas cuantas veces sin mayor problema.

Aquel día esperaba a que la gente cruzara, cuando un hombre joven se lanzó a la carrera por el paso de cebra. Hachi lo siguió para no perder su estela y de pronto oyó el bocinazo de un coche. El joven se asustó, pero siguió corriendo. Hachi se quedó paralizado.

¡Pum! Un terrible golpetazo lo levantó por los aires y cuando quiso darse cuenta vio que había vomitado mucha sangre. El pecho le dolía mucho.

—¡Válgame el cielo! ¡¡Un gato!!

—¡Hachi! —Una sombra se acercó a toda velocidad y lo abrazó.

No lograba verle la cara, no sabía si debido a sus ojos o al contraluz del atardecer.

«¡Menudo problema! No sé si es Satoru o Tsutomu».

Bueno, cualquiera de los dos estaba bien, pensó. Para él no había diferencia entre ambos. Eran dos niños a los que quería mucho.



Satoru pensaba que sabría llegar solo a la casa, pero le dijeron que alguien iría a buscarlo a la estación del Shinkansen. Tsutomu, el hermano pequeño de la familia se encargaría. Cuando salió por la puerta en la que habían quedado vio a un chico de esa edad indefinida entre la pubertad y la juventud con la cara muy morena.

—¿Eres Satoru Miyawaki?

—Sí, soy yo.

—Encantado. Soy Tsutomu.

Satoru sabía que tenían la misma edad, por tanto también él estaba

en esa tierra de nadie entre dos mundos.

—Siento mucho que te hayas tomado tantas molestias para venir a verle y al final haya pasado esto…

—No te preocupes. No es culpa de nadie.

Le habían avisado de que Hachi había muerto atropellado por un coche el día antes de su llegada.

Fueron a casa de Tsutomu, donde los padres le dieron una calurosa bienvenida.

—Siento mucho lo ocurrido —dijo el padre.

A Satoru le conmovió, porque parecía tan preocupado como su hijo.

—Te había dicho que con tu visita harías muy feliz a Hachi —continuó.

—Creo que ha sido muy feliz en esta casa.

Habían colocado una foto suya en un lugar destacado del salón con sus cosas favoritas alrededor a modo de altar budista. Había otras fotos de los demás gatos de la familia.

Sí, Satoru estaba seguro de que Hachi había sido feliz hasta el último momento con una familia como aquella.

—¿Dónde está enterrado?

—Los cementerios para animales de compañía son demasiado caros. Está enterrado en una montaña cerca de donde nací. Mañana Tsutomu te acompañará.

Este asintió.

—Está a media hora en tren —le explicó.

—Te lo agradezco.

Por la noche llegó la hermana y el hermano mayor y celebraron el encuentro con una magnífica cena.

Todos contaron anécdotas de Hachi.

—Era un poco torpe, pero a mí me parecía muy mono —dijo la hermana riéndose.

—No era torpe. Era un gato relajado, tranquilo y cariñoso.

Satoru también se rio.

—Exacto. Un gato relajado, tranquilo y cariñoso.

Se bañaron y se acostaron pronto y al día siguiente, después de desayunar, Satoru y Tsutomu fueron a visitar la tumba de Hachi.

Se subieron a un tren local con parada en todas las estaciones y, como le había anunciado Tsutomu, al cabo de treinta minutos el paisaje cambió por completo y se transformó en montañoso. Frente a la estación donde se apearon se extendían los campos de cultivo. Atravesaron caminos rurales en dirección a una montaña.

—En coche no se tarda mucho, pero mi padre trabaja hoy y no ha podido traernos.

Hablando de Hachi, tomaron un sendero que ascendía en una suave pendiente. Ya habían abordado el tema de sus respectivos institutos y clubes de deporte y lo único en común que les quedaba era Hachi.

—Me acuerdo de la primera vez que se cruzó con un ratón. Se asustó mucho y se cayó de culo.

—Típico de él.

—Era un gato relajado. Hasta el accidente me parece algo muy suyo. Imagino que se asustó cuando vio el coche y se quedó inmóvil.

—No. No fue así —dijo Tsutomu torciendo el gesto—. Lo encontré justo después de que lo atropellaran, pues yo volvía de jugar al béisbol. Una mujer me contó lo ocurrido: siguió a un chico que cruzó con el semáforo en rojo. Era cauto e inteligente y debió de pensar que también podía cruzar con seguridad si lo hacía una persona. —Miraba con fijeza al frente, reprimiendo las ganas de llorar—. Si ese imbécil no hubiera cruzado cuando no debía, Hachi tampoco lo habría hecho. Cómo me gustaría partirle la cara.

—Si lo encuentras, llámame.

—No tienes pinta de pelearte con nadie —dijo Tsutomu.

—No, es cierto. Primero le partes tú la cara y después le daré yo lo suyo.

—¡Sí, hombre! —Soltó una risotada y luego se dio media vuelta para afrontar la subida. Al limpiarse el sudor de la frente con el brazo, aprovechó para enjugarse las lágrimas.

Desde lo alto del monte se veía un campo soleado. Tsutomu lo llevó a un lugar un poco al abrigo, donde entre una serie de lápidas de piedra destacaba una reciente.

—Mi padre se la encargó a un amigo que se dedica a este oficio. Era un resto de una más grande. No podemos permitirnos pagar un

cementerio de mascotas. Son demasiado caros.

—Con esto es suficiente. Es un lugar hermoso y muy soleado. Seguro que aquí estará muy contento.

Satoru depositó al pie de la tumba de Hachi un poco de pienso y unas galletitas de pollo con queso. Como llevaba muchas, las repartió entre los otros gatos difuntos de la familia.

—Mis padres también murieron en un accidente de coche.

Tsutomu asintió en silencio. Estaba al tanto de lo ocurrido. Asintió de nuevo.

—Me fui de viaje de fin de curso y cuando volví habían muerto.

Tsutomu guardó silencio.

—Le había comprado a mi padre uno de esos amuletos que venden en los templos para proteger de los accidentes.

Tsutomu no sabía qué hacer y se limitó a mirar fijamente el suelo.

—Como este, mira. —Lo sacó de la mochila. Se parecía a esos llaveros con gatos de la suerte que mueven la patita para atraerla.

—¿Lo conservas desde entonces?

—No. Aquel lo metí en el ataúd para que lo incinerasen con él. Antes de venir he estado en Kioto y he ido a comprar uno al mismo templo de entonces. No sé si es exactamente igual, pero se parece.

Era un amuleto muy corriente, de los que se veían en cualquier parte, el típico objeto que llamaría la atención de un niño.

—Me recuerda a Hachi —murmuró Tsutomu sujetando el amuleto.

Satoru sabía que encontraría el parecido enseguida porque, como él, consideraba a Hachi un gato relajado y cariñoso.

—Lo compré por eso, pero en el caso de mi padre no llegué a tiempo.

En aquella ocasión, se le agolparon muchas cosas en la cabeza. Se enfadó consigo mismo por lo idiota que había sido al comprar un amuleto que no servía para nada. También pensó que su padre y su madre habían muerto en un accidente de tráfico por comprar un amuleto tan barato que casi parecía un juguete.

—Cuando supe lo del accidente de Hachi… —Satoru se esforzó por deshacer el nudo que le atenazaba la garganta y continuó—: Me pregunté por qué no se me ocurrió dárselo entonces a Hachi.

Ya era demasiado tarde. Lo sabía muy bien.

A pesar de todo le hubiera gustado dárselo.

Era un gato relajado y cariñoso y seguro que entendería los sentimientos de Satoru.

—Quédatelo tú.

Tsutomu parpadeó, sorprendido.

—Seguro que Hachi se alegrará.

No había llegado a tiempo con su padre y tampoco con Hachi, pero si Tsutomu lo aceptaba, por fin tendría sentido para alguien.

—De acuerdo. —Tsutomu se guardó el amuleto en el bolsillo de atrás del pantalón—. Debemos irnos. Si perdemos el tren tendremos que esperar mucho.

—Un momento. Satoru volvió a juntar las manos delante de la tumba de Hachi. «Cuento contigo, Hachi».

Cuando emprendieron el regreso, les pareció oír el maullido de un gato procedente de alguna parte. Satoru miró a Tsutomu.

—¿Hachi?

—Puede ser.

Descendieron por el sendero disfrutando del paseo. Por alguna razón, terminaron riendo a carcajadas.

Un viaje de redención



Soy un gato. Me llamo Nana…

Me he esforzado por imitar al gato más respetado y famoso de Japón, pero no ha funcionado.[5] Si me presento y doy mi nombre no causo el efecto esperado. Esforzarme por buscar una fórmula anticuada y altisonante para hablar de mí no tiene sentido, y no creo que ni siquiera los gatos más viejos de nuestros días usen fórmulas de cortesía en desuso. Yo soy un gato joven, de manera que doy por concluido este pequeño arrebato de nostalgia aquí y ahora.

Por cierto, soy macho a pesar de llevar un nombre de hembra, pero eso no es culpa mía.

Lo eligió mi dueño, Satoru, sin tomarse la molestia de consultarme. Es un buen tipo, pero con poco talento para los nombres. Al parecer le inspiró mi vistosa cola en forma de gancho. Vista desde arriba parece un número siete, es decir, *nana* en japonés, lo cual le bastó para decidirse.

A lo mejor no tiene talento para los nombres, pero como compañero es irreprochable y, respecto a mí, he estado a su altura.

Durante cinco años hemos compartido una vida plácida, si bien en los últimos tiempos algo la ha ensombrecido.

Por una serie de circunstancias ineludibles, Satoru ya no podía ocuparse de mí y, en cuanto lo comprendió, empezó a actuar con rapidez. Recurrió a todos sus contactos para buscarme un nuevo dueño, y si daba con alguien que mostraba un mínimo interés, me agarraba y me llevaba a visitarle sin perder un segundo.

Honestamente, no debería tomarse tantas molestias. Me adoptó cuando yo era mayor, quiero decir, vivía mi vida de gato libre y no me iba mal. Con el tiempo me he domesticado, pero eso no significa que ese instinto de libertad se haya debilitado lo más mínimo.

Si ya no podemos vivir juntos, no tengo ningún problema en volver

a mi vida anterior. Punto. Se preocupa por mi futuro, pero se olvida de sí mismo. En cierto sentido es una forma de menospreciarme.

El caso es que me ha llevado de acá para allá en su *tournée* de conocidos, pero yo, como es natural, no estoy en absoluto dispuesto a consentir que ninguno de esos candidatos gobierne mi destino. Hasta hoy ha habido tres intentos, todos malogrados.

Siempre nos desplazamos en su furgoneta plateada y, cuando el trayecto es largo, al menos tiene la precaución de llevar el arenero de manera que mis urgencias estén cubiertas.

Tenía la esperanza de que acabasen de una vez esos encuentros, pero debo admitir que los viajes en furgoneta no están tan mal, así que de momento le acompaño sin protestar demasiado. Gracias a ello he conocido lugares impensables, si consideramos el radio de acción de cualquier gato que no viaja: yo he visto las dos ciudades donde Satoru vivió de niño, un pueblo perdido en el campo, infinidad de arrozales, cultivos de todo tipo, el mar e incluso el monte Fuji. Soy un gato urbano y en condiciones normales jamás habría visto nada más allá de mi entorno cotidiano.

Estoy convencido de ser el gato que más lugares y paisajes conoce de todo Japón. Jamás olvidaré esos viajes con Satoru.

Así estaban las cosas cuando emprendimos nuestro cuarto viaje. La furgoneta plateada se dirigía en esa ocasión hacia el oeste. Salimos de Tokio pasado el mediodía y al atardecer corríamos tras el sol que se ponía en el horizonte. Los rayos del ocaso, con sus tonos mandarina, iluminaban el perfil de Satoru sentado al volante. A pesar de la visera parasol, la luz le cegaba y no dejaba de parpadear.

Yo estaba acurrucado en el asiento de al lado. Me miró y sonrió.

—Tus pupilas parecen una raya, Nana.

Los gatos tenemos unos ojos verdaderamente increíbles. En función de la luz que reciban, las pupilas se obturan, de modo que en lugares muy iluminados casi desaparecen, mientras que en otros en penumbra se vuelven grandes y redondas. Cuando me miró, las mías estarían casi cerradas del todo.

—Según un dicho popular japonés, los ojos de los hombres deben ser como una raya y los de las mujeres redondos como un cascabel,

pero los tuyos pasan de una cosa a la otra. Es una ventaja considerable, ¿no te parece?

«Si tú lo dices… —pensé moviendo los bigotes—. Pues los tuyos entonces resultan de lo más inconveniente porque están siempre igual. Ojalá pudiera prestarte los míos en este momento, que te hacen más falta que a mí; y aunque la luz me ciegue, me basta con enrollarme como una serpiente y dormir».

—¡Mira! Ya falta poco para llegar a Kioto —exclamó tras leer una indicación—. De aquí a Kobe en el Shinkansen no habrá más de media hora. —Satoru parecía cansado de conducir con el sol de cara—. ¿Qué te parece si paramos un rato en Otsu?

«De acuerdo, tengo un poco de hambre, pero antes necesito ir al váter».

Me levanté y salté a la parte de atrás, donde estaba el arenero. En la dirección hacia la que avanzaba la furgoneta apareció una extensa superficie de agua iluminada por la luz dorada del atardecer.

«¿¡Cómo!?».

Trepé al salpicadero para echar un vistazo.

—Bonito, ¿verdad? —dijo Satoru—. ¿Sabes qué es? El lago más grande de Japón. Es increíble.

«¿No es el mar? Menuda sorpresa. Es enorme y no es el mar».

—¿Quieres bajar para verlo?

«No, gracias».

En la distancia el mar es muy bonito, lleno de frutos deliciosos y cargado de promesas románticas, pero de cerca esas olas gigantescas, ruidosas y amenazantes resultan aterradoras.

—Lo cierto es que, si paramos, llegaremos tarde.

«Tienes razón. Mejor no apuremos».

Al final nos detuvimos en un área de servicio y esperamos a que cayera la luz antes de continuar. Dejamos el lago para otra ocasión.

La cena consistió en comida seca y saludable con sabor a bonito pensada para personas que se preocupaban por sus gatos, pero como Satoru la alegró con un poco de atún seco, terminé por comer más de

la cuenta y me llené la panza.

Cuando uno se llena la tripa le vence el sueño. Es un hecho fisiológico inevitable que les sucede a todos los animales.

Me acurruqué otra vez en el asiento de al lado del conductor y a partir de ese momento ya no recuerdo qué pasó. Satoru me acarició el lomo un buen rato y en mi somnolencia pensé que se aburría a causa de un atasco.

Me desperté cuando noté que el motor se paraba. Levanté la cabeza y vi a Satoru desabrocharse el cinturón de seguridad.

«¿Ya hemos llegado?».

—Vaya, te has despertado. Antes de ir al hotel he parado en un sitio.

Alargó las manos hacia mí, me arqueé para estirarme y dejé que me levantara. Bajamos del coche y el fresco aire nocturno me hizo cosquillas en el hocico. Estornudé.

El sol se había ocultado hacía rato. Las montañas dibujaban sus siluetas contra el cielo de la noche.

—Fíjate.

Me di la vuelta entre sus brazos para mirar donde señalaba.

«¡Uaaa!».

A lo largo de la falda de la montaña descendía un auténtico mar de luces, como si en ese lugar aún fuera mediodía.

«Los humanos son increíbles. Consiguen transformar la noche en un mediodía».

—Esto se conoce como el paisaje nocturno del millón de dólares.

«Pues muy bien. Esa medida solo tiene sentido para vosotros. Además, te recuerdo, es una moneda extranjera».

Definir un paisaje de ese modo me resultaba por completo indiferente y bostecé.

—¿Cuánto será un millón de dólares al cambio actual? Alrededor de unos ochocientos millones de yenes. —Le llevó un rato hacer el cálculo—. Eso son alrededor de cinco millones de latas de comida para gatos.

«¿Cómo? Eso sí que es verdaderamente increíble».

Lo miré e hice mis propios cálculos.

«Aunque me comiese una al día, no terminaría con ellas en toda mi vida. Eso sí lo entiendo. Es el paisaje nocturno de los cinco millones de latas de pollo suave y sabroso».

Volví a contemplar el mar de luces que se extendía debajo de nosotros.

«Entre este paisaje y los cinco millones de latas... me quedaría con las latas. Una al día».

—¿Te aburres?

«Las luces son solo luces».

Volví a bostezar.

Nuestro hotel era el único en la zona que aceptaba mascotas. De hecho, en la recepción flotaba el olor de la infinidad de perros y gatos que habían pasado por allí.

Como ya habíamos cenado en el área de servicio al atardecer, lo único que nos quedaba por hacer era acostarnos. Además, se había hecho tarde.

La habitación era pequeña, limpia, cómoda. El único inconveniente era que no tenía una de esas viejas televisiones cuadradas donde subirme y entrar en calor. Para eso, mucho mejor la pensión que regentaba un amigo de Satoru. Ya no debían de quedar tantos hoteles con televisiones viejas. Tampoco se podía pasear por las zonas comunes, pero que aceptaran gatos sin duda lo convertía en un buen hotel.

Mientras me dedicaba a inspeccionar la habitación, Satoru fue a darse un baño. Lo oí canturrear al otro lado de la puerta al menos un veinte por ciento más alto del volumen habitual, por lo que supuse que estaba disfrutando.

Cuando salió al cabo de un buen rato, entré convencido de que quedaría algún resto de agua caliente en el grifo de la bañera. Nunca he sabido por qué, pero esa agua sobrante en los grifos siempre me ha sabido mucho mejor que la de mi propio cuenco y me gusta bebérmela cuando Satoru termina de bañarse.

Solo me limitaba a seguir con mi costumbre, sin imaginar lo que me

esperaba debido a un grave error de cálculo.

—¡Quieto, Nana! ¡El agua no!

«¿Y eso por qué, si puede saberse? Los gatos bebemos lo que queremos cuando queremos. Es una ley universalmente admitida…».

Ignoré su advertencia y cuando salté encima de la bañera, ¡válgame el cielo!, no tenía una de esas tapas que se usan en todas las casas de Japón para que no se enfríe el agua. Ni siquiera me dio tiempo a gritar cuando me sumergí en el agua caliente y jabonosa. Como había quitado el tapón y estaba vaciándose, el nivel había disminuido hasta la mitad, pero bastó para empaparme por completo.

—¡Las bañeras de los hoteles no tienen tapa!

«¡Pues podrías haberlo dicho antes!».

Intenté trepar hasta el borde, pero el agua me cubría casi por completo y me impedía cobrar impulso y saltar. Era una superficie resbaladiza, sin un solo agarre donde clavar las uñas, otro inconveniente para mi plan de escapada.

Satoru llegó a toda prisa y me sacó de allí. Tan pronto como me dejó en el suelo, me sacudí para expulsar toda el agua posible de mi pelaje. Salí a toda velocidad del baño. Satoru se precipitó detrás de mí:

—¡No! ¡Estás empapado y lleno de jabón!

Me agarró para llevarme de vuelta al baño.

«¿Y qué quieres que haga yo?».

Me sujetó con fuerza y cerró la puerta con el pie. Yo estaba convencido de que las cosas aún podían empeorar.

«¿Me equivoco?».

—Ya puestos, te daré un baño como es debido, ¿de acuerdo?

«¡Noooooooooo!».

Me retorcí para zafarme de sus garras, pero la puerta me cortaba el paso, era un muro insalvable, y arañé y arañé en vano.

—Es inútil, no puedes huir.

Agarró el jabón, hizo espuma y volvió a meterme en la bañera vacía para restregarme todo el cuerpo.

«¡Maldito seas, me las pagarás!».

Satoru no tuvo más remedio que llamar a la recepción para pedir un pijama y varias toallas a fin de secar el charco que se había formado en el baño.

Mientras me dedicaba a arreglarme el pelaje tumbado encima de una toalla seca, se acercó blandiendo un secador. Le lancé una mirada furibunda y arrugué el hocico a modo de advertencia.

«Si se te ocurre usar ese cohete conmigo la ruptura entre nosotros será total y absoluta hasta mañana. ¿Estás preparado para asumir las consecuencias de tus actos?».

—Te vas a resfriar —dijo, como si quisiera persuadirme con sus mejores artes.

Por fortuna, mi actitud arisca lo llevó a renunciar a la idea del cohete.

Justo en ese momento su móvil emitió un leve sonido, como el aleteo de una paloma al alzar el vuelo.

—Sí… Hola… Eso es, he llegado hace poco. Gracias por llamar.

Los retazos que capté de la conversación me bastaron para comprender que hablaba con la persona con quien se iba a encontrar al día siguiente. Al parecer se trataba de un antiguo profesor de la universidad que ahora daba clase en aquella ciudad.

—De acuerdo, en ese caso estaré allí a la una, como habíamos quedado. —Colgó y se volvió hacia mí—. Si mañana decide adoptarte, tendremos que separarnos. No debería haber hecho algo que odias en nuestro último día juntos.

«Tranquilo, ya me ocuparé yo de echarlo todo a perder también mañana».

Había conseguido secarme casi del todo, tenía la lengua cansada de tanto lamer, y me subí a un sillón para aovillarme allí. Me desperté a medianoche a causa del frío. Mi pelaje aún estaba húmedo, acabaría por resfriarme.

«Quería estar enfadado hasta mañana, pero va a ser que no».

Me bajé del sofá y me acerqué a la cama donde dormía Satoru. Salté junto a la almohada, olfateé el edredón y él, sin despertarse, lo levantó para dejarme entrar. Qué bien entrenado estaba.

Me introduje por la abertura, repté hasta sus pies y volví a subir junto a la almohada para tumbarme. Satoru me acarició la cabeza. Murmuró algo en sueños. Lo miré. Me pareció que había pronunciado mi nombre. A pesar de la oscuridad entreví unas lágrimas.

«¿Por qué tiene que separarse de mí si eso lo apena? Los seres humanos están llenos de contradicciones. Ya podían estar mejor dotados para otros lenguajes, al menos así nos escucharían. De ese modo le explicaría que no hace ninguna falta que se tome tantas molestias en buscarme un nuevo dueño. Siempre he sido un gato libre y salvaje, a mucha honra, y si retomo mi vida anterior me las arreglaré sin problemas».

Estiré el cuello para lamer sus lágrimas. Estaban ligeramente saladas. Me apartó y se quejó, porque le dolía.

Yo me esforzaba por consolarle y él reaccionaba así. ¿Qué clase de actitud era esa?



Satoru Miyawaki debía encontrarle a su gato un nuevo dueño lo antes posible por una razón de fuerza mayor. La noticia había llegado a oídos de dos compañeros de universidad con los que había cursado un seminario de desarrollo industrial impartido por el profesor Hisashi Kubota, cuando aún daba clase en la Universidad de Tokio, hacía ya diez años. El seminario se centraba en el desarrollo de las industrias locales y se impartía como parte del programa de la facultad de Economía.

Después de graduarse, sus dos compañeros habían acabado casándose y regentaban una pensión en Kofu, en la prefectura de Yamanashi. Se habían ofrecido para quedarse con Nana, pero su perro se había negado rotundamente a semejante idea.

Desde los tiempos de la universidad la pareja mantenía contacto con el profesor Kubota, a quien le gustaban mucho los animales, como le comentó ella a Satoru.

Satoru Miyawaki telefoneó al profesor, le explicó la situación y le

preguntó si estaría dispuesto a considerar la posibilidad de adoptar a Nana. Vivía en un edificio donde se admitían mascotas y tenía un perro llamado Lily que se había criado con un gato que ya había fallecido, de manera que en ese sentido no había problema. De hecho, cuando durante sus paseos Lily se cruzaba con un gato se acercaba enseguida muy emocionado, pero acababa frustrado ante la reacción hostil de los felinos. Desde que el viejo gato murió, no había vuelto a tener contacto con ninguno y, si el profesor se quedaba con Nana, tal vez su perro dejaría de corretear detrás de los gatos por la calle.

¿De verdad le iba a confiar Satoru Miyawaki a su querido gato? Antes de darle una respuesta, el profesor, preocupado, habló con la pareja que les había vuelto a poner en contacto para sondear un poco más.

—Decidle a Miyawaki que si a él le conviene, podría quedarme con el gato —les dijo.

La respuesta no le llegó a través de la pareja, sino directamente de Satoru.

—¡Cuánto tiempo, profesor!

Su voz cálida y amigable era la misma que el profesor recordaba de sus tiempos de estudiante y sonaba como si hubiera dejado atrás todo resentimiento. Seguramente se despidieron con una sonrisa el día de la graduación, pensó, aunque eso era una ilusión.

—Tenía ganas de volver a verle, después de cómo nos despedimos la última vez —le dijo Satoru.

Ese comentario le devolvió a la realidad. En efecto, quedaba algo de resentimiento.

—Me alegró mucho saber que se ofrecía usted para adoptar a Nana, pero más aún la posibilidad de encontrarnos de nuevo.

Parecía sincero y eso tranquilizó a Kubota, aunque no podía evitar sentirse un poco avergonzado. Su antiguo alumno sería veinte años más joven y, sin embargo, se comportaba con mayor generosidad y madurez que él.

—Bueno, en cuanto me he enterado de que uno de mis antiguos estudiantes necesitaba ayuda no lo he dudado. Me gustan mucho los animales y a mi perro le gustan los gatos.

Kubota se esforzaba por parecer amable. Hablaron de las posibles fechas para la cita, pero el profesor tenía ocupados la mayor parte de los fines de semana. A Miyawaki no le importaba que fuera un día laborable. Kubota comprobó sus horarios de clase y encontró un hueco a mediodía a mitad de semana.

—¿Cómo vas a venir? Si vienes en el Shinkansen puedo ir a recogerte.

Satoru dijo que iría en coche.

—A Nana le gusta viajar en coche. Si al final se queda con él, llévelo de vez en cuando a dar un paseo, por favor.

—Suelo ir a menudo a un parque para perros, así que me lo llevaré.

Después de unas cuantas palabras circunstanciales colgaron. Habían acordado la fecha de la visita de Satoru.

La noche anterior a su encuentro, al volver de la universidad, el profesor limpió la casa. Pasó la aspiradora con más celo de lo habitual y cuando terminó se dio cuenta de que se había acumulado mucho polvo en los muebles, así que empleó el plumero. Se acordó de que su mujer siempre le regañaba, le decía que debía pasar primero el plumero y después la aspiradora. Esperaba que le perdonase, allí donde estuviera. Al menos se tomaba muchas molestias para adecentar la casa.

Tenía intención de ofrecerle a Satoru un té con algunos dulces, pero no sabía si él habría comido o no. La una del mediodía era una hora comprometida. Tal vez debía haberle invitado a comer directamente. De todos modos, le preguntaría nada más llegar y, en caso de necesidad, pediría sushi. Él tomaría algo ligero para dejar hueco, por si acaso.

Nada más terminar las clases fue al comedor de la universidad y, después de darle vueltas y más vueltas, pidió *udon* con tempura, al que añadió un paquete con tres *inari* para quedar saciado. «No creo que sea una buena idea comer arroz envuelto en tofu frito después del *udon*», pensó, preocupado por su tripa abultada. Aun así, en su caso era un almuerzo modesto.

Se puso a pensar en Lily y en Nana, en cómo reaccionarían en su primer encuentro. Lo mejor para el gato sería darle la oportunidad de

adaptarse poco a poco, así que decidió encerrar al perro en la habitación del fondo.

Por fin sonó el telefonillo. Al descolgar, oyó la misma voz del teléfono:

—Buenas tardes. Soy Miyawaki.

Poco después abrió la puerta y allí estaba él, con un transportín para gatos. Su cuerpo delgado no había cambiado nada desde sus tiempos de estudiante. Su sonrisa afable, tampoco.

—Bienvenido. Pasa, por favor.

Kubota no quería mostrarse nervioso.

—¡Vaya, *sensei*! La vida le ha tratado bien —dijo Miyawaki con los ojos muy abiertos.

Lo inesperado de su comentario le hizo reír. Pensó que era típico de él. Tenía facilidad para congeniar con todo el mundo con esa forma suya tan directa de hablar. Sus intervenciones siempre hacían reír a sus compañeros de clase.

—Me ha tratado tan bien que he engordado veinte kilos a lo largo de diez años.

—¿De verdad? ¡No puede ser! Debería ponerse a dieta y cuidar su salud.

—Cocinar para uno solo es un incordio y siempre acabo comiendo fuera.

Le hizo pasar al salón.

—¡Hay que ver lo limpio y recogido que lo tiene usted todo! No parece la casa de un hombre de su edad.

—Bueno, hasta ahora me las he arreglado. Hace ya muchos años que enviudé.

En ningún momento se le ocurrió confesar que había terminado de poner orden apenas unas horas antes.

—¿Y sus hijos?

—Los dos estudian en la Universidad en Tokio.

—Entonces, ya están mayores. ¿Cuántos años tienen?

—Mi hijo se ha graduado hace poco y mi hija acaba de empezar.

Satoru dejó el transportín en el suelo y suspiró.

—Antes me parecía enorme la diferencia de edad entre los

universitarios y los escolares, pero cuando te pones a trabajar te das cuenta de que no es tanta. —Cuando Satoru se graduó, el hijo de Kubota cursaba sexto de primaria—. No sería raro que su hijo y yo terminásemos trabajando juntos —continuó—, porque mi empresa suele contratar a recién licenciados.

Según esa lógica, no hubiera sido extraño que alguien de la edad de Kubota tuviera un hijo de la de Satoru, de haberse casado solo un poco antes. Al pensar en ello le dolió lo impropio de su comportamiento cuando lo trató tan mal en la época en la que tenía la misma edad que su hijo ahora.

Satoru echó un vistazo al interior del transportín y lo abrió. El gato llamado Nana no daba ninguna señal de querer salir.

—Lo siento —se disculpó un poco incómodo Satoru—. Nunca sale enseguida. Ven, Nana. Vamos.

—No te preocupes. Deja que se tome todas las cautelas que quiera. Es signo de inteligencia.

Satoru se sintió aliviado y sonrió. Le alegraba mucho que alabase a su gato.

—¿Has almorzado?

—Sí. Creí que usted ya habría comido en la universidad.

—¿Has encontrado un restaurante donde admitan gatos?

—Lo dejé en el hotel y salí a comer algo antes de venir.

—Siento la molestia, pero este edificio no dispone de plazas de aparcamiento para las visitas, y cuando alguien aparca en el arcén de enfrente enseguida se presenta la policía para multarle.

Satoru dijo que no pasaba nada y le explicó que había aparcado donde le había indicado de antemano.

—Alguien que se aburre mucho se pasa el día vigilando —continuó el profesor—. Siéntate, por favor. Voy a preparar un té. Imagino que Nana no tardará en salir.

Para acompañar el té le ofreció unos dulces *imagawayaki* que había comprado antes de volver a casa. Satoru sonrió como un niño.

—¡Aún están calientes! Hacía mucho que no los comía. No sé por qué, pero estos dulces me hacen muy feliz.

—En esta región los llaman *kaitenyaki* —le explicó el profesor

haciendo gala de los conocimientos adquiridos desde que se mudó a esa ciudad.

—¿De veras?

Kubota recordaba a Satoru como uno de sus estudiantes más entusiastas y entregados. Le gustaba alborotar y hacía reír a todo el mundo, pero siempre se tomó los estudios en serio. Por eso le había prestado una atención especial desde el primer momento. De hecho, a menudo se preguntaba si no estaría dándole un trato de favor. ¿Por qué no se había percatado entonces? Si un estudiante tan brillante como él insistía tanto en determinados asuntos, sus razones tendría.

Si fuera posible retroceder en el tiempo, no diría lo que dijo entonces.



La primera vez que reparó en un estudiante llamado Satoru Miyawaki fue durante un curso de introducción a la economía local. En una de las clases, Kubota mencionó un estudio sobre un pueblo que había tenido mucho éxito al desarrollar su propia marca industrial. Era un trabajo relevante en relación con la materia de su clase.

Poco tiempo después un estudiante fue a verle.

—He leído el estudio que recomendó en clase. Es interesante.

Como no era una lectura obligatoria, ya se había olvidado del asunto.

—¿De verdad te has tomado la molestia de leerlo?

—Sí. Está en la biblioteca.

Al principio se mostró escéptico ante aquel estudiante, pues pensó que quizá se había saltado unas cuantas clases y ahora pretendía ganarse unos puntos extra, pero cuando el joven le comentó sus impresiones se dio cuenta de que había disfrutado de verdad de la lectura. Tenía muchos alumnos y no los conocía a todos por su nombre ni era capaz de reconocerlos.

—Me parecía estar leyendo una novela de aventuras, de esas en las que las adversidades terminan por transformarse en ventajas. Parecía

un RPG.

—¿Un RPG? ¿Qué quieres decir?

—*Roll Playing Game* en inglés, un juego de rol. A su edad imagino que no le interesan los videojuegos. Son juegos como *Dragon Quest*, *Final Fantasy*, cosas así.

—Ya entiendo —dijo Kubota—. Mi hijo no deja de pedirlos.

—Eso, eso. A eso me refiero. —Hablaba con el desparpajo propio de los jóvenes y no le faltaba gracia—. Cuando se acaba una misión empieza la siguiente, y con la experiencia se acumulan puntos… Nunca había leído nada escrito así y me ha dado la impresión de que el autor sabe muy bien cómo mantener la tensión.

—La realidad supera a la ficción, ¿no suele decirse eso? Es un trabajo muy bien documentado que describe la evolución de un proyecto especialmente significativo porque insufló esperanza en una zona deprimida. Cuando la gente tiene ganas y ambición, el futuro acaba abriéndose lleno de posibilidades, por extraño que parezca.

—Entiendo lo que dice. A medida que avanzaba en la lectura notaba que se me aceleraba el corazón.

Durante la conversación sonó el timbre que indicaba el fin del descanso.

—Siento haber hablado tanto —se disculpó Satoru apresuradamente.

—¿Cómo te llamas y qué estudias? —le preguntó.

—Satoru Miyawaki. Estoy en segundo de Economía.

De no haberle retenido Kubota para preguntarle el nombre, el joven se habría marchado sin más. Al parecer, su intención solo era comentar aquel trabajo que tanto le había gustado.

A partir de entonces, le prestó algunos libros de su biblioteca personal que podrían interesarle.

—Tengo muchos en mi despacho —le dijo Kubota—. Puedes venir cuando quieras a echar un vistazo y te dejo los que quieras.

El titular del seminario no era él sino una eminencia en economía con infinidad de ocupaciones fuera de la universidad, como participar en programas de televisión o pronunciar conferencias, de tal modo que apenas aparecía por allí. La cabeza visible del departamento, por

tanto, era Kubota, y casi todos los libros en el despacho eran suyos.

Satoru aceptó de buen grado el ofrecimiento. Los libros que escogía también le habían interesado a su profesor. A la hora de compartir opiniones no se refrenaba lo más mínimo; Kubota pensó que le gustaría contar con él en su seminario. El caso fue que al curso siguiente su deseó se cumplió.

Satoru envió la solicitud y animó a dos amigos suyos, un chico y una chica, a que se apuntaran también. La familia de la chica se dedicaba al negocio de la fruta en la prefectura de Yamanashi y Satoru le explicó que sería una buena forma de ayudar en la empresa familiar. Su amigo se decidió porque iba ella. Las típicas motivaciones que mueven a los jóvenes.

La propuesta para el trabajo final en el seminario de Kubota, que se centraba en el trabajo de campo, fue de Satoru.

—La familia de Sakita nos ofrece amablemente un lugar para hacer nuestra práctica.

Sakita era la hija de esa familia que se dedicaba a la explotación agrícola, la misma a la que Satoru había convencido para apuntarse al seminario. Sugi, el otro compañero, y él eran buenos amigos desde el instituto.

Satoru propuso formar dos grupos y vender parte de la cosecha en la calle con estrategias distintas. La familia de Sakita les proporcionaría la materia prima a cambio de que ayudaran en la recogida: les agradó la idea porque para ellos significaba mano de obra gratis en el momento de más trabajo de todo el año. Como solían vender la fruta en determinados lugares no muy alejados de su campo, dejarían esa responsabilidad en manos de los estudiantes.

El ejercicio se había planteado como un juego y todos estaban entusiasmados con el proyecto. Hubo alguna dificultad a la hora de determinar quiénes compondrían los dos equipos, y en un principio optaron por juntar a los de cuarto de carrera en uno y a los de tercero en el otro. Sin embargo, Sakita y otros dos chicos con experiencia previa en el terreno estaban en tercero y, por tanto, contaban con ventaja. No obstante, los de cuarto, por su parte, tenían un año más de experiencia, lo que también era una ventaja. Otro asunto que habría

que resolver era cómo iba a calificar su profesor al grupo perdedor.

Kubota les explicó que a la hora de poner la nota no iba a considerar las ventas, sino el planteamiento y la ejecución de sus respectivos trabajos. Al final, optaron por juntarse por cursos.

—Aunque la nota dependa del trabajo —comentó uno de los de cuarto—, ¿no cree que sería motivadora alguna recompensa para los que ganen?

—¿Una recompensa? No puede ser tan relevante como para que cree un problema entre vosotros.

—Ya no somos niños, profesor. Aceptaremos la derrota con deportividad.

No serían niños, pero esa confianza que demostraban en la exigua economía de un profesor universitario a Kubota le parecía un rasgo infantil.

—En tal caso —intervino Satoru levantando la mano—, ¿y si el equipo ganador lo celebra con una ronda de cerveza *premiun pilsener*?

Se trataba de un tipo de cerveza que no solía incluirse en los menús de estudiante y que les era inaccesible. Los recursos de Kubota sí alcanzaban, al menos, para pagar una ronda.

Satoru tenía gran talento para lograr compromisos y todos estuvieron pronto de acuerdo.

—Hecho. El equipo ganador brindará con *premiun pilsener*.

Kubota agradeció sinceramente a Satoru su ayuda inestimable.

La familia de Sakita puso a disposición de los estudiantes melocotones y uvas. Tanto el equipo de cuarto como el de tercero desarrollaron sus propias estrategias de venta. Los de cuarto optaron por reservar una parte para dar a probar gratis a sus potenciales clientes. Los de tercero, por su lado, optaron por la mercancía de categoría B para venderla a menor precio. Solo podían usar un único cartel, donde no aparecieran las palabras «barato» ni «descuento». Los de tercero se quejaron porque su estrategia se basaba precisamente en eso cuando eligieron un producto de inferior calidad. El problema era que la diferencia de precio entre unos y otros era muy acusada.

Al final, los de cuarto se centraron en la degustación gratuita y los de tercero en remarcar el precio.

Se pusieron manos a la obra temprano por la mañana hasta bien entrada la tarde. Ganó el equipo de tercero. Su éxito, sin embargo, no lo determinó la ventaja del precio, sino el emplazamiento y gozar de una mayor visibilidad. Aunque los puntos de venta estaban al borde de la carretera, la redacción del cartel que hicieron los de cuarto, con una frase demasiado larga, dificultó la lectura de los conductores que pasaban.

Por el contrario, la letra B resultó muy fácil de identificar y, por lo demás, ya estaba asociada a la idea de oportunidad, lo cual llamaba la atención de los clientes.

De haberse instalado en una zona peatonal tal vez los resultados habrían sido muy distintos, dada la proximidad de los clientes y el efecto positivo de probar gratis los productos.

De cualquier modo, la experiencia para ambos grupos fue lo bastante enriquecedora para basar en ella sus trabajos.

La última noche de su estancia, la familia de Sakita les organizó una fiesta y su padre se encargó del brindis con un vino local.

—Gracias por cuidar de nuestra hija, profesor. El propietario del viñedo de donde sale este vino es amigo mío. Enhorabuena a todos.

Kubota no se atrevió a advertir de su escasa resistencia al alcohol y no supo negarse. El vino era muy ligero y cuando quiso darse cuenta estaba completamente borracho.

Fue Satoru quien lo sacó antes de que se desplomara en el suelo.

—Ya tiene la cama lista, profesor.

La familia les había alojado en una casa anexa. Cuando entró en su cuarto Kubota se desplomó, incapaz de dar un paso más.

—Gracias —alcanzó a decir—. Gracias a ti no he hecho el ridículo.

—La gente que tolera el alcohol no comprende a quienes no les sienta tan bien. Yo soy como usted y estaba preocupado. Si me fuerzan a beber busco cualquier excusa para escaparme, pero entiendo que estaba usted en un compromiso.

Kubota se había dado cuenta de que cuando los estudiantes salían a beber, Satoru se escabullía como un ratoncito, pero no sabía por qué

se comportaba así.

—Podrían dejarnos en paz porque sin alcohol uno se divierte igual, ¿no le parece?

A Satoru le bastaba un buen ambiente para pasarlo bien.

—El padre de Sakita no tiene fondo.

—Desde luego. Cuando Sugi y yo estudiábamos en el instituto, veníamos aquí a veces y siempre nos emborrachaba.

—Pero erais menores de edad, ¿no?

—No sea usted tan estricto. Estábamos en su casa y era el padre de Sakita quien nos daba de beber. Dígaselo a él, no a mí. —Satoru estaba despejado y sabía llevar la conversación. Antes de terminar el instituto, Sugi ya se había curtido con la bebida, pero él no—. De todos modos, la que más bebía era Sakita —confesó—. Por eso se queja tanto, porque está en casa de sus padres y tiene que ayudarles y así no le queda tiempo para disfrutar con sus amigos.

—Entiendo. Lo siento por ella, pero me alegro de que todo haya ido bien y la práctica haya sido útil. Gracias a ti, que tuviste la idea. Me alegro mucho de que te matriculases en el seminario. No quería que hicieras cualquier cosa. —El alcohol aún le afectaba y le soltaba la lengua. Satoru era un buen estudiante y el candidato ideal para muchos de sus colegas.

—Lo tenía decidido desde hacía tiempo.

—¿Y por qué?

—Porque me gustaba hablar de libros con usted, y cuando estuve en su despacho la primera vez me agradó mucho el ambiente.

Kubota se preguntó qué le habría resultado tan agradable.

—Tiene usted una foto de su familia en la mesa, ¿verdad? También estaban su gato y su perro, un detalle que me llamó la atención.

—¿Te gustan los gatos?

Satoru titubeó antes de contestar. Kubota había acertado.

—Lo digo porque has puesto al gato en primer lugar.

Satoru sonrió y asintió con la cabeza.

—Me gustan ambos animales, pero prefiero a los gatos. De niño tuve uno.

—¿Cómo era?

—Se llamaba Hachi —contestó alegre—. Era un gato muy cariñoso que entendía cuanto le decía. Tenía en la frente una marca de V invertida que parecía el ideograma del número ocho, manchas blancas y la cola en forma de gancho.

—Una cola en forma de gancho… Un gato de la suerte.

—Sí.

Satoru no sabía nada al respecto y Kubota no recordaba bien dónde había oído esa historia.

—Al parecer los gatos con cola en forma de gancho atraen la suerte porque se queda ahí atrapada.

—No lo sabía —murmuró Satoru con ojos radiantes—. En tal caso, seguro que traen la felicidad, ¿no? Después de todo, la llevan enganchada en la cola.

—Podría ser.

Satoru sonrío.

Cuando vio aquella foto, le deseó a Hachi una situación igual de afortunada, porque las circunstancias le habían obligado a entregárselo a un pariente.

—Con esa cola en forma de gancho estoy convencido de que le llevó la felicidad —dijo Kubota cuando se lo contó.

—Me alegra mucho oírlo.

Hablaron sobre gatos y por eso Kubota soñó esa noche con uno como el que había descrito Satoru. Nada más verle al día siguiente se lo contó.

—¡¿De verdad?! —exclamó con los ojos brillantes—. ¿Era feliz?

—No lo sé. Tomaba el sol.

—Porque estaba feliz, seguro.

A pesar de la sonrisa no pudo evitar un gesto de contrariedad. Qué crueldad la de Hachi. Aparecerse en los sueños de su profesor y no en los suyos.

A Kubota le enterneció su resentimiento.



—Se le apareció a usted en sus sueños y a mí no.

—Me resultó gracioso verte resentido por eso.

Yo escuchaba la conversación y me sorprendió descubrir que Satoru era de esas personas a las que les afectan ese tipo de detalles. Me divertía mucho lo que decían.

Seguro que Hachi también estaba resentido por el hecho de que Satoru no soñara con él.

—Por cierto, Nana también tiene la cola en forma de gancho y esas mismas manchas blancas en el pelaje.

Desde el sofá donde estaba sentado, el profesor Kubota se volvió para mirarme. Como no alcanzaba a oír bien su voz, me decidí a salir del transportín.

—Sí, se parece mucho a Hachi. La primera vez que lo vi no me lo podía creer, pero el gancho está en la dirección contraria. Visto desde arriba parece el número siete.

«El siete es el número de la fortuna, profesor. Seguro que soy capaz de atrapar más felicidad con mi cola que Hachi».

—Entiendo. Nana te cambió la vida, ¿verdad?

Eso es, el profesor tenía toda la razón. ¿Por qué no le decía entonces que no renunciase a mí, a nuestro destino juntos, a mi cola en forma de siete?

—Por cierto, he comprado pasteles. ¿Quieres uno?

Kubota se levantó, pero Satoru lo detuvo.

—No, gracias. Estoy bien.

—Apenas has comido y la gente joven debe alimentarse como se debe.

Exacto. Satoru comía muy poco últimamente, pero tampoco me parecía normal la cantidad de comida y dulces que ingería el profesor.

Había empezado sacando esos *imagawayaki*, después le había preguntado si quería galletas de arroz, un poco de fruta, un bollo... De haber comido todo lo que le ofrecía, habría iniciado el camino hacia la obesidad. A Satoru con un dulce le bastaba.

—¿Estás seguro? Los he comprado en una pastelería que gusta mucho entre los estudiantes... —Kubota pareció desilusionado.

Satoru se vio en un compromiso.

—En ese caso, le acepto uno pequeño.

El profesor se dirigió a la cocina y aproveché para saltar encima de su regazo.

—Por fin te has decidido a salir. ¿Te gusta la casa del profesor?

No. Solo había salido para oír mejor la conversación. Que en esa casa viviera un perro me proporcionaría un buen argumento para pelearme con él y no tener que quedarme allí.

Satoru observaba al profesor moverse en la cocina con gesto de preocupación, supongo que por algo ocurrido en el pasado... Eso me extrañaba y pensé que si sacaba comida sin parar era para evitar el silencio entre ellos. Si la conversación se interrumpía un instante, el profesor se incomodaba y escapaba a la cocina. Aquello estaba convirtiéndose en una merienda sin fin.

Era una situación que entendería incluso quien no fuera un gato. Se sentía culpable respecto a Satoru.

—Come todo lo que quieras —dijo el profesor.

En la caja que dejó sobre la mesa había seis pasteles, una cifra peculiar teniendo en cuenta que eran dos.

Satoru parecía aterrorizado ante tal cantidad de dulce. Me dio la impresión de que se sentía aliviado cuando sus ojos se toparon con una gelatina de color naranja. Eso sí podía comérselo incluso obligado.

—Prefiero esto —dijo.

—Buena elección.

Kubota le explicó que solo las preparaban de vez en cuando. Él se decidió por un Mont Blanc, que a mí, de un solo vistazo, me pareció una bomba de azúcar. Ya había comido una considerable cantidad de dulces, pero daba la impresión de no tener fondo. Además de la culpabilidad, debía de tener una relación con los dulces distinta al resto de la gente.

Satoru comía muy despacio para que no le ofreciese nada más. La situación me divertía.



Satoru y su profesor siempre habían tenido buena relación, pero con el tiempo se torció por un asunto familiar de Kubota. A su mujer le descubrieron un tumor maligno y no le dieron más que un año de vida. Por entonces Satoru estaba en cuarto de carrera.

En un principio, Kubota no tenía intención de decírselo a nadie, pero cuando en otoño la ingresaron y tuvo que ir todos los días al hospital, no le quedó más remedio que pedir ayuda. Cuidar de sus hijos, del perro y el gato, y mantener la casa se volvieron tareas imposibles. El trabajo también le robaba mucho tiempo, dedicaba mucha atención a sus alumnos.

Cuando lo contó, los estudiantes hicieron lo posible por adaptarse y trataron de aligerar la carga del profesor. De entre todos ellos, Satoru fue quien más le ayudó. No se limitó a los asuntos de la facultad, sino que se ofreció para hacerle la compra y cuidar de sus hijos cuando no tuviera a nadie.

Le gustaban los niños y los hijos de Kubota se familiarizaron enseguida con él. Kubota había dejado al perro y al gato a cargo de sus padres, pero cuando Satoru empezó a ir a su casa una vez por semana, los niños asumieron la responsabilidad de los animales. Su «hermano mayor», Satoru, se divertía con ellos y los niños le ayudaron. Del paseo diario del perro se hizo cargo el chico, que sacaba al animal por la mañana antes de ir al colegio y al atardecer a su regreso.

—Te agradezco mucho lo que estás haciendo por mí —le decía el profesor.

Pero él insistía en que no era nada.

—Me gusta jugar con sus hijos, con el perro y el gato, y además este año solo tengo las clases del seminario.

Sorprendentemente, en tres años había conseguido todos los créditos de los cuatro cursos y estaba exento de asistir a las clases. Incluso tenía una oferta en firme de trabajo. Dado su don de gentes, Kubota terminó por abrirse a él: le contó con todo detalle la evolución de la enfermedad de su mujer, lo negro que veía el futuro inmediato.

Su mujer se mantenía en el aire como un avión de papel, volaba a

baja altura y a partir de Año Nuevo descendió todavía más debido a un empeoramiento repentino.

«Tal vez no llegue a ver la floración de los cerezos», le había dicho el médico a Kubota.

Satoru se presentó un día en el seminario a pesar de que había entregado hacía tiempo su tesina. Estaba muy serio.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Kubota, preocupado e impaciente a la vez porque debía marcharse al hospital.

Satoru le habló con decisión:

—Profesor, ¿no debería hablarles a sus hijos sobre su mujer?

—¿Se puede saber qué dices?

No les había contado que su madre se hallaba en fase terminal. Su hijo estaba en sexto de primaria y su hija era cuatro años menor. Se sentía incapaz de enfrentarse a ellos y explicarles que su madre se moría. Había decidido cargar él con todo el peso de la situación para evitarles el sufrimiento en lo posible. Se lo diría justo antes de que muriera. No quería que la vieran en ese estado y que la proximidad de su muerte los atormentara. De ese modo, pensaba, el recuerdo de su tiempo con ella sería siempre feliz hasta el final.

—¡Deja de meterte en mis asuntos! —le gritó.

Satoru le ayudaba en infinidad de cosas y en un principio no le tuvo en cuenta el exabrupto, pero al pensarlo dos veces se quedó de piedra. No entendía una reacción tan injusta.

Sin embargo, no se dio por vencido tan fácilmente.

—Profesor —le dijo—, los niños ya lo saben.

A Kubota la sangre se le subió a la cabeza.

—Pues será porque se lo has dicho tú.

—Yo no les he dicho nada. Puede que sean niños, pero entienden muy bien que el final está cerca.

De haber sabido mantener la cabeza fría habría comprendido lo que Satoru quería decirle, pero en ese momento solo tuvo sospechas: «¿Dice la verdad o ha sido incapaz de quedarse callado?».

—Para usted su mujer es muy importante, pero para ellos también. Si va a morir les gustaría despedirse antes de ella. No se lo impida, se lo ruego.

Con aquel tono parecía sugerir que entendía los sentimientos de sus hijos mejor que su propio padre. Eso le molestó sobremanera. Si no tenía hijos, ¿cómo podía decir algo así?

—Un padre debe hacer cuanto esté en su mano para que sus hijos no tengan remordimientos —añadió Satoru.

—¡Tú no tienes ni idea de los sentimientos de un padre! Así que ¡cállate!

Cuántas veces deseó Kubota dar marcha atrás, borrar esas palabras. En aquel momento, sin embargo, no sospechaba hasta qué punto se arrepentiría. Satoru, no obstante, se negó a recular a pesar del dolor que le causaban las palabras de su profesor.

—A lo mejor no entiendo los sentimientos de un padre, pero entiendo los de los hijos. Quizá comprenda mejor que usted el sentimiento de sus hijos.

¿A qué clase de sentimientos se refería exactamente?

—Cualquier hijo desearía despedirse como es debido de sus padres, decirles lo mucho que los quieren, darles las gracias.

La voz temblorosa de Satoru denotaba que estaba a punto de romperse por dentro. Kubota decidió zanjar la cuestión de una vez por todas.

—No vuelvas a aparecer nunca más. No te acerques a mis hijos, y tampoco hace falta que vuelvas al seminario.

La desesperación se apoderó de Satoru y se reflejó en su gesto.

«No es asunto suyo —pensó Kubota—. ¿Por qué demonios tiene que poner esa cara?».

Ese gesto, como si el mundo se derrumbara, le dio miedo, y Kubota se precipitó fuera de su despacho a toda prisa.

Fue la última vez que se vieron.

Hasta ese día.

En realidad, Satoru no estaba obligado a volver al seminario porque ya había terminado. Había presentado un trabajo impecable.

Le obedeció y no volvió a aparecer. Al principio sus compañeros se preguntaron qué le había pasado, pero él puso como pretexto su nuevo trabajo, la formación que le obligaban a hacer. No le quedaba tiempo para nada.

Kubota, por su parte, no se quitó de la cabeza tan fácilmente sus palabras, su insistencia en que les dijera la verdad a sus hijos. Por eso se decidió a preguntarle a Sugi. Era el mejor amigo de Satoru, debía de saber algo.

—Se preocupa mucho por mis hijos, pero no entiendo bien la razón. ¿Sabes algo?

Sugi comprendió enseguida.

—Sus padres murieron en un accidente de coche cuando todavía era un niño. Debía de tener la misma edad de su hijo mayor. A lo mejor se ha entrometido demasiado, pero entiéndalo… —«Por favor», le hubiera gustado añadir.

—Lo entiendo, gracias por contármelo —repuso el profesor esforzándose por ocultar su abatimiento.

No sentía un dolor parecido desde que el doctor le comunicara la triste noticia de su mujer. Recordó todas y cada una de las palabras que le había dicho a Satoru y no pudo soportar los remordimientos.

«Tú no tienes ni idea de los sentimientos de un padre», le había dicho. ¿Qué había sentido Satoru al oír esas palabras?

Por mucho que Satoru deseara conocer los sentimientos de sus padres no tenía forma de hacerlo. Ni siquiera podía preguntarse sencillamente qué estarían haciendo en ese momento.

«Sí entiendo los sentimientos de los hijos», le había contestado Satoru. Sin duda, él mejor que nadie sabía cómo se sentían unos hijos frente a una pérdida así. Sabía muy bien lo que era recibir la noticia repentina de la muerte de unos padres. Su historia le conmocionó. ¿Qué debía hacer? ¿Debía decírselo a sus hijos?

Cuando se acercó el momento decidió hablar con ellos.

—Mamá no vivirá mucho más tiempo.

El chico rompió a llorar, pero la noticia no le sorprendió. Lo presentía. Ya se lo había advertido Satoru.

Se despertaban pronto para ir a verla al hospital, pero la mayor

parte del tiempo ella no era consciente de lo que ocurría a su alrededor. Durante uno de sus escasos momentos de lucidez, su hijo aprovechó para darle las gracias por todo y le repitió lo mucho que la quería. Su hermana pequeña se sintió obligada a decírselo también.

Su madre apenas podía hablar, pero los escuchaba y asentía con la cabeza. Satoru se lo había advertido: querían despedirse de ella, darle las gracias, decirle que la querían. Y eso fue lo que sucedió. De hecho, Kubota pensó que Satoru les dijo lo que tenían que hacer, pero cuando vio a su hijo comportarse de aquel modo comprendió que aquello ya no tenía importancia.

Su mujer murió un frío día de finales de febrero. Nada más terminar el funeral, su hijo le dijo:

—Papá, gracias.

Kubota no pudo reprimir las lágrimas, y el llanto le liberó de un gran peso tras comprender que había actuado bien. Su hija pequeña aún no tenía edad para entender la verdadera dimensión de lo ocurrido, pero él dio gracias al cielo por no haberles robado ni a ella ni a su hijo los últimos momentos con su madre.

Satoru se graduó un mes más tarde. Kubota no acudió a la fiesta de despedida porque estaba de luto, pero sí fue a la ceremonia de graduación. Sus alumnos del seminario se acercaron para saludarle. Estaban un poco perdidos porque no sabían muy bien cómo dirigirse a él, por lo que la conversación fue breve.

Entre ellos se encontraba Satoru, pero no hablaron. Ambos supieron sacar provecho de aquel contexto parco en palabras.

Kubota temía hablar con él después de haberle herido tan profundamente. Antes de marcharse, Satoru inclinó la cabeza en silencio a modo de despedida. Él le correspondió con el mismo gesto.



—Le expliqué a mi hijo que su madre no viviría mucho.

—¿De verdad? —respondió Satoru sonriendo.

—Si no hubieras hablado conmigo, no les habría dado la posibilidad

de despedirse de ella. Sin embargo… —Kubota agachó la cabeza inesperadamente—. Lo siento. Lo siento de veras.

—No me haga eso, profesor.

Satoru se olvidó de que me tenía en su regazo y se puso en pie de un salto.

«¡Cuidado, chaval! De no ser yo me habría pegado un buen trompazo».

El profesor levantó la cabeza y Satoru se calmó. Volvió a sentarse en el sofá.

—Yo también debo disculparme por haber planteado las cosas de aquel modo, sin tener en consideración sus sentimientos, a pesar de lo cual usted me escuchó. Lamento haberme comportado así. —Hizo una inclinación de cabeza.

Kubota estaba atónito.

—Últimamente he empezado a comprender sus sentimientos —continuó Satoru—. Si fuese yo quien tuviera que irse, no me gustaría que mis seres queridos pasaran las últimas horas conmigo sumidos en la tristeza. Más bien al contrario, preferiría verlos sonreír hasta el final.

Adultos o niños, todos tienen sus preferencias. Eso lo comprendía hasta yo, que soy un gato. Unos prefieren despedirse antes de que llegue el final y otros no quieren abrir la puerta a la tristeza. La frontera entre la infancia y la edad adulta es ambigua. Un niño que asume la existencia de esa frontera tiene claro cómo debe ser y comportarse un adulto. En tal caso, ¿cuándo se convierte él en adulto?

—En aquel momento le hablé como si cuestionara su modo de actuar.

Estoy convencido de que en cuanto los humanos dejan que sus sentimientos sean los que guían sus actos y no el instinto dejan de ser niños. Cuando se hacen adultos, forcejean en busca de respuestas en un territorio neblinoso y solo pueden convertirse en la clase de adultos en la que ellos mismos creen.

Si son padres deben actuar como tales. Eso le había reprochado Satoru a su profesor, y al hacerlo demostró que aún era un niño. Sin embargo, solo los niños son capaces de sacudir algo en los adultos.

Cuando se trata de animales, por el contrario, los más viejos son los más listos y punto.

—Por eso estoy hoy aquí. No solo para confiarle a Nana, sino para pedirle perdón.

Kubota bajó ligeramente los ojos y negó con la cabeza. Aspiró hondo por la nariz y, al parecer, lloró un poco. Ya no sacó más dulces para eludir el silencio. Empezó a recordar y le miró a los ojos. De pronto, parecía divertido, incluso se rio.

Me di cuenta de que a Satoru le daba lástima, pero se hacía tarde.

—Tal vez haya llegado el momento de presentarle al perro. —Kubota se levantó.

—¿Cómo se llamaba?

—Lily. No te preocupes porque le encantan los gatos.

Kubota salió del salón.

El perro entró antes de que él regresara. Para ser exactos, el perro se lo quitó de en medio y se precipitó dentro.

«¡Un gato, un gato, un gato, un gato! ¡Vamos a jugar!».

Lo que se abalanzó hacia mí en el apogeo de su excitación fue un gran danés que parecía una vaca pequeña.

«¡Es demasiado grande para mí!».

Satoru se levantó atemorizado y yo salté a sus hombros a la velocidad de un rayo. Arqueé el lomo, tensé la cola como si estuviera a punto de explotar y le amenacé con todos los recursos de que disponía. Yo no quería jugar con aquella cosa.

«¡Fíjate en la diferencia de tamaño! A ver, ¿cómo voy a gestionar yo ese despliegue de energía?».

El gran danés plantó sus patas delanteras en el pecho de Satoru y lo tiró sobre el sofá.

«¡Un gato! ¡Un gato!».

Yo estaba entre la espada y la pared, sometido a una situación de crisis. Incluso en el caso de que no albergara malas intenciones, su exaltación podía acabar conmigo.

Bufé y le clavé las uñas. El perro aulló.

«¡Ni se te ocurra acercarte un paso más! ¡Aléjate de mí!».

El perro retrocedió a la espera de un cambio de humor por mi parte.

«Me ha dolido un poco. Ha sido algo cruel, pero cuando te animes podemos jugar». El movimiento de su cola hablaba por él.

«¿Cómo me voy a animar en esta situación, idiota?».

—A lo mejor a Nana no le gustan los perros…

«No se trataba de eso».

—No, no creo que se trate de eso…

«Gracias por traducirme», le dije a Satoru.

Debía mantener a raya a ese Lily y no me quedaba tiempo que dedicarle al profesor.

—Es una lástima, pero me da la impresión de que no va a funcionar —dijo por fin Satoru.

—Ya veo…

Kubota arrastró al perro con dificultad a la habitación del fondo.

—Siento que el encuentro no haya salido como esperábamos, pero me alegro mucho de haberte visto.

—Yo también.

Se estrecharon las manos con un gesto que sellaba el fin de los resentimientos entre ellos.

—¿Puedo preguntarte solo una cosa? —dijo el profesor con cierta reserva antes de despedirse.

—Sí. ¿Qué?

—Antes de que mi mujer muriera, mi hijo repitió varias veces que la quería mucho y le dio las gracias por todo. Eran las mismas palabras que habías dicho tú. ¿Hablaste con él?

—No —respondió Satoru sonriendo—. Es lógico que lo dijera, piénselo. Si un niño quiere decir algo importante a sus padres, ¿qué mejor que un «gracias» o un «te quiero»?

Kubota pareció entender al fin.

—Usted era la única persona que podía hablarles de su madre. Por eso insistí a pesar de que terminamos peleados.

Kubota asintió con una sonrisa.

—Soy yo quien debe darte las gracias a ti por haberte peleado conmigo entonces.

«Soy yo quien le agradece que le diga eso a Satoru».

Dentro del transportín, maullé para que me oyera bien lo que le

decía en nombre de Satoru, que estaba emocionado y casi no podía hablar.

Nos marchamos del piso de Kubota. Satoru echó a andar por una calle adoquinada de aquella ciudad de ambiente extranjero. Estábamos lejos del centro, no había tráfico. Sin duda, un lugar agradable y tranquilo.

Yo también quería caminar un poco. Aquel maldito Lily me había llenado de babas y olía a perro.

Le di un golpecito a la cremallera y Satoru me preguntó si quería salir.

Los adoquines blancos provocaban una sensación muy distinta al asfalto por donde solía caminar. La superficie de las piedras estaba fría, tosquedad que resultaba agradable a mis almohadillas. Por el simple hecho de caminar tenía la impresión de estar más sano.

Oí el clic de una cámara. Me di media vuelta y vi que Satoru me hacía fotos con el móvil.

—Pareces sacado de un cuadro, Nana —dijo, contento con el resultado—. ¿Te apetece dar una vuelta antes de regresar?

Me sacó unas cuantas fotos más. Me encargué de posar para él como es debido. Cuando el olor a perro desapareció de mi cuerpo llegamos al aparcamiento y nos subimos a la furgoneta plateada.

Enfrentarme a un perro del tamaño de una vaca me había agotado y nada más emprender la marcha me quedé dormido como un tronco.

—Vamos a parar un rato a descansar, Nana.

La voz de Satoru me despertó. Sacudí la cabeza sin dejar de bostezar.

¿Dónde estábamos?

Estiré el cuello para echar un vistazo y enseguida vi una gran superficie de agua.

—Estamos en el lago Biwa —dijo Satoru—. ¿Te acuerdas? Pensamos en parar cuando vinimos.

«Ya te dije entonces que no hacía falta».

—Venga, vamos.

No había ninguna necesidad de repetir la horrible experiencia de

cuando fuimos al mar. No tenía ganas de salir, pero me agarró y me sacó del coche. Esperaba oír el rugido de las olas como si resonaran dentro de mis tripas, pero no pasó nada de eso.

A la orilla solo llegaba un oleaje en calma que no producía ese terrorífico ruido. El horizonte se parecía, pero pronto comprendí que el mar y un lago eran cosas bien distintas.

En un lugar así no me importaba pasear, cosa que hice de buena gana, incluso cerca de la orilla. Mucha gente disfrutaba del lago, como nosotros.

Un hombre mayor con una cámara nos vio y se le iluminó la cara.

—Disculpe, ¿podría hacernos una foto? —le preguntó a Satoru.

Quería un recuerdo con su mujer.

A Satoru solían pedirle siempre ese tipo de favores, quizá por su aspecto amigable.

—Por supuesto —dijo.

Satoru agarró la cámara y mientras enfocaba les pidió que se movieran un poco a la derecha.

—Ahí, ahí. Perfecto.

El matrimonio se esforzó por lucir la mejor de sus sonrisas.

—Les haré otra, por si acaso.

—Muchas gracias.

Me acerqué a ellos.

—¡Válgame el cielo! —exclamó la mujer—. Mira qué cosita tenemos aquí. ¿Es tu gato?

—Sí. Se llama Nana. Es por su cola de gancho con forma de siete.

¿De verdad había necesidad de dar tantas explicaciones sobre mi anatomía a unos desconocidos? En fin, supongo que estaba orgulloso del interés que despertaba yo en la gente.

—¿Viajáis juntos?

—Sí.

La mujer dio unas palmaditas, como si se le acabase de ocurrir algo.

—Si te parece bien os podemos hacer una foto y te la mandamos por correo.

—¡Ah, sí! Es una buena idea.

Ya que todo el mundo estaba encantado con la sugerencia, Satoru

me tomó en brazos y se puso de espaldas al lago. El hombre disparó varias veces y después le mostró el resultado.

—¿Qué te parece?

—Muy bonitas. Mira, Nana, has salido muy bien.

¿No lo diría debido a su pasión por los gatos?

Satoru les dio su dirección y se despidió de ellos.

Poco después de regresar a Tokio llegaron las fotos. La letra del remitente hacía pensar en unos gusanos retorciéndose, pero según Satoru se trataba de una «magnífica» caligrafía. Le daban las gracias en una nota por el favor que les había hecho el día de su encuentro y nos deseaban lo mejor.

Satoru entornó los ojos para contemplar las fotos.

—Son nuestras primeras fotos juntos, Nana.

Como vivíamos solos nunca habíamos tenido oportunidad de hacernos unas.

—Estoy muy contento —dijo.

Las enmarcó y las colocó en la habitación. Poco después nos mudamos de aquel apartamento y volvió a poner las fotos en un lugar destacado de la nueva casa.

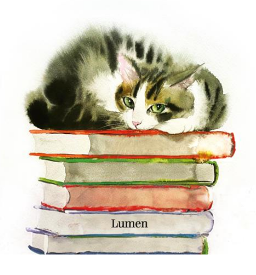
Hizo lo mismo cuando ingresó en el hospital, donde yo no podía entrar.

Y cuando él ya no las necesitó, de algún modo volvieron a mí.

He vivido una vida feliz contemplando esas fotografías.

Pero esa es otra historia.

Una nueva celebración literaria del mundo felino por la premiada autora de *Crónicas del gato viajero*, vendido en doce países y proclamado como «el mejor libro del otoño» por *The Times*.



Con el cambio de estaciones en Japón como telón de fondo, siete gatos y sus humanos protagonizan este delicioso libro de relatos: el pequeño Spin enseña al hombre que lo ha rescatado a lidiar con su reciente paternidad y hacerse cargo de su pequeña familia; una colonia de gatos salvajes en una isla japonesa muestra a un niño que no debe interponerse en el camino de la naturaleza; el anciano Kota trama un plan para convertirse en espíritu antes de irse al otro mundo y que así su humano no le eche nunca de menos; una familia queda perpleja ante la devoción de su nueva mascota por el distante y frío padre de familia…

La autora del clásico de la literatura gatuna que conquistó a más de medio millón de lectores con *Crónicas del gato viajero* regresa con un libro rebosante de empatía y de amor: una exquisita celebración del ciclo imparable de la vida, que siempre se hace más llevadero con la presencia de un animal amado a nuestro lado.

La crítica ha dicho:

«Inusual y enriquecedora».
***The Times* («El mejor libro del otoño»)**

«Una novela llena de calidez, ingenio y sabiduría felina».
Daily Express

«La escritura de Arikawa es ligera y alegre incluso cuando aborda temas serios como la paternidad y la muerte».
Asian Review of Books

Sobre *Crónicas del gato viajero*:

«El tacto y la ligereza de Arikawa hacen de este libro una historia sobre la lealtad y la amistad [...] que a la vez muestra nuestra humana necesidad de estar acompañados».
John Boyne, *Irish Times*

«La mayor virtud de esta novela es la felicidad indirecta que nos brinda y lo llena que está de perlas de lógica felina. [...] No creo que muchos lectores, por muy cínicos y duros que sean, logren acabarlo sin soltar una lágrima. Pero ¿sabéis?, a veces, una buena llorera fruto de esa mezcla de alegría y tristeza es justo lo que nos recetaría el médico».
Ilana Masad, *NPR*

«Este libro destaca dentro del mundo de la literatura gatuna [...]. *Crónicas del gato viajero* cede a la emoción sin caer en el sentimentalismo y, como los propios gatos, camina con dignidad».
Stephanie Zacharek, *Time*

«Todo aquel que haya amado alguna vez sin reservas a un animal

leerá este libro con gratitud, por su comprensión de una emoción que nos ennoblece como seres humanos».
Lynne Truss, *The Guardian*

«Tiene la calidez, sensibilidad estética y ternura de una película de Studio Ghibli. Una lectura deliciosa».
Financial Times

«Un libro sobre la bondad, sobre el amor y sobre cómo los detalles más nimios a menudo nos proporcionan la felicidad más profunda».
Stylist

«Hechizante».
Sunday Telegraph

«Prepárate para que esta peculiar historia te estremezca el corazón. [...] No necesitas ser un amante de los gatos para caer rendido ante esta novela».
Sunday Mirror

«Una delicia. Como un tierno compañero felino, la singularidad de este libro es su encanto sutil pero persistente que permanece en tu corazón mucho después de que el encuentro haya terminado».
Fiona Melrose

«*Crónicas del gato viajero* es la razón por la que leo libros. Esta hermosa historia lo tiene todo. Es divertida, reconfortante, desgarradora y amable».
Foreword Books

«Conmovedora y edificante».

Red Magazine

Hiro Arikawa saltó a la fama en Japón después de obtener el Premio de Novela Dengeki, un importante galardón literario otorgado por la editorial MediaWorks y que han ganado con anterioridad los autores más populares de la narrativa japonesa actual. Lumen ha editado *Crónicas del gato viajero* (2024, publicado originalmente como *A cuerpo de gato* en 2017), un verdadero éxito de ventas en su país, que se tradujo a treinta y tres idiomas y se llevó al cine, y ahora publica *El gato que decía adiós* (2024).



Título original: *Mitori Neko*
みとりねこ

Primera edición: abril de 2024

© 2021, Hiro Arikawa
Todos los derechos reservados Publicado originalmente en Japón en 2021 por Kodansha, Ldt., Tokio Derechos de edición en español acordados con Kodansha, Ldt., Tokio © Yukata Murakami, por las ilustraciones © 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona © 2024, Yoko Ogihara y Fernando Cordobés, por la traducción
Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Andreu Barberan
Fotografía de portada: © Album / Cesar Malet
Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-2893-6

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: LumenEdit
X: @LumenEdit
Instagram: @LumenEdit
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club





[1] Referencia a *L'Oiseau bleu*, obra de teatro de Maurice Maeterlinck, que se popularizó en Japón gracias a un cuento. *(N. de los T.)*.

[2] Caja de madera donde la gente solía guardar sus sellos personales o medicamentos. *(N. de los T.)*.

[3] Muñecas de madera tradicionales de la región de Tohoku, con forma cilíndrica y cabeza redonda. *(N. de los T.)*.

[4] En Japón, los estudios de enseñanza primaria, secundaria y bachillerato se cursan en tres centros específicos e independientes. La escuela primaria corresponde al barrio, la secundaria al distrito y el instituto puede estar en municipios distintos dependiendo del nivel académico del alumnado. *(N. de los T.)*.

[5] Referencia a la famosa novela de Natsume Soseki (*Soy un gato*), que comienza del mismo modo. *(N. de los T.)*.

Índice